

\$ 2

Lecturas

REVISTA LITERARIA QUINCENAL

APARECE EL 1.o Y EL 15 DE CADA MES

AGUSTINAS 1070. — OFICINA 449. — CASILLA 4042.

SANTIAGO, (CHILE)

N.^o 19

Santiago, 15 de Agosto de 1933.

Sumario

- 1** LA LAGUNA, cuento por José Conrad.
- 2** ¡TENGO 14 AÑOS!, novela por A. Roube Jansky
- 3** VIAJE OCCIDENTAL, apuntes de Corpus Barga

El Revolucionario «Quinto Poder», por Margarita G. Sarfatti.
De Noche, cuento por Reinaldo Lomboy.
Breves Consideraciones sobre el Maquinismo, por Carlos Feuereisen.
Las Crisis Económicas y su Duración, por Ricardo Lewinson.
Espadas como Labios, por Vicente Aleixandre.
Kant y la Guerra, por G. J. Heering.
4 Temas, por Mortimer Gray.
Tres Nombres de Mujer, por Arturo Bravo.
Vida de Miguel Angel.
Tagore, por Nicolás Roerich.
Los Libros.

Todas las ilustraciones, retratos, viñetas e iniciales de este
número han sido grabadas en lino-leoun por

Aníbal y Lautaro Alvia!

SUSCRIPCIONES

Número suelto.....	\$ 2.—
8 números.....	\$ 15.—
12 números.....	\$ 22.—

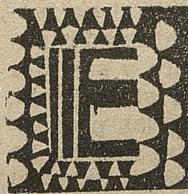
Todo envío de dinero a "EDITORIAL LECTURAS"



BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SECCION:
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS Y

Viaje Occidental

POR CORPUS BARGA



N el último horizonte fantástico del Occidente se dibujan colinas de perlas y arrabales de madera. Es el país de los galopes al cielo y de los bares americanos. Un mocetón de Virginia—la Virginia del Oeste—empieza a tiros o habla por teléfono. Hay también la "jungle" occidental: entre la manigua se levantan las sierpes con cabeza de bandido; en la linde de la selva yace patas arriba, girando las ruedas en el aire, la bestia mecánica de un tren. La economía de un pastor protestante justifica esta riqueza de horrores. El mal nos deja nostálgicos: sube jinete a la altura horizontal más lejana para tirarse

de cabeza. El capitán de las lejanías, Mayne Reid, y F. Cooper, el novelista auténtico, se hallan superados. Las visiones de Occidente son de cinematógrafo y se hacen en California. Pero ya California es el Oriente, como el Perú. Toda la conquista española fué una cruzada. Fué la colonización británica la que extinguió las Indias en América e hizo el Extremo Occidente. No es culpa de nuestra fantasía si tenemos de él una visión cinematográfica.

—Tenemos puesta la proa justo a Virginia—dice desde el puente el piloto.

Habría mucho que navegar, levantando a leguas el telón del cielo, para descubrirla. Estamos al margen de Europa. Viajamos por la costa del Occidente Próximo.



Era un fin del mundo para el mundo antiguo. Finisterre. Más lejano, aunque menos occidental que el de Galicia, el de Bretaña. Por aquí se precipitó al abismo la ciudad de Is.

—¿Has oido lo que dicen San Guenolé al rey Gradlon, que reside en Ker-Is?— pregunta un cantar del Cornualles.

San Guenolé, que era un santo monje fundador del primer monasterio fundado en esta tierra del océano, le decía al rey:

“En Ker-Is os dáis a la lujuria y a todos los vicios. ¡Temblad!”

Dahut, la hija única del rey Gradlon, la princesa impudica, reia, cantaba y danzaba en las barbas del santo monje.

“Quien demasiado rie, llorará”—murmuraba el santo monje entre sus barbas. Y el cantar continúa:

“En el palacio del rey brillan mil fuegos. Al son de la cornamusa se embriagan hombres y mujeres. Por la puerta grande se ha deslizado un gentilhombre rojo, rojo de pies a cabeza. Y se ha puesto junto a Dahut.”

El rey Gradlon habla:

“Gente alegre, me voy a dormir. Vosotros dormiréis mañana. Divertíos si os place esta noche.”

El gentilhombre rojo baila con la princesa Dahut y le vierte suavemente en la oreja:

“Bella Dahut, te quiero amar en los diques, al canto de las olas. Coge la llave.”

Así, el diablo, con la llave del gentilhombre, abrió los diques del abismo. Y las aguas sepultaron a la ciudad de Is. El rey dormilón pudo salvarse a última hora en su corcel más ligero. Pero la princesa se hundió con sus vicios, y desde el fondo del mar, desde entonces, llama a los naufragos.

—Tenemos a babor los Difuntos—dice desde el puente el piloto.

¿Habrá existido, en efecto, en el siglo V una ciudad a orilla de estos parajes, donde, en una corriente peligrosa, tirante e invertida con la marea, se juntan dos mares hinchados de rocas? La ciudad de Is es hoy la bahía de los Difuntos.

A la linea de la costa sale la crónica acumulada por los siglos, como del lado opuesto, en el horizonte Marino, sobre el telón echado del cielo, se proyecta el cine americano.

II

Todas las gaviotas de la bahía de los

Difuntos se van en sus aviones a aterrizar en la punta. La alta costa de la bahía es una herida geológica y definitiva en el cadáver de la tierra. Hasta el mar parece allí muerto. En cambio, la punta del Remolino se adelanta en vilo sobre sus rocas corridas entre vorágines, como un refugio provisional en el choque de las aguas. La punta avanza hasta el “tapis roulant” de la corriente que mutua y sucesivamente se vierte uno a otro mar.

—Ma Dué!—exclama en sorna un marinero. ¡Dios mío, protégeme en el paso del Remolino! ¡Mi barca es tan pequeña y el mar es tan grande!...

Pasamos lejos de la punta, por delante de su centinela avanzado y solo en un espollo: el faro de la Vieja, que se pasa los meses en el invierno con su torrero preso, sin que nadie le aborde. Vamos a dar la vuelta a una isla, también poco abordable y, sin embargo, a flor de agua: la isla de Seno. El mar la cubriría si no fuese por un dique, y en las tempestades cubre sus mil metros de anchura y sus tres mil de longitud. Es una isla sin paisaje.

Está habitada, a pesar de las proposiciones que para expatriarlos se han hecho a sus naturales. Está cultivada bajo un régimen de minifundio, si puede decirse. Cada propietario señala con piedrecitas su jardín, y es una realidad la metáfora de tener un jardín como un pañuelo. La gran propiedad se cuenta por surcos. En las calles de chozas de piedra, cuando se encuentran dos mujeres se aprietan una contra otra los pechos para dejarse paso. Una mujer que lleva una carga de congro seco cuenta:

—Este invierno, cuando se hundió la isla...

III

Navegamos hacia el Noroeste. Tres o cuatro horas, y llegaremos a otra isla occidental más avanzada en el océano. Hálase al borde de una de las grandes rutas marítimas del mundo. En el mar debe sólo buscarse la alegría del mar. Todas las costas son melancólicas: son tristes como el gemido de las gaviotas y graves como su vuelo. Desde un buque se ve lo pobre que es la tierra, como desde un avión se ve lo despoblada que está. Hay costas evidentemente soberbias; pero hay una cuestión de calidad entre la tierra y el agua. Los cuatro elementos no son los



cuatro de primera calidad. El mejor sería el aire, que admite todo lo dinámico y todo lo plástico, si no hubiera el fuego, que es el aire personificado. El agua es de una calidad más pastosa y la tierra es pasto. El mar no tolera la plasticidad; al sol es plata derretida. Va un barco rayando inútilmente el surco que se borra. Del agua al aire hay la diferencia que de la estela al humo. Bajo la campana del cielo, el mar parece siempre en cuesta. El barco va dando barquinazos por la dinámica de un plano inclinado.

Pero la calidad del oleaje salta a la vista junto a una línea dura del horizonte. El promontorio de la isla d'Ouessant.

La isla de las mujeres de pelo suelto.— En el promontorio aparece una vegetación curiosa: un grupo de mujeres como troncos, con las grefías al aire. Pasados los arrecifes de la bahía de Lampaul, se desembarca, cuando se puede, en el puerto, que es una arruga de la tierra. Desde la parte alta no se domina la isla, no se ven los límites. Las casas están desparra-

madas. El viento parece que se desaparema también. El viento "llueve" sobre la isla, la aplasta, cuando no la cercena, al galope. Es una isla enana con un faro gigante. Don Quijote aquí hubiera tomado los molinos de viento por enanos. Los árboles no crecen más arriba de la tapia que los protege. Los corderos pacen atrincherados y no crecen más alto que sus trincheras; pacen la rosa de los vientos. Las mujeres arrancan la corteza de la tierra para el fuego doméstico. Los hombres están ausentes, en la marina. Sólo hay un hombre en el trabajo de los campos: el cura, que trabaja con sus faldas. En el cementerio caván las sepulturas también las mujeres.

Todas llevan el pelo suelto y una cofia blanca; todas llevan la pañoleta y la falda negras. Hay un tipo repetido de ojo oblicuo, pómulo saliente, nariz chata, pecho abultado, cadera poderosa y pie ancho, que es completamente asiático para los que desconocemos el Asia. Los sabios locales descubren a su vez el Oriente en

la raza de este fin occidental del mundo. Las mujeres de pelo suelto os miran sin complacencia. Don Juan aquí hubiera sido uno de los borregos atrincherados. No son amazonas esas mujeres, porque no hay caballos en la isla. Andan con las piernas muy abiertas; marchan firmes y balanceándose como los marineros. Son los marineros de la isla del Espanto, anclada por sus arrecifes: el viento, que las coge por los cabellos, no las puede arrancar. Desde la puerta de la iglesia se ven en la misa mayor todas las cabelleras de la isla. Con la espuma blanca de las tocas, parecen olas rubicundas u obscuras que se escurren por los peñascos. El sacerdote en su casulla resulta una damisela. A la salida de la misa sólo se ve entre las mujeres a un hombre, un pobre hombre: el cartero, que reparte la correspondencia. Es uno de los hombres de la isla, uno de los señores de la administración.

Hay un puesto de la administración vacante a menudo: el de aprovisionador del faro en el escollo. Es un puesto para todo hombre de la marina. Algún día lo ocupará una mujer de pelo suelto. En la misma isla se halla, pétreo, niquelado y eléctrico, el gran faro de Creach, que señala una de las esquinas de mayor circulación de los mares: la del océano y la Mancha. En el horizonte aparecen todo el día humos tendidos, y toda la noche, luces errantes, mientras la luz del faro gira barriendo tinieblas. Frente a ese bulevar marítimo, la isla del Espanto levanta su costa más salvaje: la occidental. Es un tropel de altas rocas desalquiladas, donde no habrá imaginación para alojar ni a las sirenas. Ni decoraciones ni mitos. El mismo rumor de la dialéctica entre la roca y la onda se apaga por su perennidad. No entra por los sentidos tamaña simplificación, tal estilización de la inmensidad de las fuerzas. ¿Dónde está la vida? Levantar los ojos y abismarse en la contemplación de los astros hace, en la costa de Creach, el efecto de irse a esparrir el espíritu en una fiesta de fuegos artificiales.

Unas cuatro horas de travesía en el buen tiempo mantienen cada semana la comunicación entre la isla y Brest. El puerto continental más cercano es Le Conquet. Se hace antes escala en la isla de Molene, que es una aldea perdida en el mar; y se ven, como otros signos terrestres, la Calzada de las Piedras Negras y una isla deshabitada. Después se dobla

el cabo de San Mateo. El alma del santo se ha subido al faro desde las ruinas de la Abadía, en donde reposaba su momia, traída de Egipto. Se pasa el cuello de la rada de Brest y la Punta de los españoles, que vinieron a luchar contra los ingleses en Bretaña cuando las guerras de religión.

Y ya en seguro puerto, no se puede menos de pensar en las noches tempestuosas de estos mares hinchados de peligro, cuando los faros oscilan al viento y los buques, entre los arrecifes, dan vueltas a las islas sin encontrar refugio. Pero puede de dar más espanto pensar en una noche que caía con un viento calmoso sobre las rocas de Creach. Disipábanse los humos y se encendían las luces en el lejano y animado horizonte. El faro echaba allá su puente levadizo de luz. Durmiente en el ordo, roncaba contra las rocas el péndulo de los mares. Una gaviota piaba en un vuelo. No se sabía qué aislaba más: si aquella lejanía, si aquel latido de la inmensidad, si aquel pío en el espacio inhacitado.

La primera casa del camino estaba abierta, y a la puerta, una mujer en pie, con la toca y el pelo suelto, con las manos cruzadas y sin ojos, rostro a la orilla.

POMPAS FUNEBRES

BENEFICENCIA PÚBLICA

LA MEJOR FABRICA EN EL RAMO.—URNAS FINAS Y METALICAS. ATAÚDES DE TODOS PRECIOS

Servicios completos fuera de toda competencia.

ABIERTO DIA Y NOCHE

SAN ANTONIO N.º 456

Teléfono N.º 89274

A los lectores



"Lecturas" reaparece ahora transfigurada. Si bien antes nunca dijo una palabra para referirse a sí misma, ahora cree que debe hablar. Debe hablar justamente para explicar su silencio de algunos meses y para poner al lector en antecedentes de sus propósitos.

18 números representan su primera época. (Una primera época está siempre llena de vacilaciones, de titubeos y de rebuscas). A partir de este número 19, "Lecturas" toma ya su camino definitivo y, pasando por entre el remolino de los hombres, se dirige directamente a aquellos para quienes está estructurada.

No son éstos el público vulgar. (El público vulgar gusta de muchas cosas que a "Lecturas" no pueden interesarle, como la policía, la moda, la política criolla y nebulosa, el chiste, el bailable y el comentario liviano). "Lecturas" se dirige a otro campo, el campo de los que aún—a pesar de todo—creen en la eficacia de la labor intelectual. Escritores y artistas—activos o pasivos,—humanistas, maestros, estudiantes y estudiosos. He aquí los que componen el público al cual esta revista va destinada. He aquí los que pueden leerla sin admirarse de que aún se dediquen páginas al arte, a la filosofía, a la crítica literaria, a las vidas armónicas y perdurables, a los hechos grandes y trascendentales, a la ciencia renovadora y constructora, a las teorías sociales generosas y audaces.

"Lecturas" rompe, pues, su vocación de silencio y, por una vez, habla de sí misma. Pero habla lo menos posible, lo indispensable para señalar su papel y la acción que se propone desarrollar, en su segunda época de vida.

Estimad que no ha hablado demasiado, sino lo necesario, y los editores estarán satisfechos.



KANT Y LA GUERRA

POR G. J. HEERING



A filosofía del idealismo principia con Kant; él, con su aguda potencia de análisis, establece la epistemología de dicho sistema, con su conciencia de voz austera le da base ética. Empero, leyendo a Kant no puede uno menos que ponderar cuánto se alejó el idealismo de su base para poder devenir cimiento parcial de una filosofía política como la de Treitschke y Steinmetz. Con Kant no hay sino una pauta ética: la que aprueba la conciencia; con él dos cosas tan sólo son grandes y exaltadas en realidad: "Dos cosas llenan la mente de asombro y temor reverente siempre nueva y siempre en aumento, a medida que se les contempla más a menudo y más profundamente: arriba, el firmamento cuajado de estrellas, y adentro, la ley moral". Cuando Kant dijo esto ya había dejado atrás su periodo monístico. Entonces tenía por delante los dos mundos del ser y del deber, y había escogido el segundo. "La conciencia es más que el cielo y la tierra". Por tanto llamará a la infinitud hacia la cual lo obliga a mirar la "ley moral", "la infinitud verdadera". Obrará bien únicamente aquel cuyas acciones son movidas por esta ley interior. "Nada se puede concebir posiblemente en el mundo, o aún fuera de él, que pueda llamarse bueno, sin restricción, excepto una voluntad buena". El hombre debe de obligarse a esta ley interior que se le presenta como imperativo categórico: "Habrá de..." Caso de ser de otro modo, dicho hombre salta atrás, a su naturaleza sensual que es mala y que al desafiar a la ley moral deviene el mal radical (das radikale Boese).

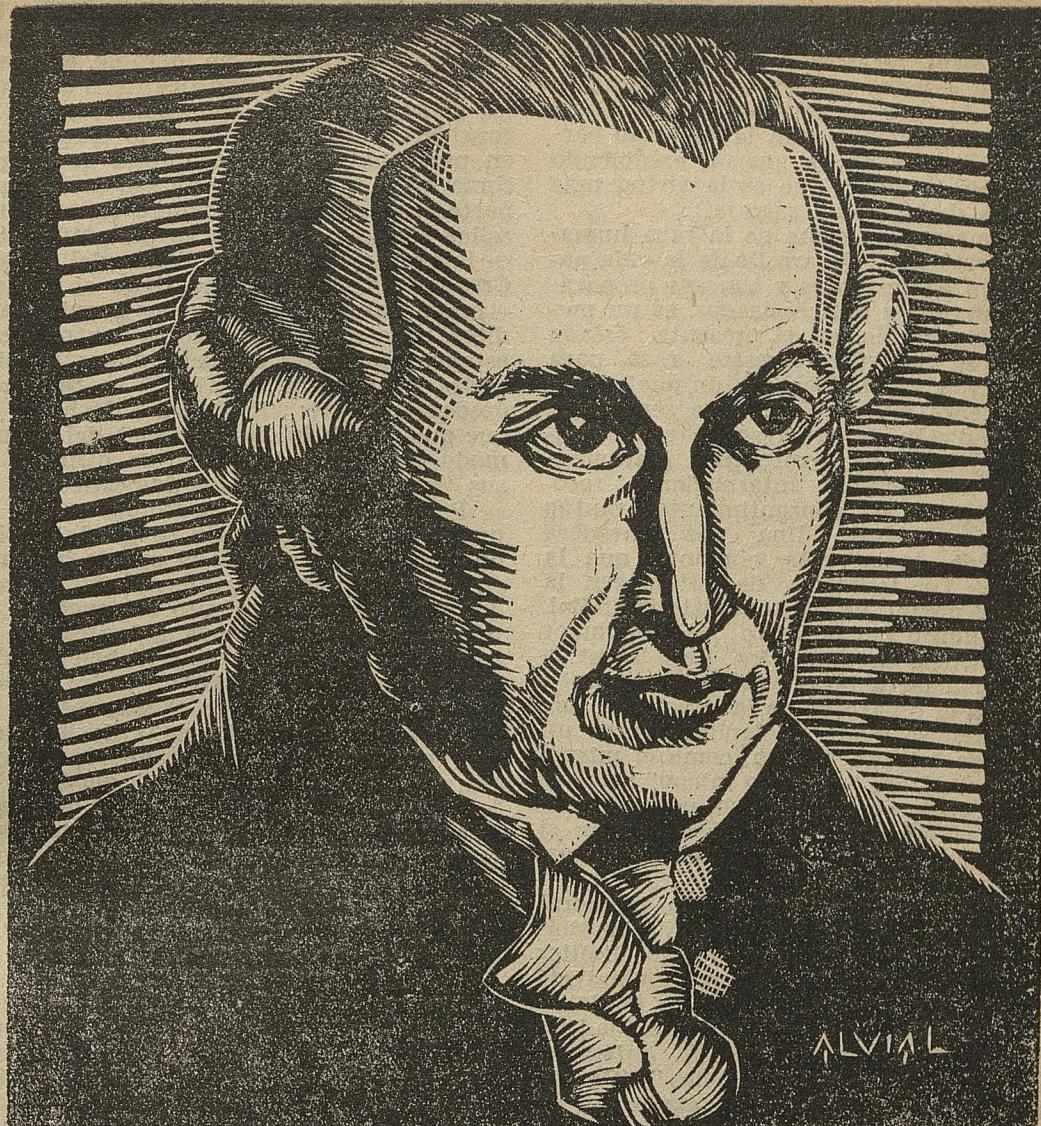
Esta es la línea rígida que Kant traza a través de la vida y sus problemas; es la misma que aparece claramente en los escritos puramente éticos de Fichte; es la misma que Kant sigue en política. Aquí también demandará Kant que el juicio moral sea libre. "Si no hay libertad, ni ley moral basada en ella, si todo lo que sucede puede suceder es solamente el mecanismo de la naturaleza, la política y la concepción de justicia son sueños vacíos". "La política nos dice, sed prudentes como serpientes; la moralidad añade a vía de limitación, y sencillos como palomas. Caso de que estos dos preceptos no puedan for-

mar un solo mandamiento, existe de hecho una lucha entre la política y la moral; pero este conflicto aparece únicamente cuando los hombres siguen una política basada tan sólo en la esperanza del lucro y en la marrullería, policía que rinde culto al dios Buena Suerte, como la más verdadera administración de justicia".

Kant reconoce la "antinomia entre la política y la moralidad"; pero cuando ello no se debe al deseo del éxito rápido desaparece—según explica en el capítulo siguiente,—cuando los fines políticos son llevados a campo abierto. La política que está en conflicto con la moralidad no resiste la luz, porque en lo abierto no puede sostenerse. Por el contrario, "toda policía requiere publicidad a fin de no errar a su blanco, se armoniza con la justicia y con la verdadera política".

"Los principios políticos no se deben formar con mira a la prosperidad y felicidad que el Estado pueda esperar de seguirlos—esto es, no con mira al simple deseo—sino que teniendo en cuenta un sentido claro del deber, sin detenerse a examinar las consecuencias. El dicho *fiat justitia pereat mundus*, es un principio sano de justicia que rechaza todos los medios torcidos con su astucia y violencia..." Y encontraremos aún prudencia práctica en el mandamiento: "Buscad primero el Reino de la Razón práctica pura y su justicia y vuestra desejo (la beatitud de la paz eterna) os será dado por añadidura". Kant termina su ensayo, que es en realidad una refutación vigorosa del maquiavelismo, con estas palabras:

"Debemos de admitir que los principios puros de justicia tienen objetividad real, i. e., que son practicables; que por lo tanto la nación debe observarlos en los asuntos internos así como también en sus tratos con otras naciones, pese a las objeciones que pongan los políticos empíricos. Esto querrá decir que la política verdadera no puede dar un paso sin antes rendirle homenaje a la moralidad. Si bien la política es en sí un arte difícil, su alianza con la moralidad no es arte del todo, porque la moralidad corta de cuajo el nudo que la política no puede desatar, cuando las dos entran en conflicto. Los derechos de la humanidad deben de tenerse por sagrados, no importa que tan grande sea el sacrificio que tenga que hacer el



KANT. La filosofía del idealismo comienza con él

poder gobernante. Esto no se puede hacer a medias; ni tampoco vale recurrir al compromiso de una justicia limitada pragmáticamente (i. e., un compromiso entre la justicia y la necesidad); por el contrario, toda política debe de doblar la rodilla ante la ética, acariciando, empero, la esperanza de que un día habrá de llegar, si bien lentamente, a la cima donde su gloria no se marchite".

Sobre cimiento ético tan formidable como éste basa Kant su concepción de "paz eterna", en la que construye la paz internacional, en manera casi completamente moderna, sobre requisitos de democracia, forma republicana de gobierno, sociedad de naciones, derecho internacio-

nal y la abolición de los ejércitos permanentes. Su optimismo bien pudo estar mal basado, pero en lugar de adscribirle a Kant un sentido defectuoso de la realidad, debiéramos mejor decir que tenía en mente otra realidad. La realidad de la obligación moral y de la moralidad y la justicia que le son concomitantes, era para Kant un algo invencible; fué por razón de esta realidad que el filósofo sostuvo sus peculiares opiniones acerca de la guerra... Según él, la guerra es inherente al Estado organizado con mira a la fuerza, pero contradictoria al Estado organizado con mira a la justicia. La guerra queda debajo del nivel de la moralidad, en el plano inferior de lo natural, i. e., de lo no-moral.

En la sentencia de Hobbes, *status hominis naturalis est bellum omnium in omnes*, se debe recalcar *naturalis*. Así también, los estados existen en la condición natural de "bestias salvajes" y, de acuerdo con este juicio, tienen la "libertad barbárica" de hacerse la guerra, exhibiendo el "coraje belicoso" que es la virtud más exaltada de la mente salvaje.

La guerra, ese azote de la raza humana que retarda el desarrollo de la vida natural con sus estragos y con sus preparativos ruinosos y antivilizados, es un medio indispensable, en el presente estado en que se encuentra nuestra raza, para compelir a las naciones a un mejor entendimiento mutuo: en este sentido es una condición de progreso. Este entendimiento debe de expresarse claramente en el derecho internacional reconocido por el consentimiento mutuo de las naciones. Una paz duradera no puede tener más cimiento que la justicia. La tentativa de establecer la paz por medio de la conquista mundial, del equilibrio del poder, o de cualquier otro artificio es químérica. Pero Kant le concede lugar a la guerra, si bien transitorio, en el desarrollo de las naciones. Así, un estado se podrá defender contra un "enemigo inicuo", si bien, como él mismo apunta, la frase "enemigo inicuo" es pleonástica en la condición de lo natural, porque la condición de lo natural es en sí misma una condición de iniquidad e injusticia".

Kant llegó a esta admisión temporal de la guerra por su creencia en la posibilidad de confinarla dentro de los límites de cierta decencia. Con la misma naïveté que encontramos en Fichte y en Schleiermacher, Kant habla de la posibilidad de hacer la guerra "de manera ordenada, respetando los derechos civiles." "Guerra como ésta—nos dirá—puede exaltar el espíritu de la nación, por medio de los peligros que acarrea, mientras que una paz prolongada hace que el "espíritu desnudo del comercialismo" se entrone trayendo consigo "egoísmo, cobardía y afeminamiento". Empero, bien reconoce que es difícil hacer elogio de la guerra, porque en otra parte la llama "el destructor de todo bien", la "mayor piedra de tropiezo de la moralidad" que siempre "obstruye el logro de una educación ideal de la juventud, y que hace más malvados que los que destruye".

Kant compara el desprecio de la personalidad en la guerra con la indiferencia

de la naturaleza. "Pues en relación a la omnipotencia de la naturaleza, o más bien, a su motivo principal no lograble, el hombre individual es insignificante. Pero que los gobernantes de su propia especie lo consideren (al individuo) y lo traten así, en parte usándolo como bestia de carga, como mero instrumento de sus deseos; en parte enviándolo al matadero en sus querellas mutuas: esto no es insignificante, es la perversión del fin último del mismo Creador". "¿Qué derecho tiene el Estado —pregúntase Kant— sobre sus propios súbditos, para usarlos en guerra contra otros estados, poniendo en peligro sus propiedades y aun sus vidas?" Y se responde desdenosamente: "El derecho de hacer lo que quiera con lo que es suyo", del mismo modo que cualquier hombre dispone de sus "patatas y animales domésticos".

Pero el hombre no es simple medio; es un fin en sí mismo. No se puede hablar de justicia sino cuando el pueblo ha dado su consentimiento. ¿Querrá decir Kant que con el consentimiento del pueblo (¡la mayoría?) se remueve la injusticia? A la luz de lo que ya ha dicho debemos inferir que tan sólo en parte podrá querer decir esto. Aun cuando el disponer de la vida (¡y de la conciencia!) de la minoría quedare de parte de la mayoría, aun así, nos dirá Kant, quedaría en la guerra la inmoralidad del desprecio "natural" de la vida humana, vinculado con las "condiciones naturales" de la guerra. Y así, "la razón prácticamente moral que hay dentro de nosotros pronuncia su voto irrevocable: la guerra no debe ser... porque ése no es el modo por el cual ha el hombre de buscar sus derechos".

De suerte que Kant considera a la guerra casi exclusivamente desde el punto de vista de la justicia. Pero ya hemos visto que con él la cuestión de la justicia está íntimamente ligada con la moralidad pura, y ésta a su vez con el valor de la personalidad. El que después de condenarla de manera tan austera por razón de su carácter injusto e inmoral, Kant le concede cierto valor, nos lo explica Paul Natorp, diciendo que se debe a los tiempos durante los cuales aparecieron las obras citadas de Kant—1795-1798—y también a la diferencia de métodos de guerra que se empleaban entonces con los que ahora se usan. Natorp debiera también de haber recaído la ingenua creencia, que hemos discutido arriba, en la posibilidad de una guerra en la que no se hiciese uso de medios inmorales...

LEA DURANTE LA RECONQUISTA

La suprema novela de ALBERTO BLEST GANA. — Precio: \$ 16.

La más bella de las novelas de Blest Gana y la más valiosa de las novelas históricas de la América Hispana es esta que ha editado la Empresa Letras en dos volúmenes de excelente presentación. Son cerca de 1,000 páginas de lectura amena e interesante que tienen especial atracción para chilenos, pero que para los americanos en general tiene el atractivo de pintar una época por la cual todos los países latinos tuvieron que pasar: la de la colonia y de la liberación.

Esta obra tiene todos los atractivos de la obra maestra: la amenidad, la importancia del tema, la profundidad y el acierto en la observación, la pintura acertada de la época y de los personajes.

Ocurre la acción en una época triste de la historia de Chile, aquella en que, derrotado el ejército nacional en Rancagua, a manos de los españoles, los patriotas deben huir a Argentina, dejando—doloridos, a sus madres, esposas, hijos y ancianos como rehenes en manos de los conquistadores que cebaron en ellos su venganza.

Luego la enorme vitalidad de los personajes que actúan en la preparación de la reconquista, la fluidez con que se enlaza al tema histórico pasiones de orden sentimental hacen de la pieza literaria de que nos ocupamos una novela antes que nada amena.

Lea usted hoy "DURANTE LA RECONQUISTA".

EDITA:

EMPRESA LETRAS

CASILLA 3327. — HUERFANOS 1041. — SANTIAGO (CHILE)

Pedidos del interior se atienden contra envío del valor, sin recargo por fletes, y cargándolos en pedidos contra reembolso.

IMPORTANTES DESCUENTOS A LIBREROS Y AGENTES DENTRO Y FUERA DEL PAÍS

TRES NOMBRES DE MUJER

RELATOS DE ARTURO BRAVO

ALICIA

Navegaba en un balandro pintado de blanco.

Su boca, tenía sabor a todos los pue-
tos, y sus vestidos, llevaban el verano de
todos los mares.

Una tarde, cuando los ojos exploraban
su silueta de hembra bien formada y vo-
luble, tropezaron.

Ronaldo, apenas moduló:

—Perdón, señorita... Andaba distraí-
do...

—¿En qué pensaba...?



No había pensado, efectivamente, verla. Alicia se llamaba esta mujer infernalmente hermosa. Pertenecía a aquel tipo internacional de mujeres que Dios formó para amores violentos y cuyos rostros nos recuerdan un minuto en Santiago, otro en Buenos Aires, en Lima, en Panamá.

—Cuánto quisiera siempre tropezar con usted—se atrevió a continuar Ronaldo, iniciando conversación.

—¡Qué galante! ¿Usted sabe polo? ¿Co-
noce el bridge?

—Un poco... pero...

—Capaz es de confesar que ya me
adora.

—¿Por qué no? Usted se me adelantó.

—Ja... ja... ¿Tan pronto?

—Sí: ya antes la había visto, Alicia. Siento el amor como una marejada salva-
je: es un impulso de olas que me arrastra hacia su belleza.

Alicia le escuchó. Muchas veces había
oído lo mismo, pero nula con tanta efu-
sión como lo decía Ronaldo.

—¿Cierto, amigo?

—Cierto, Alicia.

El rostro de Alicia se puso color de
ocaso. Limitó una sonrisa altanera en sus
labios y cimbrando su cuerpo como una
varilla de mimbre, fué una renunciación
muda, sobre la proa obscurecida de aquel
barco que ensayaba su color de paloma
blanca en el Océano.

Ronaldo se sintió hombre por prime-
ra vez. Casi dudaba de su felicidad. Hu-
biera querido contar su aventura a todos
sus amigos. Alicia, notando su dicha, y
adivinando una excusa en labios de Ro-
naldo, sonriendo, le estrechó y le dijo:

“Así: ámame así... ¡Para eso soy mu-
jer!”

Entre las tardes y las noches alterna-
ron el amor.

Pero, muy pronto, el balandro avistó
un puerto harapiento, y Alicia debía aban-
donar el barco.

Ronaldo veía su felicidad terminada.
—Alicia?

Ella se le acercó afable, y estrechando
sus manos, le dijo:

—Adiós, Ronaldo. Gracias... Ha ter-
minado una aventura más. No te preocu-
pes por mí, que yo ya te olvidaré...

—¡Cómo, Alicia! ¿Así?

No alcanzó a escuchar sus frases. Ali-
cia, esa bella mujer que se ve en todos los
barcos, se perdía ya en aquel puerto hara-
piento, llevando su maletín con su “toi-
lette” de pintas blancas y azules: algunas
esperanzas, y la ilusión de encontrar un
amor distinto, como aquel que hacen los
jornaleros sobre las radas.



El balandro se perdió en el horizonte. Cómo se sintió acogojado Ronaldo. Hasta el ruido del motor le repetía sobre la imagen de Alicia:

"Así: ámame... para eso SOY MUJER..."

SU CARTA

Tenía un nombre raro esa figulina ornamental de salón vestidita siempre color de "ópera" y a quien en casa llamaban: GENNY.

Ella era dulce, aunque en sus ojos tenía una eterna duda. Ignoro hasta ahora si en realidad nos amamos o si únicamente fuimos buenos amigos.

GENNY era aficionada al cine parlante y a las corridas de toros. En su salita de lectura tenía un retrato mío, y a los costados Barry Norton y Joselito.

En realidad, Genny tenía una pasión desconcertante por Barry Norton. Sus ojos, de tanto desearlo, se habían orlado de profundas ojeras.

Un día mientras conversábamos de cosas frívolas, de los programas de cine, de los artistas y de los vestidos de moda, Genny recordó que a las estrellas de cine les escribían sus admiradores, y me dijo:

—Escríbeme una carta.

—¿Cómo la quieres?

—Como un admirador a una artista.

—La tendrás.

Genny tuvo "su carta". Yo mismo se la entregué, y ella, con avidez de mujercita que quiere ver más allá de sus años, la leyó. Interrumpía su lectura para clavarle la mirada, como si quisiera descubrir algo, y Genny, vió en "su carta", lo que jamás había pensado decirle. De pronto exclamó:

—¿Y has visto a Esther?

—No—le repuse,—viéndola a ella tan sedienta de caricias.

—¿Laquieres siempre?

—Genny... ¿para qué hablar de eso? A tí es a quien quiero.

—No digas eso. No puede ser. ¿Y Esther?

—No lo sabrá.

—Pero es mi mejor amiga, y yo no puedo traicionarla.

Genny se quedó esa tarde con "su carta".

Otro día y a otra hora, vi a esta ilusa estrella del cinematógrafo de la vida, posando como Greta Garbo.

—Genny...

—Oh, ¿qué fué de tu vida?

—No quería verte.

Guardamos silencio. Nos miramos. Genny se dejó coger las manos.

—¿Te resistes aún, Genny?

—¿Y ella?

—¿Quién?

—¡Esther!

—Lo ignorará. Estamos solos.

Genny hizo todavía una negativa, pero, desfallecida ante el primer beso, se arqueaba como una estrella del ecran, cerrando los ojos y modulando apenada:

—¿Esther...?



ELENA

Fué como una flor futurista.

Julio quiso ser sincero con Elena, sólo era para ella un farsante.

Elena vivía siempre torturada por los celos.

Un necio amor le hacia concebir que la sinceridad de Julio era fingida. Nadie le decía nada de él. Hasta las amigas continuamente le repetían:

—Julio es un tonto.

No pudo contener más sus celos, y, caísi enloquecida, exclamó:

—¿Es cierto que no amas a otra?

—Sí: es cierto.

—Imposible. No eres celoso. No me preguntas dónde estuve, qué hice...

—Porque te creo; tengo fe en tí. Sinceramente te amo sin trabas, sin tiranías... te querré hasta cuando tú me respetes.

—Canalla... ¿No me haces teatro?

—Por qué tu tranquilidad? Tú amas a otra.

—Así lo crees?

—Sí... sí...

A los dos meses, Elena era otra mujer y Julio otro hombre.

Julio se hizo teatral, celoso, terriblemente fiero.

—¿Dónde estuviste?

—En la iglesia.

—¿Después?

—Vine a casa para aguardarte. Preéntaselo a mamá.

Julio estaba convertido en un perfecto actor.

Elena lo quería más: sin arrebatos de celos, y este hombre falso le tenía enloquecida.

—Por qué?

Porque Julio antes no le había mentido, y ahora que jugaba al amor con esta novia blanca de Elena y el amor de mala partida de una amante, Julio era el único hombre sincero, y en casa, todos hacían su elogio.

Para Elena, era un confite.

—¿No me dirás nunca una mentira?

—Alguna vez, alguna—respondía él sonriendo.

—No importa—contestaba ella, y terminaba la frase, diciendo:

—Ahora, ahora dame un beso.

Señora, señorita, niña casadera. Ya viene la primavera,

y esto que sólo parece una frase poética adquiere para la mujer una dura significación, cuando ésta no sabe qué ropas, qué sombreros, qué zapatos se pondrá en la primavera. Este es el peligro de los cambios de estación.

Pero por suerte la mujer chilena tiene un gran recurso para vestirse bien, a cada estación, sin acudir a los figurines. Este es leer todos los días Martes el gran magazine femenil

ECRAN

que aparte de modas, presenta modelos en colores, moldes, indicaciones, consejos, etc. etc.

ECRAN aparece todos los **MARTES** y vale solamente \$ 2.—



¿Por qué sufrir?...

Amable lectora: ¿Es usted acaso una de aquellas damas que se angustian cuando llega cierta época natural del mes, porque entonces sufren tormentos indecibles y la salud se les quebranta?

En tales circunstancias el uso de la CAFIASPIRINA da resultados maravillosos. Rápidamente calma el dolor y devuelve las energías y el bienestar. Y hasta las personas más delicadas pueden tomarla en cualquier momento porque es absolutamente inofensiva.

La CAFIASPIRINA es excelente también para dolores de cabeza, jaquecas, resfriados, neuralgias, reumatismo, dolores de muelas y oido, etc.

CAFIASPIRINA

el producto de confianza



CAFIASPIRINA: 0.5 g. Aspirina (ácido-acetil-salicílico por procedimiento especial "Bayer")
0.05 g. Caffeína y 0.139 g. Almidón.

4 Temas

1

Muerte de Vargas Vila

La ciudad de Barcelona ha sido la última de Vargas Vila. En ella se ha apagado una vida fogosa y llena de combate como fué la suya. Había nacido en Colombia, pero quién no lo supiera habría creído, por sus obras, que su cuna se meció en plena selva brasileña, entre palmeras gigantes, entre arbustos y enredaderas, arrullada por el concierto de los papagayos policrómicos: tanta era la verba y el tropicalismo de su maléfica literatura. ¿Maléfica? Sí, maléfica. Influenció a mucha gente con desviados principios. Hizo creer a muchos que debían apartarse de las mujeres, contraviniendo la ley natural. Exaltó el suicidio, preconizó el odio y la venganza y desparramó un hálito de lujuria y de anarquía por todos los rincones de América.

Hay algunos que consideran a Vargas Vila — por la forma — como un precursor. Otros en cambio, creen que la forma, arbitraria y original, sólo le servía para ocultar la ausencia de pensamientos. En todo caso, vale decir que hasta hace diez años, había muchas mujercitas atontadas por la literatura, muchos jóvenes, muchos niños que tenían a Vargas Vila por autor favorito, y que no podían dormirse sin leer dos o tres capítulos de sus novelas demoledoras y apasionadas, sin saborear la cadencia de su rítmica prosa... (Un gran cisne-cisne negro-silencioso, prisionero....)

Hoy se ha dado la mano con la eternidad, no por cierto adoptando el camino que en sus libros le parecía el más apropiado, el más levantino y violento: el suicidio. Ha muerto en un lecho, simplemente, como un burgués, después de una vida solitaria y perseguida, desvaneciendo la aureola de heroicidad que sus numerosos libros le conquistaron en muchos rincones de nuestra ingenua América.

2

Vuelo de Balbo

Uno de nuestros rotos ingeniosos y criollos diría que el "cable" se ha sacado los zapatos" para hablar del vuelo de Balbo.

Nada de laconismo, para este vuelo transatlántico. Informaciones, detalles conmovedores, lágrimas, discursos, exclamaciones, aplausos.

¿Una hazaña heroica? Quién sabe. ¿Balbo, Colón del aire? De ninguna ma-

nera. En este vuelo colosal del Ministro italiano no ha habido esa ciega testarduz para internarse en lo desconocido, que caracterizó el gran crucero de nuestro descubridor. Ya antes Lindberg, el joven coronel norteamericano, había señalado la ruta. Por aquí, había dicho. Ya el vizconde de Saint Roman había hallado un lecho al fondo del Atlántico. Ya muchos habían seguido las invisibles, los imaginarios postes aéreos que clavó Lindberg en la travesía inicial.

Ha habido héroes, ha habido hasta mártires, es verdad. Pero será muy difícil que se aparte de la hazaña el interés político, el carácter espectacular de que va revestida. Mientras Lindberg, con su ingenuidad admirable, llegó a París, después de 36 horas de incertidumbre, llevando una carta de recomendación para que lo acogieran en la Ciudad-Luz, Balbo, a cada etapa envía y recibe telegramas. Palabras muy emocionantes del Duce, que alienta a su Ministro y a sus aguiluchos. Mensajes de animación, radios de coraje.

Pero no es el Colón del aire, ni mucho menos. Mientras el obstinado navegante amigo de Isabel sentía a su lado la rebelión, ante el retrato de lo desconocido, el Ministro italiano ve marchar, disciplinada, su escuadrilla, que conoce la meta lejana...

Chicago se ha conmovido. Estados Unidos se ha conmovido. La Europa, la América, el mundo entero se han conmovido, ante la majestad de las águilas italianas, que llevan el mensaje fascista a la tierra donde espera con los brazos abiertos y la tea encendida, la estatua de la Libertad.

En Roma, Mussolini—cuya expectativa se cumple—sonríe, con su triunfal sonrisa de caudillo victorioso.

3

Manifiesto de los Escritores

El poeta Vicente Huidobro, que está dotado de una alta calidad humorística, tituló un libro suyo:

Manifestes
Manifeste
Manifest
Manifes
Manife
Manif
Mani
Man
Ma
M

O sea, manifiestos que disminuyen, que mueren paulatina y geométricamente, que se acaban, que desaparecen, que quedan reducidos a una letra sin la menor importancia.

No quiere decir esta alusión que quien escribe estas líneas estime que el manifiesto de los escritores (el último, el de 1933, no el de 1924,—porque los escritores chilenos firman un manifiesto cada 9 años—) tenga como destino la muerte, letra a letra. No. Es muy probable, es muy posible que viva, que cobre fuerzas, que cumpla la misión que tenía por destino (como el de 1924).

Pero no puede negarse su triste sometimiento a la voluntad española, que —en literatura— nos impuso por años y años los novelones de Sopena y nos tuvo dándonos vuelta alrededor de Montepin, Braemé, Invernizzio, Constant, etc., etc.

Resulta que en 1933 existe un control de cambios, existe una moneda que se arrastra por tierra, existen mil inconvenientes para hacer entrar los libros, que llegan de a 5 ó 6 por edición. Los editores nacionales los cogen y los multiplican. Y resulta que esto les parece mal a los escritores, que leen por tres pesos lo que no podrían leer por veinte, ya que todos sabemos que la profesión de escritor es una de las menos lucrativas y una de las más heroicas y románticas, en nuestro país.

En fin, los escritores se resignan a pagar más. Allá ellos. Pero no se conforman con ésto, sino que buscan la manera de que también el público pague más. Y como el público no podrá hacerlo, el público (claro, la masa bruta, la muchedumbre inconsciente), se quedará sin leer. La cultura será entonces patrimonio de las clases adineradas y de los escritores chilenos de 1924 y de 1933.

4

Duelo por Radio

Antiguamente los duelos entre los pueblos se realizaban mediante campeonatos o guerras. Luego hubo duelos económicos, de alzas y bajas, de tarifas aduaneras. Ahora, he aquí que con el advenimiento de la grandiosa mecánica, los duelos se hacen por discursos, por discursos tan universales como pueden ser los que se pronuncian ante un micrófono.

En el mes de julio, Alemania y Rusia estaban empeñadas en un tremendo combate, cuyos ecos llevó el cable a todos los recodos del mundo. Alemania, la dictadura fascista. Rusia, la dictadura comunista. Hitler, el de los bigotes modernos y engominados. Stalin, el de los bigotazos rurales y descuidados. La palabra envanecida de la Alemania idólatra. La voz proletaria de la Rusia Soviética.

Naturalmente duelos de esta clase son de los que no cuentan con la estocada definitiva, aquella que abre un boquete en el pecho y otro en la espalda. Son duelos de palabras. Palabras fascistas y palabras socialistas. Pero palabras, al fin y al cabo. Bigotes recortados y bigotes sin podar. Pero nada más que bigotes...

MORTIMER GRAY

LA AGENCIA EN VALPARAISO DE

Lecturas

ESTÁ ENCARGADA A LA EMPRESA LETRAS

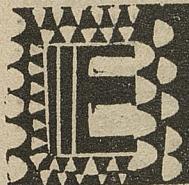
PEDRO MONTT 1722

TELÉFONO 7029

LA LAGUNA

CUENTO POR

JOSEPH CONRAD



L blanco, reclinado con ambos brazos sobre el techo de la caseta a la popa del bote, dijo al timonel:

—Pasaremos la noche en el claro de Arsat. Ya es tarde.

El malayo se limitó a gruñir y siguió mirando con fijeza río adelante. El blanco, apoyando el mentón sobre los brazos cruzados, lanzó una mirada a la quilla de la embarcación.

Al extremo de la recta avenida de bosques que el destello del río cortaba en dos, surgía el sol, cegador y sin nubes, posado sobre las aguas, que brillaban brumadas como una banda de metal. A ambos lados de la corriente, los bosques, sombríos y solemnes, se erguían silenciosos e inmóviles. Al pie de árboles altos como torres, crecían, en el barro de la ribera, palmas de nipa destroncadas, en grupos de hojas pesadas y enormes que pendían tranquilas sobre el broncíneo remolino de los reflujos. En la paz del ambiente, todo árbol, toda hoja, todo helecho, toda rama de enredadera y todo pétalo de los minúsculos botones aparecía sumido en una perfecta y definitiva inmovilidad, por la virtud de algún encantamiento. Nada se agitaba sobre el río, sino los ocho remos que, levantándose regularmente en un relámpago, caían al unísono en un solo chapoteo, mientras el timonel se mecía de izquierda a derecha, con un brillante y repentino trazo de su cimitarra que describía un semi-círculo resplandeciente sobre su cabeza. Las aguas, al golpe de los remos, espumaban a lo largo del bote en un murmullo confuso. Y la canoa del blanco, avanzando río arriba en el breve disturbio por ella misma provocado, parecía atravesar los umbrales de una tierra en la que hasta la memoria misma del movimiento había desaparecido para siempre.

El blanco, volviendo la espalda al sol poniente, echó una mirada a lo largo de la amplia y vacía extensión de aquel brazo de mar. En las tres últimas millas de su curso, el río, errabundo e indeciso, como hechizado irresistiblemente por la libertad de un horizonte abierto, corre directamente hacia el mar, hacia el Oriente:

hacia el Oriente, albergue de luz como de obscuridad. A la popa del bote, el insistente grito de algún ave, un grito discordante y débil, se arrastraba sobre el agua brumosa y se perdía, antes de alcanzar la ribera opuesta, en el ahogado silencio del universo.

El timonel hundió su remo en la corriente, apretándolo con fuerza, los brazos muy tiesos, el cuerpo inclinado hacia adelante. El agua gorgoteaba rumorosa; y, repentinamente, el largo, recto brazo de mar pareció girar sobre su centro, las selvas trazaron un semicírculo y los rayos oblicuos del crepúsculo tocaron los costados de la embarcación con un fiero destello, arrojando las finas sombras torcidas de sus tripulantes al resplandor rayado del río. El blanco se volvió, lanzando una mirada hacia adelante. El curso del bote se había cambiado en ángulo recto con la corriente, y la labrada cabeza del dragón de la proa apuntaba ahora hacia un claro en el encaje de las malezas de la ribera. El bote se deslizó por él, rozando las colgante ramas, y desapareció del río semejante a una delgada criatura anfibia que abandonara el agua en busca de su guarida en los bosques.

El estrecho arroyuelo semejaba una zanja: tortuoso, fabulosamente hondo, henchido de melancolía bajo la fina faja de azul puro y brillante del cielo. Arboles inmensos se levantaban, invisibles, tras las ornamentales colgaduras de los matorrales. Aquí y allá, cerca de la resplandeciente negrura de las aguas, la raíz torcida de algún árbol altísimo asomaba por entre el gótico encaje de los helechos, obscura y solemne, contorsionada e inmóvil, como una serpiente suspensa. Las palabras breves de los remeros reverberaban ruidosamente entre los sombríos y espesos muros de aquella vegetación. La obscuridad surgía de entre los árboles, abriendose paso por la intrincada masa de enredaderas, tras las enormes hojas fantásticas e inmóviles; la obscuridad, misteriosa e invencible; la obscuridad, perfumada y venenosa, de las selvas impenetrables.

Los hombres adelantaban por las aguas, poco profundas. El arroyo se ampliaba, abriendose en la ancha extensión de una laguna inerte. Los bosques se

apartaban de la pantanosa ribera, dejando una cinta de césped duro, de un verde brillante, enmarcando el azul reflejado del cielo. Una nube algodonosa y púrpura flotaba en lo alto, arrastrando el delicado colorido de su imagen bajo las hojas flotantes y los plateados botones de los lotos. Una casucha, prendida en lo alto de unas varas, surgía negra en la distancia. Cerca de ella, dos altas palmas, que parecían haberse adelantado a la selva del fondo, se inclinaban ligeramente sobre la derruida techumbre, con una sugerencia de melancólicas ternura y solicitud en el desfallecimiento de sus copas, frondosas y altivas.

Señalando con el remo, el timonel anunció:

—Allí está Arsat. Veo su canoa entre las estacas.

Los hombres corrían a lo largo de los costados de la embarcación, arrojando una mirada sobre el hombro hacia el final de la jornada. Hubieran preferido pasar la noche en cualquiera otra parte y no en esta laguna, de fatídico aspecto y espectral reputación. Además, profesaban a Arsat una gran antipatía; en primer lugar, porque le consideraban extraño a ellos y también porque aquel que reconstruye una casa en ruinas y la habita, proclama no abrigar temor y la idea de vivir entre los espíritus que asuelan los sitios abandonados por los hombres. Un ser semejante es capaz de interrumpir el curso del destino con una mirada o una palabra; tampoco es fácil a los casuales viajeros ganarse la voluntad de los fantasmas familiares de aquél, espíritus que suspiran por saciar sobre ellos los rencores de su humano señor. Los blancos no paran mientes en cosas semejantes, descreídos como son y en liga con el Padre del Mal, que les conduce incólumes por entre los invisibles terrores de este mundo. A las advertencias de los justos oponen una ofensiva pretensión de incredulidad. ¿Qué queda, entonces, por hacer?

Así pensaban, apoyándose con todo su peso al extremo de sus largas pértigas. La canoa resbalaba silenciosa, ligera, mansamente, dirigiéndose hacia el claro de pértigas de Arsat, hasta que, después de un gran rumor de pértigas arrojadas al suelo y altos murmullos de "¡Alá es grande!", atracó, con un suave golpe, contra las torcidas estacas de bajo la casa.

Los remeros, las caras en alto, gritaban discordantes:

—Arsat! ¡Oh, Arsat!

Nadie asomó. El blanco principió a trepar la tosca escala que conducía a la plataforma de bambú que había ante la habitación. El "jugarán" refunfuñó:

—Preparamos la cena en el "sam-pán" y dormiremos sobre el agua.

—Pásame mis mantas y la cesta — ordenó el blanco, con voz breve.

Se arrodilló a la orilla de la plataforma para recibir el paquete. El bote se alejó en seguida, y el blanco, incorporándose, se halló ante Arsat, que había surgido por la baja puerta de su cabaña. Era un hombre joven, fuerte, de pecho amplio y brazos musculosos. No llevaba sobre él otra cosa que su "sarong" (1). Tenía la cabeza descubierta. Sus ojos grandes y suaves miraban al blanco ávidamente, pero su voz y sus maneras fueron mesuradas al preguntar, sin decir antes palabra alguna de bienvenida:

—¿Traes medicina, Tuan (2)?

—No — respondió el visitante, en tono inquieto. — No. ¿Por qué? ¿Hay enfermo en casa?

—Entra y verás — replicó Arsat, con el mismo aire tranquilo; y volviéndose bruscamente, cruzó el bajo umbral. El blanco, dejando caer su carga, le siguió.

A la vaga luz de la habitación se distinguía, sobre una litera de bambú, a una mujer tendida de espaldas bajo una amplia sábana de lana roja. Estaba inmóvil, como muerta; pero sus grandes ojos, muy abiertos, quietos y ciegos, relampagueaban en la semiobscuridad, mirando fijamente a los troncos del techo. Tenía una fiebre altísima y se hallaba, evidentemente, sin conocimiento. Mostraba las mejillas ligeramente hundidas, los labios entreabiertos, y sobre el rostro joven una expresión fija y fatídica: la expresión contemplativa y absorta de los que están próximos a morir. Los dos hombres la contemplaron en silencio.

—Hace mucho tiempo que está enferma? — inquirió el viajero.

—No he dormido en cinco noches — respondió el malayo, en tono deliberado.

—En un principio, le parecía escuchar voces que la llamaban desde el río y quiso desprenderse de mis brazos que la contenían. Pero desde que se levantó el sol de este día no oye ya más, ni siquiera me oye a mí. No ve nada. No me ve, ¡a mí!

Permaneció silencioso durante un minuto e interrogó luego, suavemente:

—Morirá, Tuan?

—Así lo temo — dijo el blanco tristemente.

Había conocido a Arsat años antes, en un país lejano, en tiempos de peligro y de horror, en los que no hay amistad que pueda despreciarse. Y desde que su amigo malayo había llegado inesperada-

(1) Túnica malaya.

(2) Tratamiento que los malayos dan a los blancos.



mente a habitar la cabaña de la laguna con la mujer desconocida, no pocas veces había dormido allí en sus viajes por el curso del río. Quería a este hombre, que sabía guardar fidelidad a la confianza a él otorgada y combatir sin miedo al lado de su amigo el blanco. Le quería, no tanto, quizás, como un hombre quiere a su perro favorito, pero sí lo bastante para ayudarle sin hacer pregunta alguna, para pensar a veces, vaga y perezosamente y en medio de sus propias preocupaciones, en aquel hombre solitario y en la mujer de larga cabellera, rostro audaz y ojos triunfales, que vivían juntos escondiéndose en la selva... solos y temidos.

El blanco salió de la choza a tiempo para ver la enorme conflagración del cre-

púsculo apagarse al soplo de las sombras ligeras y furtivas, que, levantándose como un vapor negro e impalpable sobre las copas de los árboles, se alargaban por el cielo, extinguiendo el resplandor púrpura de nubes flotantes y la roja brillantez de la luz diurna puesta en fuga. A poco, surgieron todas las estrellas sobre la intensa negrura de la tierra; y la ancha laguna, resplandeciendo repentinamente de luces reflejadas, semejaba un trozo oval de cielo nocturno arrojado a la noche abismal y sin esperanza de aquella soledad. El blanco participó de las proyecciones que traía en la caja, y luego, recogiendo algunas varas de las que había en la plataforma, encendió una pequeña hoguera, no porque necesitara calor, sino

para ahuyentar con el humo los mosquitos. Se envolvió en sus mantas y se apoyó contra el muro de cañas de la choza, fumando pensativamente.

Arsat atravesó el umbral con pasos silenciosos y se sentó en cucillas cerca del fuego. El blanco agitó ligeramente sus piernas extendidas.

—Respira — dijo Arsat, anticipándose a la pregunta que esperaba. — Respira y arde como si ardiera un gran fuego en su interior. No habla, no oye... ¡ardea!

Hizo una breve pausa, preguntando luego, en tono tranquilo, sin curiosidad:

—¿Morirá, Tuan?

El blanco, embarazado, se encogió de hombros y murmuró, indeciso:

—Si tal es su destino...

—No, Tuan — replicó Arsat con calma. — tal es mi destino. Oigo, veo, espero. Recuerdo... Tuan, ¿te acuerdas del pasado? ¿Recuerdas a mi hermano?

—Sí — respondió el blanco.

El malayo se levantó de pronto, penetrando a la cabaña. El otro, aún sentado afuera, alcanzó a oír la voz de Arsat: “¡Escúchame! Háblame!” Un completo silencio siguió a sus palabras. “¡Oh, Diamelen!” exclamó de pronto Arsat. Despues de aquel grito, escuchóse un hondo suspiro. Arsat, al reaparecer en la plataforma, volvió a ocupar su sitio.

Permanecían silenciosos junto al fuego. Ningún rumor se escuchaba en la casa, ningún rumor percibiese cerca de ellos, pero a lo lejos, en la laguna, alcanzaban a oírse las voces de los remeros, resonando precisas y distintas sobre el agua tranquila. El fuego que ardía en la proa del “sampán” (1) brillaba vagamente en la distancia, con un oscuro y rojizo resplandor. A poco se apagó. Cesaron las voces. La tierra y el agua dormían, invisibles, tranquilas y mudas. Parecía que nada quedara sobre la tierra sino el resplandor de las estrellas, que rodaban, infatigables y vanas, a través de la negra inmovilidad de la noche.

Los ojos muy abiertos, el blanco dirigió una mirada al fondo de aquella obscuridad. El temor y el encanto, la inspiración y el asombro de la muerte, de la muerte inevitable y próxima, e invisible, apaciguaban la inquietud de su raza y estremecían los más indistintos, los más intimos de sus pensamientos. La eternamente pronta sospecha del mal, la sospecha voraz que llevamos oculta en el corazón, surgió para penetrar en la inmovilidad que le rodeaba, en la inmovilidad sorda y profunda, haciéndola aparecer falsa e infame, como la máscara plácida e impene-

trable de una injustificable violencia. En aquel fugaz y tremendo disturbio de su ser, la tierra, envuelta en la paz estrellada, convirtiése en un fantasmagórico país de esfuerzo inhumano, un campo de batalla de espectros, encantadores y terribles, augustos e innobles, que luchasen ardorosamente por adueñarse de nuestro corazón. Un país intranquilo y misterioso de deseos y temores inextinguibles.

Un melancólico murmullo se levantó en la noche; un murmullo triste y sobresaltante, como si la vasta soledad de los bosques circundantes tratase de susurrar a su oído la sabiduría de su inmensa y alta indiferencia. Flotaban en el aire, a su alrededor, rumores imprecisos y vagos, que adquirían lentamente la forma de palabras; y, por último, corrieron mansamente en un riachuelo rumoroso de suaves y monótonas frases. El blanco estremeciése como quien despierta, y alteró un poco su posición. Arsat, inmóvil y penumbroso, sentado con la cabeza inclinada bajo las estrellas, hablaba en un tono bajo y ensoñador.

—... porque, ¿en dónde, si no en el corazón de un amigo, podemos desahogar el peso de nuestro dolor? Un hombre no debe hablar sino del amor y de la guerra. Tú, Tuan, sabes lo que es la guerra y en la hora del peligro me has visto lanzarme en busca de la muerte como tantos otros en busca de la vida. La palabra escrita puede desaparecer; puede ser escrita una mentira, pero lo que han visto los ojos es verdad y la mente lo conserva!

—Recuerdo — dijo el blanco, suavemente.

Con amarga compostura, Arsat prosiguió:

—Prefiero, pues, hablarte del amor. Hablar de él en la noche. Antes de que, así la noche como el amor, hayan desaparecido... y el ojo del día haya de asomarse sobre mi dolor y mi vergüenza; sobre mi rostro ennegrecido, sobre mi consumido corazón.

Un suspiro, apagado y breve, señaló una pausa casi imperceptible, y sus palabras continuaron corriendo, sin un estremecimiento, sin un gesto:

—Luego que terminó la guerra y que abandonaste mi país en persecución de tus deseos, que nosotros, isleños, no podemos comprender, mi hermano y yo fuimos nombrados nuevamente, como siempre, escuderos de nuestro Señor. Bien sabes que éramos miembros de una gran familia, perteneciente a una raza de jefes y más indicados que nadie para llevar al hombro derecho el emblema del poder. Y en la hora próspera Sir Dendring nos otorgó su favor, como nosotros, en la hora de prueba le mostramos la lealtad de nuestro valor. La época era de

(1) Pequeña embarcación malaya.

paz. Epoca dedicada a la caza del venado y a las peleas de gallos; a la charla indolente y a las tontas disputas entre hombres cuyo caudal desborda y cuyas armas se enmohecen. Pero el sembrador veia desarrollarse sin temor sus arrozales y los comerciantes llegaban y partian; partian flacos y volvian gordos por el río de paz. Traían tambien nuevas. Traían, confundidas, verdades y mentiras, de modo que nadie sabia cuándo era llegada la hora de alegrarse y cuándo la de lamentarse. Por ellos supimos tambien de tí. Te habían visto aquí, te habían visto allá. Y me alegraba recibir noticias tuyas, pues recordaba los días de acción, y a tí, Tuan, te recordaba siempre, hasta que llegó la hora en que mis ojos no acertaban a ver nada en lo pasado porque se habían fijado en aquella que muere ahora allí... en la choza.

Se detuvo, para exclamar, en un murmullo intenso: "¡Oh, Mara bahía! ¡Oh, Calamidad!", y prosiguió, un poco más alto:

—No hay peor enemigo ni mejor amigo que un hermano, Tuan, porque un hermano conoce a otro y, en su sabiduría, es fuerte para bien o para mal. Yo amaba a mi hermano. Le busqué para decirle que no podía ver nada sino un rostro, nada podía oír sino una voz. El me aconsejó: "Abrele tu corazón de manera que pueda ver lo que hay en él... y espera. La paciencia es sabiduría. ¡Inchi Midah puede morir o nuestro Señor vencer su terror a una mujer!..." ¡Esperé!... Recuerdas, Tuan, la dama de la faz velada y el temor que su astucia y su cólera inspiraban a nuestro Señor. Y si ella deseaba a su esclavo, ¿qué me era dable hacer? Pero calmaba yo el hambre de mi corazón con breves miradas y palabras furtivas. Durante el día, transcurría el tiempo en el sendero que llevaba a las casas de bafios, y cuando el sol había caido atrás del bosque, me deslizaba a lo largo de los jazmines que crecían en el patio de la mujer. Ocultos, nos hablábamos a través del perfume de las flores, a través del velo de las hojas, por entre las largas hojas de césped que se levantaban inmóviles ante nuestros labios; muy grande era nuestra prudencia, muy suave el murmullo de nuestro enorme anhelo. Pasaba el tiempo rápidamente... y entre las mujeres suscitábanse rumores... y nuestros enemigos vigilaban... Mi hermano estaba sombrío y yo pensé en matar y en buscar una muerte cruel... Pertenecemos a una raza que toma siempre lo que desea... como vosotros, blancos. Llega una hora en que el hombre debe olvidar la lealtad y el respeto. El poder y la autoridad se otorgan a los jefes, pero a todos los hombres son concedidos el amor, la fuerza y el valor.

Mi hermano dijo: "Arrebátala de entre ellos. Somos dos que somos como uno". Y yo respondí: "Que sea pronto, pues no encuentro calor en el sol que no alumbrá para ella". Nuestra oportunidad se presentó cuando nuestro Señor y todos los grandes señores de su corte bajaron a la boca del río con el objeto de pescar a la luz de las antorchas. Se reunieron cientos de botes, y sobre las arenas blancas, entre el agua y las selvas, se levantaron cobertizos de hojas para habitación de los Rajaes. El humo de los fuegos semejaba una azul niebla vespertina, y en ella resonaban, alegres, multitud de voces. Mientras disponían los botes para lanzarse a la pesca, mi hermano vino a decirme: "¡Será esta noche!" Examiné mis armas, y cuando llegó la hora, nuestra canoa ocupó su sitio en el círculo de botes que llevaban las antorchas. Las luces destellaban sobre el agua, pero a espaldas de los botes todo era obscuridad. Cuando principió la gritería y la agitación les convertía en locos, nosotros escapamos. El agua se tragó nuestra luz y volvimos a la ribera, que estaba obscura y en la que brillaba apenas, aquí y allá, brasas encendidas. Percibíamos la charla de las esclavas entre las chozas. Descubrimos un sitio silencioso y desierto. Allí aguardamos. Ella llegó. Llegó corriendo a lo largo de la ribera, rápida y sin dejar tras sí traza ninguna, como la hoja que el viento arrastrara mar adentro. Sombrio, mi hermano me dijo: "Anda, llévala contigo; condúcela a nuestro bote". La levanté en mis brazos. Ella jadeaba. Su corazón palpitaba contra mi pecho. "Te arrebato a estos hombres, dije. Viniste al grito de mi corazón, pero mis brazos te llevan a mi bote contra la voluntad de los poderosos". "Es just", dijo mi hermano. Somos hombres que tomamos lo que deseamos nuestro corazón y sabemos guardarlo contra una multitud. Debíamos haberte tomado a la luz del día." Urgí yo: "Partamos," pues luego que la tuve en mi canoa, pensé en los muchos hombres de nuestro Señor. "Sí. Partamos, respondió mi hermano. Somos desterrados y este bote es ahora nuestra patria... y el mar nuestro refugio." Tardaba en desprender el pie de la ribera y le comíne a apresurarse, recordando el latido del corazón de aquella mujer junto a mi pecho y pensando que dos hombres no pueden luchar victoriósamente contra cien. Partimos, remando río abajo, próximos a la ribera; y al pasar el brazo del río en que pescaban, había cesado la enorme gritería, pero el rumor de sus voces era alto como el zumbido de los insectos en la mitad del día. Flotaban los botes, agrupándose a la luz roja de las antorchas, bajo un negro techo de humo; y los hombres hablaban de su pesca. Hombres que se en-

vanecian, elogian, clamaban..., hombres que quizás eran amigos nuestros aquella mañana y ya en aquella noche se habían convertido en nuestros enemigos. Remando ligeros, les dejamos atrás. Perdimos todos nuestros amigos en el país natal. Ella se encontraba en el centro de la canoa, el rostro velado; tan silenciosa como ahora..., tan invisible como ahora..., y no lamentaba yo nada de lo que abandonaba porque la oía respirar cerca de mí... como ahora la escuchó.

Hizo una pausa, apercibió el oído, vuelto hacia el umbral, sacudió la cabeza y prosiguió:

—Mi hermano quería lanzar el grito de desafío — un grito solo — que hiciera saber a las gentes que éramos rebeldes de nacimiento, confiados en nuestros brazos y en el vasto mar. Y le rogué nuevamente, en nombre de nuestro amor, que acallase su grito. ¿No oía yo acaso respirar a mi amada, cerca de mí? No ignoraba que la persecución se iniciaría pronto. Mi hermano me amaba. Hundió el remo sin chapoteo alguno. Se limitó a decir: "En tí no hay ahora sino la mitad de un hombre..., la otra mitad está en esa mujer. Puedo esperar. Luego que vuelvas a ser un hombre entero regresarás conmigo a gritar nuestro desafío. Somos hijos de una misma madre". No respondí. Toda mi fuerza y todo mi espíritu los reconcentraba en las manos que sostenían el remo... porque suspiraba por encontrarme con ella en un sitio seguro, lejos del alcance de la cólera de los hombres y el despecho de las mujeres. Mi amor era tan grande que le suponía capaz de guiarme hacia un país donde la muerte no existiera, con sólo que pudiese escapar al enojo de Inchí Midah y al alfanje de nuestro Señor. Remamos apresuradamente, respirando entre dientes. Las hojas de los remos penetraron profundamente en las aguas tranquilas. Salimos del río; volamos por canales abiertos entre los bajos fondos. Bordeamos la negra costa; bordeamos las playas arenosas en donde el mar habla a la tierra en blandos murmullos; y el destello de arena blanca respondía al paso de nuestro bote, tan ligero corría éste sobre el río. No hablábamos. Solo una vez susurré yo: "Duerme, Diamelen, porque pronto necesitarás todas tus fuerzas". Llegó a mis oídos la dulzura de su voz, pero me abstuve de volver la cabeza. Se levantó el sol y aún proseguimos adelante. Corría el agua de mi rostro como la lluvia de una nube. Volábamos en la luz y en el calor. No volví la vista para nada, pero sabía que los ojos de mi hermano, a mi espalda, miraban con firmeza hacia adelante, pues el bote corría tan recto como la flecha de un guerrero al abandonar el arco. No había remero mejor ni mejor timonel que mi hermano.

Muchas veces, en aquella canoa, habíamos vencido en las regatas. Pero jamás habíamos agotado nuestras fuerzas como entonces..., ¡entonces, cuando por última vez remamos juntos! No había en mi patria un hombre más fuerte ni más bravo que mi hermano. No podía yo perder el tiempo en volverle a mirarle, pero no cesaba de escuchar a mi espalda el siseo de su alieno creciendo por momentos en intensidad. No pronunciaba una palabra. El sol estaba ya muy alto. El calor se ensañaba en mi espalda como una llama de fuego. Sentía las costillas próximas a romperse pero ya me era imposible respirar. Y sentí que era necesario gritar con mi último alieno: "¡Descansemos!"... "Bueno", respondió él; y su voz era firme. Era fuerte. Era bravo. No conocía la fatiga ni el miedo... ¡Mi hermano!

Un murmullo suave y poderoso, un murmullo vasto y blando; el murmullo de las hojas temblorosas y las malezas estremecidas, atravesaba las enmarañadas profundidades de las selvas, corría sobre la mansedumbre estrellada de la laguna; el agua, entre las estacas, lamió una vez los flacos maderos con un chapoteo repentina. Una bocanada de aire tibio tocó en el rostro a los dos hombres y siguió adelante con un melancólico rumor: un alieno breve y rumoroso como algún inquieto suspiro de la tierra ensornte.

Arsat prosiguió, en voz baja y tranquila:

—Echamos la canoa sobre la playa blanca de una pequeña bahía, cercana a una larga lengua de tierra que parecía interponerse en nuestro camino; un cabo largo y frondoso que iba a perderse mar adentro. Mi hermano conocía el lugar. Más allá de aquel cabo está la embocadura de un río y atravesando la selva de aquella tierra corre un angosto sendero. Encendimos una hoguera y preparamos un poco de arroz. Nos tendimos luego a descansar en la blanda arena, a la sombra de nuestra canoa, mientras Diamelen vigilaba. No acababa yo de cerrar los ojos cuando la escuché lanzar un grito de alarma. Mi hermano y yo nos pusimos en pie de un salto. El sol caía ya, y, asomando por la entrada de la bahía, vimos un prao, conducido por una multitud de remeros. Lo reconocimos en seguida: era uno de los praos de nuestro Rajá. Escudriñaban la costa y no tardaron en descubrirnos. Sólo el "gongo" y volvieron la proa de su embarcación hacia la bahía. Senti que el corazón se me encogía en el pecho. Diamelen, sentada sobre la arena, se cubría el rostro con las manos. Por el mar no había escape alguno. Mi hermano se rió. Traía consigo el rifle que le diste, Tuan, antes de que partieras, pero la pólvora con que contábamos era muy poca. Rápida-

mente me ordenó: "Corre con Diamelen por el camino. Yo me encargo de mantenerlos a raya, pues no traen armas de fuego y desembarcar ante un hombre que carga un rifle significa la muerte para algunos. Huye con ella. Al otro lado del bosque hallarás la cabaña de un pescador... y una canoa. Cuando haya disparado todos mis cartuchos, os seguiré. Soy un gran corredor, y antes que nos den alcance, habremos desaparecido. Resistiré aquí todo lo que pueda; Diamelen no es más que una mujer, incapaz de combatir o de correr pero en sus manos débiles guarda tu corazón". Se tendió tras la canoa. El prao se aproximaba. Diamelen y yo corrimos, y mientras nos apresurábamos por el sendero, oí varios disparos. Mi hermano disparó: una..., dos veces; y cesó el batir del "gongo." Un silencio se hizo a nuestra espalda. Aquella faja de tierra es muy angosta. Antes de que llegara a mis oídos el tercer disparo de mi hermano, distinguí la costa y vi el agua nuevamente: nos encontrábamos en la boca de un gran río. Atravesamos un verde claro. Bajamos a la orilla del agua. Vi una choza que se levantaba sobre el lodo y una canoa balanceándose en lo alto. Escuché tras de mí un nuevo disparo. Pensé: "Esa fué su última descarga." Alcanzamos rápidamente la canoa; un hombre salió corriendo de la cabaña, pero le salté encima y rodamos juntos en el fango. Luego me incorporé y él quedó inmóvil a mis pies. Ignoro si le maté o no. Entre Diamelen y yo empujamos la canoa hasta llevarla al río. Me alcanzaron unos gritos, y vi a mi hermano que corría. Numerosos hombres le seguían. Tomé en brazos a Diamelen, la arrojé al bote y en seguida salté yo. Al volver la mirada, vi a mi hermano rodar por el suelo. Cayó, y se levantó inmediatamente, pero los hombres le rodeaban ya. Me gritó: "¡Ya llego!" Sus perseguidores le alcanzaban. Miré. Eran muchos. La miré luego a ella. ¡Empujé la canoa, Tuan! La empujé a la corriente. Diamelen se hallaba de rodillas, mirándome, y le dije: "Toma el remo," mientras yo golpeaba el agua con el mío. Oí a mi hermano gritar, Tuan. Le oí gritar dos veces mi nombre, y oí también voces que clamaban: "¡Matad! ¡Matad!" No volví siquiera la mirada. Le oí gritar mi nombre una vez, con un gran chillido, como cuando la vida se pierde con la voz... y no volví siquiera la cabeza. ¡Mi nombre!... ¡Mi hermano! Tres veces me llamó..., pero no temía yo a la vida. ¿No estaba conmigo Diamelen? Y, ¿no encontraría con ella algún país donde se olvida la muerte?..., ¡dónde se desconoce la muerte!

El blanco se incorporó. Arsat se puso de pie, irguiendo su vaga figura silenciosa sobre las brasas agonizantes de la hogue-



ra. Una neblina había caído, arrastrándose, sobre la laguna, borrando lentamente la brillante imagen de las estrellas. Y ahora una enorme masa de vapor blanco cubría la tierra: extendiese frío y gris en la obscuridad, arremolinándose en mudos torbellinos alrededor de los troncos de los árboles y por la plataforma de la casa, que parecía flotar sobre la inquieta e impalpable ilusión de un mar. Apenas sí, muy lejos, las copas de los árboles se recortaban sobre el destello del firmamento, como alguna costa sombría y prohibida: una costa engañosa, implacable y negra.

La voz de Arsat vibró con fuerza en la profunda paz:

—¡Tenía conmigo a Diamelen! ¡La tenía conmigo! Por ganarla me hubiera enfrentado a toda la humanidad. Pero la tenía ya conmigo... y...

Sus palabras se perdieron resonantes en las huecas distancias. Hizo una pausa y pareció que a lo lejos las escuchara morir: más allá de todo auxilio y toda renovación. Y, suavemente, dijo:

—Tuan, yo amaba a mi hermano.

Una racha de viento le hizo estremecer. Por sobre su cabeza, sobre el silencioso mar de la neblina, las hojas mustias de las palmeras resonaban en un rumor melancólico y expirante. El blanco estiró las piernas. Apoyó el mentón sobre el pecho y, sin levantar la cabeza, murmuró tristemente:

—Todos amamos a nuestros hermanos.

Arsat estalló, con una intensa y susurrante violencia:

—¿Qué me importaba quien muriese? No buscaba yo otra cosa que paz para mi corazón.

Parecióle escuchar un movimiento en la cabaña; aguzó el oído..., entrando luego con pasos silenciosos. El blanco se levantó. Llegaba una brisa en bocanadas caprichosas. Las estrellas palidecían como si hubieran retrocedido en las heladas profundidades del espacio infinito. A una glacial racha de viento siguieron unos segundos de calma perfecta y absoluto silencio. Luego, tras la negra línea sinuosa de los bosques, una columna de luz de oro se levantó hacia el cielo y se extendió sobre el semicírculo del horizonte oriental. Nacía el sol. Retiróse la niebla, se deshizo en nubes fugaces, desvaneciéndose en ligeras trenzas flotantes; y la laguna, descubierta, se revelaba, negra y bruñida, en las sombras espesas al pie del muro de árboles. Una águila blanca se levantó sobre ella en un vuelo oblicuo y portentoso, llegó al claro rayo del sol y, por un momento, surgió deslumbradoramente brillante; luego, elevándose más, se hizo un punto oscuro e inmóvil antes de desvanecerse en el azul tal si hubiera abandonado la tierra para siempre. El blanco, de pie ante el umbral de la puerta, la mirada en lo alto, escuchó en la cabaña un confuso y roto rumor de palabras sin sentido que fué concluyendo en un gemido. Repentinamente Arsat salió, tropezando, las manos alargadas; se estremeció, permaneciendo inmóvil por un rato, la mirada fija. Luego dijo:

—No arde más.

Ante sus ojos el sol asomaba el filo sobre las copas de los árboles, levantándose lentamente. Refrescó la brisa; una gran brillantez irrumpía sobre la laguna, destellando en el agua hiriente. En las

sombbras claras de la mañana se irguieron las selvas, haciendo distintas, como si se hubieran aproximado precipitadamente... para detenerse en seco en un gran estremecimiento de hojas, de helechos declinantes, de ramas conmovidas. En el sol despiadado se intensificaba el murmullo de vida inconsciente, hablando en voz incomprensible al rededor de la sorda obscuridad de aquel dolor humano. Los ojos de Arsat vagaron lentamente y se fijaron luego en el sol que nacía.

—No veo nada — se dijo, casi en voz alta.

—Nada hay — replicó el blanco, aproximándose a la orilla de la plataforma y haciendo señas a su bote. Un grito llegó mansamente sobre la laguna y el "sampán" principió a deslizarse hacia la morada del amigo de los espíritus.

—Si quieres venir conmigo, te esperaré toda la mañana — dijo el blanco, dirigiendo la vista a la laguna.

—¡No, Tuan! — respondió Arsat con suavidad. — No comeré ni dormiré más en esta casa, pero antes quiero encontrar mi camino. Ahora no veo nada... ¡nada! No hay en el mundo luz ni paz, pero existe la muerte..., reservo a muchos la muerte. Fuimos los dos hijos de la misma madre... y le abandoné a merced de los enemigos; pero ahora regreso a mi país.

Respiró hondamente y continuó, en tono soñador:

—Dentro de poco podré ver con la necesaria claridad para asestar el golpe... para asestar el golpe. Diamelen ha muerto y... ahora... todo es obscuridad.

Abrió ampliamente los brazos, dejándolos caer a lo largo de su cuerpo, y permaneció luego inmóvil, el rostro impasible, los ojos muertos vueltos hacia el sol. El blanco bajó a la canoa. Sus hombres corrían ágilmente a los lados del bote, asomando sobre el hombro la mirada hacia el principio de una fatigosa jornada. Sentado en la proa, la cabeza envuelta en trapos blancos, aparecía melancólico el "juragan" (1), dejando que su remo se arrastrara sobre las aguas. El blanco, apoyado con ambos brazos sobre el techo de la caseta de popa, volvió la vista al brillante escarcero del agua ante la quilla del "sampán". Antes de que el bote saliera de la laguna para internarse en el arroyo, el blanco levantó los ojos. Arsat no se había movido. Permanecía solitario y escrutante en el sol, asomándose, más allá de la vasta luz de un día sin nubes, a la obscuridad de un mundo de ilusiones.

(1) Nombre malayo que se da al jefe de los remeros de una embarcación.

LAS CRISIS ECONOMICAS CELEBRES Y SU DURACION

LAS CRISIS MODERNAS. — CADA ONCE AÑOS SE PRODUCE UNA CRISIS.—
LA CIENCIA DE ESTOS FENOMENOS

Por RICARDO LEWINSOHN



N todas las cuestiones económicas, ninguna interesa tanto a la Humanidad como la de saber cuánto tiempo habrá de durar la crisis actual y en qué momento preciso tendrá su deseado término.

Planteada así la cuestión, se le da ya, en cierto modo, una semi-respuesta, porque se anticipa, en esa forma, que la crisis no constituye un estado de cosas permanente; que a la depresión económica actual debe seguir un nuevo periodo de prosperidad.

Fundase tal optimismo no sólo en impresiones sentimentales, en ejemplos que nos ofrece la Naturaleza, donde a la noche sucede el día, al invierno la primavera, sino también a las experiencias económicas de tres generaciones. Ciertamente hubo antes de ahora crisis terribles, duros reveses económicos, tras de períodos preparatorios de prosperidad, sobre todo después de las guerras y las revoluciones.

Pero, a la verdad, se trataba de casos aislados que tenían sus determinantes propias. Por consecuencia, no podían deducirse de ellos conclusiones de carácter general. Así, por ejemplo, recordemos la grave crisis, con pánico bancario, tumultos populares y hambre, registrada en Inglaterra desde 1664 a 1667, durante la guerra con los Países Bajos, cuando la flota holandesa bloqueó la desembocadura del Támesis, y Londres padeció el doble azote de la peste y el incendio. Lo mismo aconteció inmediatamente después de la "guerra de los siete años", afectando las graves perturbaciones de un modo especial a los beneficiarios de la larga contienda.

Las crisis modernas

En el sentido actual de la palabra, no ha habido crisis sino desde hace una centena de años. El carácter propio de estas crisis modernas no reside sólo en el hecho de que se inicien, por lo general, con una catástrofe financiera, con un crack de banca o bursátil, desde el que se extienden a la producción, para originar luego la anquilosis de los negocios y el paro forzoso, dándose el triste caso de que millones de hombres se mueren de hambre al pie de las granjas abarrotadas de productos y de los almacenes atestados de géneros. Pero lo que más sorprende en esta clase de crisis es quizás la regularidad con que aparecen. La primera crisis típica del género que nos ocupa fué el desastre económico de Inglaterra, en 1825. Sus repercusiones fueron considerables en todos los países del Continente, y aun en los Estados Unidos. Hubieron de transcurrir muchos años para que la economía universal se repusiera de esa conmoción.

Ocho años más tarde, en 1833, sufrió Inglaterra una nueva crisis económica grave, que se extiende al Continente, sin que estuviera precedida de guerras devastadoras o de acontecimientos políticos decisivos. En 1847, otra crisis financiera agobia a Inglaterra. La depresión económica que ella origina, tanto en Europa como en América, fué una de las causas de las agitaciones políticas de 1848.

Ese retorno de las catástrofes económicas a intervalos regulares de once años (1825, 1836 y 1847) causó impresión tan profunda, que hubo de dar lugar a teorías curiosísimas.

Cada once años una crisis

Como la ocurrencia de una crisis económica cada once años no podía ser obra

del azar, empezó a pensarse seriamente si ello obedecería a una ley de la Naturaleza. El economista inglés Jevons, autoridad universalmente reconocida, llegó en este punto a relacionar la vuelta de los períodos de crisis con la reaparición undecenal de las manchas solares. Del ciclo periódico de las manchas solares debía depender, de una manera especial, el producto de las recolecciones; de este producto de los campos, el precio de los cereales, y del precio de los cereales, el ciclo undecenal de las crisis económicas. El perspicaz sabio, que es uno de los fundadores de la Estadística moderna, sólo hubo de abandonar su teoría cuando su adversario le demostró que podían ajustarse las cotizaciones de los cereales lo mismo a ciclos trienales que a quinquenales o tridecenales, y que, por esta razón, era imposible deducir de ello una estricta ley natural.

Posteriormente vuelven a presentarse las crisis con tal regularidad, que la mayoría de los teóricos admiten la existencia de un ciclo de crisis al que puede fijarse una duración media de diez años. Pero ninguno de ellos da una explicación plausible de ese intervalo de tiempo. Algunos estudios especializados sobre la periodicidad de las crisis llegan a interpretaciones cada vez más escépticas, aunque coincidan los teóricos en considerar inquietante el porvenir para la economía capitalista, a causa de la aparición regular de la crisis.

Carlos Marx demuestra que los ciclos de crisis no tienen efecto por períodos iguales, sino que, por el contrario, ocurren a intervalos cada vez más cortos y con mayor intensidad. El desarrollo gigantesco de la economía universal en la última década del siglo pasado parece desmentir esas tristes profecías marxistas. Registran, en efecto, crisis más o menos agudas en 1900, 1907 y 1913. La Gran Guerra determina nuevos estados anormales, volviendo a reaparecer las crisis a partir de 1920. Desde esa fecha, los Estados Unidos conocen un estado de prosperidad, que finaliza en 1929, con el derrumamiento de Wall-Street.

¿Sería factible, sin embargo, establecer, aun en medio del caos creciente, con arreglo a pautas determinadas, el tiempo de duración de una crisis? Una de las más recientes ramas de la Economía política ha intentado resolver el problema mediante una estadística, elaborada a través de mucho tiempo. De ella se infieren

numerosos conocimientos útiles, que modifican esencialmente las primitivas ideas acerca de los ciclos de perturbación económica.

La ciencia de la crisis

Analizando cuidadosamente el curso de una crisis económica a otra, se ha deducido esta interesantísima conclusión: en el periodo contemporáneo se reproducen las mismas fluctuaciones de circunstancias críticas cada cuarenta meses, no siendo las grandes crisis generales sino la yuxtaposición de dos o tres de esos ciclos de cuarenta meses. Ocurre, sin embargo, que cuanto más se recurre a apurar las estadísticas y a los cálculos matemáticos, menos claros y concretos son los resultados que se obtienen. No se ha descubierto aún, en suma, la piedra filosofal, si bien la nueva rama de la ciencia económica ha aclarado ciertos datos que pueden servir de puntos de referencia en la crisis presente. Después de todo, la cuestión que preocupa hoy a las gentes no es la controversia científica acerca del carácter cíclico de las circunstancias determinantes de una crisis, sino más bien el prever el tiempo que ha de durar la depresión cuyos tristes efectos sufre al presente el mundo entero.

Si se estudia a este propósito el curso de las crisis pasadas, se advertirá inmediatamente un hecho que habrá de sorprender en alto grado. Y es que en las décadas pretéritas ha habido períodos de depresión más dilatados que el actual.

No es de esperar que a los siete años prósperos de la América del Norte sucedan ahora los siete años de las vacas flacas. Esta teoría circunstancial, que podía derivar únicamente de las condiciones agrarias bíblicas, no puede aplicarse de ningún modo, por fortuna, a la economía moderna, aunque es cierto que en los países agrícolas ocurre, como en el Nuevo Testamento, que a dos años favorables sucede una serie más importante de años calamitosos.

Por el contrario, tratándose de países industriales, los períodos de depresión no duran, generalmente, tanto tiempo como en la época del desarrollo de la industria. Desde 1890 a 1920 se registraron en los Estados Unidos 179 meses buenos y 100 malos; en Inglaterra, 171 meses buenos y 100 malos, y en Francia, 170 meses buenos. Por lo que se refiere a Alemania, aun en sus períodos de mayor prosperidad eco-

El Revolucionario

"Quinto Poder"

POR MARGARITA [G.] SARFATTI



Lo cinematógrafo comenzó por ser ciencia, óptica; mecánica; en suma, simple técnica fotográfica.

La intervención del gusto y de lo selecto se limitaba al principio a un mínimo, y todavía este mínimo tenía más relación con la **ciencia** que con el arte, puesto que se trataba de elegir el argumento y la iluminación que se prestaran más a la ejecución. El argumento se tomaba de la realidad accidental y la iluminación era la que proporcionaba la luz del día.

Pronto la selección y el gusto o, mejor dicho, el elemento arte prevaleció sobre la mecánica fotográfica gracias a la intervención del factor humano por excelencia: la invención en su doble manifestación de trama imaginada y de realización escénica y plástica.

Pero en toda cosa humana hay un fenómeno curioso: nuestro sentido plástico se adapta muy lentamente, con una invencible pereza tradicional, a las novedades, trátese de novedades técnicas o ideológicas que son, sin embargo, los frutos del espíritu humano.

¿Cuánto tiempo no ha sido preciso para que el automóvil dejara de ser la carroza que corría detrás de los caballos, sino un motor que rueda por el suelo cortando el aire? ¿Cuánto tiempo para que el casco del navio de acero no imitara la carena acostillada de los vapores de made-

nómica, hubo de atravesar épocas de depresión más extensas. Desde 1890 a 1913 no registra sino 114 meses buenos contra 100 meses malos.

Como quiera que sea, puede afirmarse que no hay razón para considerar eternas las depresiones económicas, como tam-

po? (Y tal vez no se han estudiado todavía todas las posibilidades de la quilla de acero). ¿Por cuánto tiempo el mármol del alquitrabé griego y la piedra de la pilastra gótica siguieron modelándose según las exigencias estáticas de la madera? Y nosotros mismos, ¿no comenzamos ahora solamente a darnos cuenta de las necesidades y de las posibilidades estáticas y estéticas del cemento armado? Cincuenta años después de la invención de la lámpara eléctrica, ¿no comenzamos hoy solamente a admitir con timidez que la luz que brota en la punta de un hilo puede pasarse sin la fenomenal armadura de soportes, recipientes o conducciones, etc... propias del petróleo, de las bujías o del gas?

En el cinema la cuestión es todavía más compleja y delicada.

El cinema ha quedado ligado durante mucho tiempo—y todavía lo está en parte—a la mezquina realidad o al teatro, y al teatro en su forma más lamentable: el drama realista burgués, de tendencia sentimental, lacrimeante e insípido. Ahora se trata ante todo de aprender a pensar cinematográficamente, después a obrar de una manera fotogénica y ya hoy hasta fotonogénica.

■ ■ ■

Pocas personas saben la extensión y la importancia que ha tomado el cinema. Según parece ocupa el tercer rango en el

co debe confiarse en la prosperidad sin término. Parece mucho más verosímil que la crisis de los Estados Unidos, ocurrida después de siete años de abundancia, y con la crisis norteamericana la crisis mundial, no habrá de exceder de los cuatro años.

comercio mundial. Inmediatamente después del carbón y del trigo, la cifra de negocios más importantes que se ha realizado en nuestro planeta la proporciona el cinema. Después del carbón y del trigo, ninguna otra necesidad, ningún otro recreo de la vida levanta y desplaza en un torbellino incesante y vertiginoso tanto oro sonante, tantos cheques y billetes de banco como pasan de un continente al otro franqueando montes y desiertos, fronteras y razas, como este insignificante rollo de gelatina que se proyecta en luz y sombras sobre una tela y que tiene a las multitudes pendientes de su encanto.

La influencia del cinema es enorme. Los rusos han sido tal vez los únicos en comprender su fuerza desde el punto de vista social. La Prensa, decíase en el siglo pasado, es "el cuarto poder". Del cinema se puede decir con mayor razón, que es el revolucionario "quinto poder". Viene después la Prensa y es con relación a ésta lo que es el "cuarto estado", el proletariado, el pueblo, en relación al "tercer estado", la burguesía del siglo XVIII. De hecho, la revolución operada por el cinema es mucho más extensa, más vasta y alcanza a capas populares mucho más profundas, como lo es la revolución bolchevista de hoy en relación a la revolución burguesa de 1789.

Creo que, en su conjunto, ésta influencia del cinema es beneficiosa. Considero que el cinema contribuye a divertir y a emocionar. Además, las gentes que se divierten y se emocionan están más dispuestas a la bondad. El cinema cumple cuantitativa y prosaicamente para la humanidad la labor a que respondían cualitativa y poéticamente las Olimpiadas para el pueblo griego: consolida la unidad y

la universalidad de los sentimientos, establece entre pueblos diferentes un lazo de cultura y de intereses, un terreno común de resonancia y de acuerdo mínimo en una atmósfera única de civilización. Además, el pueblo ve las desventuras y las penas de los ricos, de los "felices" y esto lleva a compadecerlos; aproxima entre sí a los hombres con sentimientos de humana simpatía.

El cinema tiende también a colmar el abismo que existía entre capital y provincia, entre gran ciudad y pueblo, entre ciudad y campo. Todo el mundo sabe ya cómo hay que vestirse para ser elegante. Greta Garbo, Mary Pickford, Ramón Novarro, Rodolfo Valentino y John Barrymore han sido y son los prototipos standard de la belleza, de la elegancia, del sex-appeal y, en resumen, de la manera de ser y de vestirse en toda la tierra habitada por hombres. Es un ideal internacional y universal al cual concurren y contribuyen todas las naciones, todas las razas, todas las civilizaciones: Italia, Suecia, España, Francia, Alemania, Inglaterra, América, y ahora hasta Asia, con deliciosas estrellas como Any May Wong, u Oceania con Sombras blancas. Y a su vez todas las naciones y todas las razas y civilizaciones se alimentan de este ideal.



Lo mismo que en tiempos de las representaciones olímpicas griegas el verdadero pueblo quiere ver hoy y conocer en el cinema las alternativas de la vida de los reyes. Las alternativas grises de la vida cotidiana las vive él mismo; el drama burgués no le interesa.

"LECTURAS" EN SU PROXIMO NUMERO PUBLICARÁ

RUBEN DARIO REVOLUCIONARIO

LA RUSIA Soviética Y UNA NUEVA GUERRA

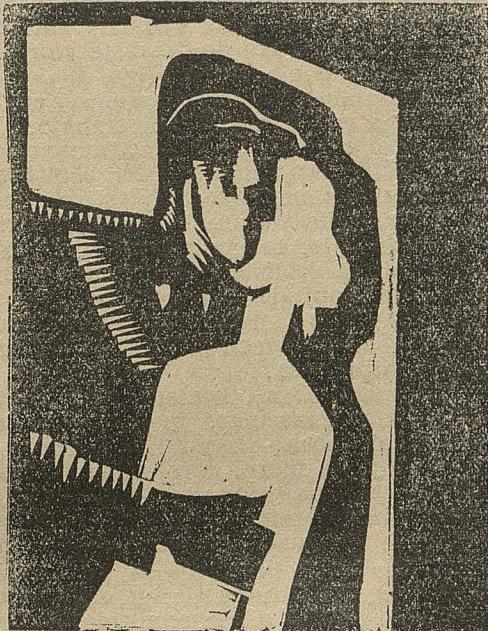
UN RETRATO: JEAN COCTEAU, por Ramón Gómez de la Serna

Cuento Nacional: A TRAVES DE LA NOCHE, por Juan Marín

Páginas dedicadas a Jules Supervielle. (Poesías)

Tiene razón: este instinto es profundamente sano y artístico. Quiere ver en la pantalla, como antes en la escena, los reyes del día o al menos los grandes millonarios príncipes o duques, interiores lujosos, bellos trajes, mundo elegante, hermosas mujeres y hombres galantes.

El público tiene razón. Esto prueba que considera el cinema como un arte en la acepción más profunda y más pura del término y de la idea; como una libera-



ción de lo convencional, feo e injusto que hay en la vida real. Es una necesidad de evasión y de redención.

El público que quiere que en el cinema "todo termine bien" obedece a un sano y profundo instinto de moralidad. En pequeño, la historia filmada que termina bien corresponde a la catarsis de la tragedia griega; pacifica y purifica las almas y devuelve los hombres reconciliados a la vida cotidiana, después de este momento de evasión.

Me parece enormemente ridículo que haya todavía gentes a quienes el cinema

sonoro y hablado les haga pensar nostálgicamente en el mudo. Hay que apoderarse de la técnica nueva y elevarla a nuevos esplendores.

Hasta ahora los dos hallazgos más originales y más audaces del cinema son el dibujo animado y la interpretación luminescente de sinfonías musicales.

Son tal vez los dos únicos géneros de espectáculos cinematográficos verdaderamente inteligentes y capaces de satisfacer plenamente las facultades plásticas, visuales e intelectuales del espectador inteligente.

Las trayectorias y los puntos luminosos que transforman en ritmos visuales las melodías auditivas, con una fuerza de penetración y de interpretación muchas veces sublime, y lo cómico trascendental metafísico de los dibujos y de las sinfonías animadas, en que todo es dinámico, espiritual, humorístico y divertido, abren nuevas y fantásticas perspectivas en las



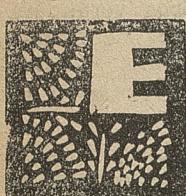
que se confunden el sueño y la realidad.

El cinema es una fuerza que no se sospecha todavía, pues está en la primera infancia de su evolución y de su potencia artística.

(Traducción del italiano)

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE EL MAQUINISMO

POR CARLOS FEUEREISEN P.



L empleo de una máquina multiplica el trabajo de un obrero y le hace producir en una jornada lo que en igual tiempo producirían 20, 100 o 500 obreros, si no se emplearan los medios mecánicos. Es decir, la máquina crea lo que se llama una supervalía; pero no produce valor. Únicamente transmite el suyo al artículo que fabrica.

En la creación de un producto, la máquina es utilizada siempre por completo, pero no desaparece en esa creación sino que continúa en disposición de volver a empezar un nuevo producto idéntico. Por lo tanto, como elemento de producción de valor, es consumida solamente por fracciones.

Como una máquina funciona durante prolongados períodos de trabajo y su desgaste y consumo diarios se reparten entre una gran cantidad de productos, cada uno de estos absorbe sólo una parte de su valor, que es tanto más pequeña mientras más productiva sea la máquina.

Si se considera exclusivamente como un medio de hacer el producto más barato, el empleo de las máquinas está sujeto a la condición primordial de que el trabajo invertido en su construcción sea menor que el tiempo de trabajo suprimido por su uso. Mientras más grande sea esta diferencia, mayor es la ganancia del capitalista.

Cuánto más largo es el período durante el cual funciona la máquina, mayor es la masa de productos entre la cual se distribuye el valor que aquélla transmite y, por lo tanto, menor es la parte que corresponde a cada unidad de mercancía. Pero la máquina sufre un desgaste material que se presenta bajo un doble aspecto: se desgasta por su empleo y por su inacción. Y sólo por el uso se gasta únicamente, en tanto que se desgasta improductivamente por la falta de uso. Por otra parte, aunque se encuentre en muy buen estado, la máquina pierde una parte de su valor por la construcción de máquinas perfeccionadas que vienen a ha-

cerle competencia. Esto constituye su período de desgaste moral. Mientras más corto es su período de desgaste material, menor es su peligro de desgaste moral. Y es evidente que una máquina se desgasta materialmente más pronto cuanto más larga sea la jornada de trabajo.

De aquí se desprende claramente que la máquina, en manos del capitalista, crea motivos nuevos y poderosos para prolongar desmesuradamente la jornada de trabajo, lo cual permite, además, aumentar la producción sin acrecentar la parte del capital representada por los edificios y las máquinas, y por consiguiente, obtener con menos gastos una mayor supervalía.

El maquinismo, haciendo casi inútil el trabajo muscular, permite emplear obreros de poca fuerza física, como las mujeres y los niños, cuyo empleo abusivo conduce a una privación brutal de las condiciones normales de vida. Los obreros que la máquina hace innecesarios, arrojados del taller y de la fábrica, sirven para poco, fuera de su antiguo oficio, y, si llegan a ser admitidos en empleos inferiores, son mal pagados.

Esto produce, por consecuencia, una reacción de la sociedad, la que, al sentirse amenazada hasta en las raíces de su existencia, decreta límites legales a la jornada de trabajo.

El capital procura, entonces, ganar por un aumento de la cantidad de trabajo gastada en el mismo tiempo lo que ha perdido al prohibirse multiplicar indefinidamente las horas de trabajo. El obrero se ve, por lo tanto, precisado a gastar, mediante un esfuerzo superior de su fuerza, más actividad. Pero este aumento de intensidad de trabajo, transformándolo en un autómata durante el curso de su labor, sobreexcita hasta el último grado su sistema nervioso; impide el ejercicio variado de sus músculos y dificulta toda actividad libre del cuerpo y del espíritu. La monótona regularidad del maquinismo, si bien es cierto que facilita su trabajo, le quita al obrero todo interés por él. Va atrofiando paso a paso su iniciativa y forma una masa de individuos desconfiada y temerosa de verse privada de su trabajo por la construcción

de nuevas máquinas y expuesta a cada momento a toda clase de accidentes.

Lo dicho hasta aquí, que no es sino un extracto de las ideas de Carlos Marx sobre la materia, parece justificar el odio que el obrero siente hacia la máquina.

Pero no es así. Y voy hacer en seguida una breve defensa del maquinismo.

El propio Marx dice: (1)

"No puede acusarse a la máquina de las miserias a que ha dado

el socialismo integral, no existe el capital privado. Para alcanzar la satisfacción de sus necesidades materiales y espirituales, los individuos no disponen más que de su trabajo, el cual no puede ser objeto de explotación. Y, constituyendo éste el único factor de producción, corresponden exclusivamente a quiénes lo ejercen la totalidad de los bienes económicos resultantes.

Por otra parte, siendo las máquinas



"lugar; no es culpa suya si en nuestro medio social separa al obrero de sus medios de subsistencia".

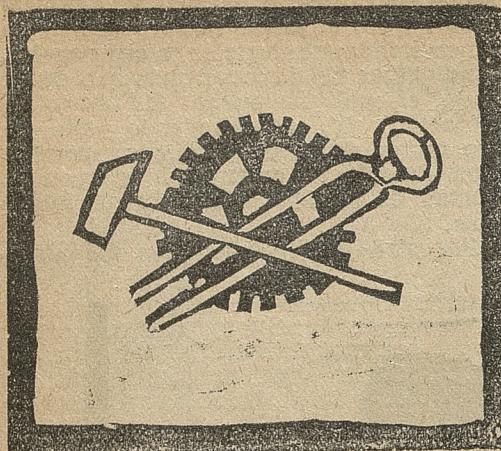
Bajo el régimen capitalista, el tiempo de trabajo suprimido por el empleo de la máquina se traduce en la producción de una supervalía y no en un abaratamiento del producto.

En un régimen en que impere el socialismo de Estado, tal como lo concibe

producidas por el hombre con el objeto de aplicar adecuadamente sus facultades mentales y físicas, o sea su trabajo, a los medios de producción, tampoco pueden ser de propiedad privada y deben pertenecer únicamente al Estado.

La intervención del capital no modifica en nada la naturaleza misma del trabajo; por lo tanto, no tiene derecho a participar de los productos que éste produce, ya sea en forma de mercancías o de supervalía.

(1) "El Capital".



El socialismo integral establece una remuneración del Estado como único medio de distribuir íntegramente los productos resultantes del trabajo entre todos los factores intelectuales y manuales que lo ejercen, en proporción al trabajo aportado por cada cual a la producción. Esto significa que la supervalía que actualmente produce la máquina, y que constituye la ganancia del capitalista, no iría ya a beneficiar a un ente completamente ajeno al trabajo de producción sino que sería repartida proporcionalmente entre dichos factores.

Pero, a mi modo de ver, no es esta la ventaja que traería la producción mecánica en un régimen socialista integral.

No se perseguiría ya la producción de una supervalía. Se consideraría la máquina únicamente como un medio de hacer el producto más barato. Es decir, trataría de obtenerse un artículo determinado con la mínima cantidad de fuerza de trabajo.

Organizada la producción exclusivamente por el Estado, los productos se fabricarían únicamente en la cantidad necesaria para satisfacer las necesidades de la comunidad y del comercio exterior. Lo cual significa que la jornada de trabajo sería función de las necesidades de la comunidad y no ya de la voracidad creciente del capital.

Las estadísticas demuestran que, si la producción mundial fuese organizada en esta forma, se requeriría un esfuerzo medio de cuatro horas diarias de todos los individuos aptos para desempeñar un trabajo intelectual y manual. Los guarismos pueden estar sujetos a errores o a diferencias de apreciación; pero es evidente que la producción mecánica, bajo un régimen de socialismo de Estado, ten-

drá forzosamente que reducir la duración de la jornada o aumentará los días de descanso en la semana.

Henry Ford, en los Estados Unidos, ha realizado ya este programa, dentro de lo posible en un régimen capitalista. Sus obreros trabajan tres o cuatro días en la semana. Los demás días lo dedican al campo, en los inmensos terrenos que Ford explota en Michigan. Ganan un salario-moneda en la fábrica y un salario-producto (huevos, legumbres, mantequilla) en el escampo.

A propósito de una visita a las fábricas de Ford, dice H. G. Wells:

"Una humanidad casi librada
" del trabajo, más sana, más sabia,
" en que todo, hasta las cosas más
" humildes, pueden ser magníficas,
" en que el hombre no contaría sino
" con los tormentos eternos del co-
" razón y del espíritu, pero en que
" todas las torturas materiales sean
" suprimidas, he aquí lo que la civili-
" zación mecánica nos podría traer.
" Hoy día se desvía de sus fines na-
" turales este gran instrumento de
" felicidad humana que es la máqui-
" na".

Cabe preguntarse si liberada la máquina de la explotación capitalista, no existirá el peligro de un estancamiento del progreso del maquinismo.

Evidentemente, no!

Edgard Poe dice que el genio consiste en crear algo con el mínimo de esfuerzo. El genio creador seguirá, pues, inventando máquinas que ayuden al hombre a satisfacer sus necesidades materiales con el mínimo de trabajo manual y que desempeñen por sí solas las labores inferiores.

Es pues, de esperar que, en un régimen de socialismo integral, el obrero no será ya un esclavo de la máquina sino que esta trabajará para él durante el tiempo que él necesite y no más del tiempo indispensable para asegurarle el trabajo a todos los individuos aptos de la comunidad. Dispondrá, entonces, de mayor tiempo libre para su cultura intelectual y física y podrá satisfacer todas las necesidades de su espíritu, necesidades atrofiadas actualmente en la masa obrera al servicio del capitalismo.



EL CUENTO NACIONAL

DE NOCHE

POR REINALDO LOMBOY



E pié en la borda de aquel "liner" interoceánico contemplaba fijamente el mar. ¿El mar? Mas bien absorvíase en su propia intimidad afectiva. Tenía los labios secos. La cabeza le ardía. Sus manos, tensas, oprimían la baranda en deseo inconsciente de destrozar algo o de sujetarse, de mantenerse, todavía atado con firmeza a un objeto sólido. Aunque... Bien, nada esperaba. Nada temía, tampoco. Pero ese traje negro, de etiqueta, que ceñía su cuerpo era un sarcasmo.

A sus oídos llegaban las notas de la orquesta. En el salón del barco toda una muchedumbre elegante se entregaba a la danza, a la conversación despreocupada, amable y sonriente.

Ricardo Santander estaba solo. Solo para morder el grito desesperado de su ansiedad defraudada. El mar en torno.

Y la noche. Adivinábbase a lo lejos la costa en un denso trazo de sombra entre la sombra circundante. La tarda y grave pulsación del mar ceñíase a los flancos del vapor balanceándolo en ritmo acompañado. El rumor sordo, insistente de las calderas golpeaba en su cerebro embotando sus sentidos, anulando los tormentosos pensamientos que le obsedian. Molestábase todo: la oscilación del barco, la extorsionada alegría de la orquesta, las risas de las mujeres, el rumor de las olas quebrándose en la negra mole que avanzaba dividiendo el mar.

¿Si se lanzase al agua? Le atraía, le incitaba el cabrilleo de las ondas, el movimiento de ascensión y abatimiento como de corazón afectuoso, la sombra que lo envolvía todo en la oscuridad sin soluciones de su densa afluencia. Anticipadamente creyó advertir la impresión del agua, fría, en torno a su cuerpo, el aleteo de los brazos y, luego, abandonarse,

gritar en último conato de pervivencia un aullido estertoroso y ya sin voluntad y sin pensamiento, la sombra definitiva sobre el morir cotidiano.

A lo lejos quedaba la costa. Costa inhospitalaria, hórrida. Tras los cerros sabía la infinita extensión de un desolado amarillo, el sol cayendo siempre, a plomo, sobre el yermo, el viento cálido del Altiplano rodando furioso por las calvas de los cerros y estrellándose en las ligeras construcciones. Viento, sol; nada más. Sucedíanse los días y sólo el calendario decía las estaciones en la eterna estación única del desierto. Larguilecían hasta los sueños en la modorra del espíritu. Como en parte alguna sentíase allí la pulsación del tiempo, su vuelo pesado en el sopor creciente, que ningún cambio trae sobre la vida: no hay yerbas que crezcan, ni pájaros que canten ni en las almas gastadas, yertas como el paisaje, palpita un nuevo anhelo. Diez años, que pesaban como siglos en su espíritu, había permanecido en la desolada y aplañadora monotonía del desierto, perdido en una oficina lejana, hundido dentro de sí mismo, futilizando su ánimo, embrutecido, embrutecido ya. ¡Ah! su juventud fracasada, los bellos impulsos agotados. ¡Juventud! Al referirse a ella debía hablar, melancólicamente, en pretérito con la suave tristeza con que se recuerda un bienestar perdido. En la añoranza de su halagadora seguridad hundida su desnudez de aspiraciones ideales y ella resumía toda la esperanzada ambición, el despreocupado abandono, el entusiasta coraje de su fuerza vital, hoy lánguida, perdida como los sueños, como la rebeldía; juventud muerta antes del goce igual que una estrella errante que atraviesa el espacio y se desvanece en el azul.

No en vano rodaron los soles por su rostro; había envejecido con premura. Y nada había conseguido. El sacrificio de su juventud había sido inútil de toda utilidad. Fracaso tras fracaso lograron templar su espíritu; pero el perseverar de la mala fortuna abatió al fin su ánimo. Ascensiones, caídas. Después de ser propietario, un puesto de escribiente: era el hundimiento total, definitivo. Había gastado sus esfuerzos y tras tantos años de lucha ruda encontrábase como al principio; no, no como al empezar sino agotado, sin voluntad y sin dinero.

Ahora se iba. La compañía cerraba sus oficinas. Cancelaron sus emolumentos, dieronle pasaje hasta su tierra y solo, solo como llegara, partió hacia su patria diez años antes abandonada.

Detrás, en el desierto, en la soledad de su pieza, abandonada, quedaba Maira. Pensó en la crispación de angustiosa sor-

presa de su rostro hiératico de idollillo al comprobar su partida; en el aleteo de sus párpados al tratar de reprimir las lágrimas y la represión de esa debilidad con toda la violencia de su naturaleza rebelde al decir, sacudiendo fieramente la cabeza: ¡No estoy llorando!

Acaso estuviera ahora acurrucada en el sofá, las piernas cruzadas como un Buda, inmóvil, enfurruñada. ¡Ah, niña, niña! Habiase visto obligado a dejarla. ¿Cómo traerla? Llevarla a dónde? Si hubiese tenido medios... Y sentía cariño por la chica. Tampoco quiso advertirle su partida por evitarle un sufrimiento y evitarse sus ruegos, la súplica húmeda de sus ojos afectuosos, llenos de ciega confianza en él. Eso sí, advirtió a los padres de Maira — dos viejos indios bolivianos que declaraban su paternidad.

La conoció dos años atrás de un modo extraño. Un domingo, al cruzar el campamento lo detuvieron dos viejos indios para ofrecerle baratijas. Era ese un hecho corriente. Situado el campamento casi en la frontera boliviana, era ésta frecuentemente cruzada por los indios de los cantones cercanos. Llegaban con sus trajes típicos y sus rostros de terracota modelados en gestos de vacua tristeza; tristeza sin objeto como el aullido del viento vesperal en la meseta. Sus rostros como la tica: hostil, áspera, rajada, seca. También su espíritu seco y agrietado.

Aquellos dos viejos le ofrecían, insinuantes, sus productos con voz monótona y opaca. Le atrajo el dibujo simplista de un cubrepies de lana, considerándolo una genuina manifestación de arte primitivo. La mujer, arrugada, enjuta, con su boca desdentada ponderaba la bondad de la mercancía mientras una pequeñuelas que a sus faldas se prendía contemplaba a Ricardo con dos grandes ojos absortos. A pesar de la mugre adivinabasela bella; bella aún con su aire hurafío, hostil, y su ropa rajada. No se veían sus piernas; no porque las llevara cubiertas sino a causa de la tierra que habíase ido concrecionando en ellas hasta formar una capa maciza y negruzca. A medias oculta entre las ropas de la mujer, sólo el rostro lucía por entero resaltando más oscuro bajo el grotesco sombrero de paja blanca: rostro de ídolo que a ratos perdía su hieratismo para encenderse en el ardor sorprendido y curioso de sus ojos negros. Ricardo Santander le acarició distraídamente la mejilla. Al contacto de su mano la muchachita perdió su aire tenso y como un gato, voluptuosamente, tendióse a la caricia.

—¿Cuánto?

Con muchas consideraciones sobre el artículo, con enojosos rodeos, temiendo



Te estaba mirando^{hace poco}. Esa mujer odiosa
estaba junto a tí.

que le pareciera elevada la suma, dijeronle el precio. Sin hablar palabra, Ricardo tomó una cantidad menor que la estipulada, la puso en manos de la mujer y alejóse tranquilamente. Era la costumbre, el modo de transar con los indios. Hechos éstos a la inicua explotación, usaban subterfugios para conseguir el valor de las mercancías; en este caso era evaluarlas en una suma mayor a la que en realidad correspondía.

Ya en su pieza, arrojó sobre la cama su adquisición, encendió su pipa y se dispuso a leer sentado en un sillón. Amodorraba la canícula. Maciza, la luz densificaba el ambiente, incandescía el aire y prendía a los músculos herrumbe de pereza: dolía respirar, moverse, pensar. El

calor socarrante inhibía toda actividad. Se abismó Ricardo en la lectura, articulado en el sillón.

Así, ni siquiera se dió cuenta cuando entró. Pero allí estaba. La contempló sorprendido sin atinar palabra. Sentada en el suelo a la usanza india, lo miraba fijamente con el rostro hierático huérfano de expresión; sólo en sus ojos advirtiérase un resplandor temeroso, temeroso y sumiso de perro perseguido.

—¿Qué quieres?

La muchachita no contestó sino con un estremecimiento como si la voz la hubiera sacudido reciamente. Y nada más. Ni un rumor. Pareció a Ricardo que el ruido de sus palabras llenaba una oquedad que esperaba para eso: captar el sonido.

Único motivo que las palabras tenían en la pampa: llenar un vacío; el de las horas, el de los sueños, el de la vida misma.

Afuera, más allá de la puerta abierta, el bochorno del día socarraba el verano. La luz del sol era una cosa maciza fluyendo incesante. La tierra como el sol: clara, seca, ardiente.

—¿Qué buscas? ¡Ah! ¿Crees que pagué muy poco por esto? — señalando el cubrepies; pero al mirarlo, al contemplar los dibujos que lo adornaban, comprendió extrañamente que no se trataba de eso.

Sentíase intrigado, empezaba a interesarle la situación.

—Pero habla, dí ¿qué es lo que buscas?

—No quiero irme de aquí... Te serviré; lavaré tu ropa, lo que quieras. No, no me voy.

Su acento fué un chorro de agua en el ardor de la estancia. En sus ojos apareció una luz rebelde, de firme decisión. Esa seguridad agració a Ricardo y le hizo reír lo extraño del deseo. Dijo:

—Pero yo no te necesito.

—Sí, yo sé que necesitas. Eres un hombre solo, también. Quiero quedarme.

—Te he dicho que no. Vete. Tus padres ya se han ido. Vé en su busca.

—Se fueron ya... Y contemplaba ansiosa el rostro de Ricardo. Al verlo sonreír, sonrió también considerando la sonrisa una aquiescencia tácita; se entregó confiada a esa seguridad confortante.

—¿Cómo te llamas?

—Maira me llamo...

—Bueno, Maira. Tus padres no pueden haberte abandonado como a un perro, como a una cosa inútil.

—Yo los dejé. Te digo que no quiero volver.

Y confidencialmente agregó:

—Son malos. Al decirlo se endurecieron las líneas de su rostro. No, no vuelvo.

Luego miró a Ricardo fijamente esperando la confirmación de sus palabras, en inmóvil, tensa ansiedad, esperando y temiendo el rechazo, pero venciendo, obsesionada sus lágrimas.

Temor inútil el suyo, porque después de todo Ricardo sentíase atraído por la pequeñuela. Fué así como desde ese día tuvo una amable compañera de once años. Maira demostró ser útil. Algo reacia al agua, al principio, luego, sí, se aficionó a la limpieza. Mantenía en orden la casa que Ricardo pidió al jefe de la oficina y esto daba la sensación de hogar; la presencia de la chica traía a él muertos aromas familiares.

Dedicó sus ocios a instruirla y en la vida de la pampa donde las horas vacías son un infierno ésto hizo más llevadera su existencia.

Maira Maira estaba lejos. Como un perro sin amo. Llorando al vacío. O mordiéndose, desesperada, las uñas con ese "tic" repetido que a él tanto le molestaba.

Desde el barco sus ojos acostumbrados a la oscuridad adivinaban los lomajes gastados, el páramo ardiente, la tierra hostil que abandonaba. Y más allá, más acá, dentro de la sombra pesaba el tiempo; sentíase fluctuar en torno, tardo, persistente, macizo, con el mismo ritmo ineluctable de las olas que se hinchan y se abaten. El rumor del tiempo, el ronco resoplido del mar, la trepidación de las calderas amalgamábanse en sordo tono único hecho de todo y de nada, venido de ninguna parte, desvaneciendo el propio latir de la existencia, suscitando una virtual vacuidad en el ambiente en que el espíritu parecía hundirse, disgregarse en una eterna oquedad inalienable. Nada existía fuera del vacío. Y en el vacío el brillo rojo del cigarrillo era un incidente inactual, colocado absurdamente en el centro de la irreabilidad; más lo era el rostro a intervalos iluminado por el rojizo resplandor transeunte. Y allí a su lado, moviendo los labios en acogedora bienvenida mientras una mano — mancha difusa, sin contornos en la sombra — amigablemente apoyábase en su brazo. Ricardo se estremeció; pero la voz que luego vibró en su oído vino a controlar sus nervios tensos.

—Solo, ¿eh? Santander. Malo, malo mi amigo. Estando solo se rebusca demasiado dentro de uno mismo. Y los pensamientos dueñan.

No respondió. No quiso replicar. Prefería estar solo. Huyendo del ruido y de la gente había salido a cubierta y ya alguien venía a importunarle en su retiro. Existía, además, otra causa para su aislamiento: allí dentro se gastaba con las damas y los caballeros en mil futilezas y él no estaba en condiciones de retribuir la avidez de las señoras ni las invitaciones de los hombres. Toda su fortuna estaba en sus bolsillos: unas cuantas monedas, pocas, que en su mano, producían, al tocarlas, un ruido pequeño, cristalino, persistente. Prolongó con la imaginación la vibración sostenida: ti-lin, ti-lin.

—¿Por qué no viene al salón? Mire, esta música está invitando a la danza. ¿Vamos?

Tenía una voz flexible, dúctil, tonalizada en armonías temblantes de cálidas inflexiones. El rostro como la voz expresivo y ese confortante calor humano irradiando de toda ella.

—¿Por qué no ir? Después de todo tenía razón esa niña. En el salón podría huir de sí mismo, arrojar los pensamientos sombrios en el vértigo del baile. Ofre-

cíole su brazo y se hundieron en el rectángulo de luz que la puerta del salón arrojaba a dividir el puente. Giraron muellemente, enlazados, por el encerado. Será la última vez que baile —, pensó — la última diversión. Mi desquite.

La solicitud de su compañera acabó por situársele en los nervios y el brillo acariciador de sus negros ojos inmensos produciale irrepresible desazón. En cambio a ella le atraía la hurafiez de Ricardo; mujer y bella, quería ser el centro de atracción, del pequeño universo del barco.

Después del baile se separaron; fuése ella con sus amigas y Ricardo sentóse en un rincón, aislado, a fumar un cigarrillo. Si esa bella hija del trópico supiese... Si él le dijera: Soy un pobre diablo, ¿seguraría ella demostrándole la misma potensible simpatía? — No tengo un centavo, señorita... — Rio con amargura, pero hacia dentro, mordiéndose las entrañas. Centavos si tenía, algunos.

De nuevo, con otras damas, acercábase a él. Le presentó un papel lleno de firmas. Una rifa: diversión para matar el tiempo. ¿No contribuiría él? Cuanto quisiera dar... Sin una crispación de su rostro hundió la mano en el bolsillo y sonriendo puso todo el dinero que poseía en la fina y blanca mano de la joven. Y bromeanudo, las muchachas, alegres, triunfadoras, fueron a ofrecerle la lista a otro señor.

Ricardo abandonó el salón. Parecióle que todos se fijaban despectivamente en él. Pero no, ellos no podían saber... Era un pasajero como los otros, más ensimismado que los otros; nada más. Iba hacia dónde? ¿a qué? Ni el mismo sabía a donde iría...

¡Puah! qué asco de vida la suya. Y eso no lo sabían sus compañeros de viaje, nadie lo sabía fuera de él. Los otros, todos ellos, hablaban de su hogar, de los placeres que les esperaban, de la vida sonriente, bella, sin preocupaciones. Nó, Ricardo Santander no estaba en su centro; su lugar era entre los desheredados, en medio de esos rostros ávidos, enfermos de miseria, que se agrupaban en tercera clase y en cuyas miradas brillaba un odio reprimido al contemplar el derroche de esa clase favorecida que se refocilaba en el lujo. Y a él, como a los otros, lo englobaban en esa casta que ante ellos ostentaba la orgía de su existencia. Sarcasmo. Su pasaje de primera, su traje de etiqueta eran una usurpación, un fraude y convicto de ello, sonrió con esa mueca de desesperado que últimamente se había hecho inseparable en su rostro.

Mientras, una voz apasionada, llena de vibraciones fluctuantes, cantaba en el sa-

lón una canción inglesa. El viento situó en su oído, nítidas, las palabras:

"Why didn't you return home,
I'll be alone all the time..."

Sí, solo, siempre solo, ahora. Y el agua gorgoriteando abajo y ondulando tarda y cansada como pulso enfermo. Quería, sí, ver su patria antes. Después... no importaba. Y esto tenía su belleza, a pesar de todo. El mar, la noche y él. Nada más. Sombras sobre todo y en la sombra adivinando la vida. El mar tenía un alma propia. Ricardo Santander sabía que la suya vibraba acorde con la inquieta del mar. Lo descubrió esa noche lo mismo que se adivina una amistad valedera en la fugaz mirada de alguna persona que pasa a nuestro lado. En esos instantes el mar tenía hondas las palabras y llenas de fuerzas reminiscentes. Ante sus ojos asombrados, desenvolvía su historia ancestral: movimiento, canción, ritmo, vida con o sin objeto, pero vida inquieta, intensa.

Intensa vida inquieta palpitaba así mismo en esa forma que a su lado se reprimía, temerosa, inmóvil, expectante de una mirada o una palabra para su humildad solicita tendida hacia él. Prolongaba-se la espera inútilmente. Decidió llamar su atención y colgó la mano blandamente en el brazo de Ricardo. El contacto lo sacudió intimamente sacándolo de súbito de su abstracción. Pensó en una alucinación, en el efecto perturbador del mar que pautaba extrañas sugerencias, fantásticas visiones en sus nervios excitados.

—Tú! Maira, tú...

Dos bultos en la sombra. La oscuridad recataba la emoción de los rostros. Maira se erguió y había orgullo en sus palabras:

—Sí, soy yo. Y lo que he sufrido por ti. ¿Por qué me habías abandonado?

Y agregó violenta, pero con violencia en que se adivinaba la caricia:

—Yo vengo sola, no contigo.

Palabras con acento nuevo, sedante y lleno de misteriosas promesas que abrieron sus ojos y llenaron su espíritu, expandiéndolo. Como el canto del mar, inquieto y vital. En la voz se adivinaba la mujer, no ya la niña. Trató de agrandar los ojos en la sombra para verla mejor. Sí, era Maira; pero era otra. En esa zona ardiente que dejaban, la feminidad despuntaba muy pronto: héla ahí, apasionada, impulsiva, resuelta, en bella y concreta feminidad.

—Sola, sola, no contigo —, repitió. Allí, a su lado, rebelde como siempre — de nuevo la niña —, brillándole irritadas las pupilas al recuerdo de su abandono.

Colocó el brazo sobre el hombro de Maira y trató de calmarla, explicándole. Después:

—Pero cómo has llegado hasta aquí?

—¿Qué puede importarte, si yo no te importo? Me dejaste, sola, sin avisarme... Me voy...

Y temiendo ser dura, agregó:

—Luego te contaré.

Advirtió la ternura de los ojos negros, sencillos, húmedos. No estaba, pues, tan solo. El rumor de las olas era un canto jocundo. Se perseguían, riendo; doblándose como toros en el abrazo potente y desmayábanse, vencidas, en la intensidad del esfuerzo.

En la sombra, la voz de Maira cortó el sordo rumor con vibraciones agudas, llenas de la violencia de su espíritu:

—Te estaba mirando, hace poco. Esa mujer odiosa estaba junto a ti. Vete donde ella. Yo he venido sola, no contigo. Tú me dejaste sola. Ahora...

Se iba. Ricardo la cogió de un brazo. Sin hablar quedaron contemplando la lejanía del mar, escuchando sus graves tonos, esperando, vagamente, no sabían qué, confiados en el silencio y en la sombra. Encerrados dentro de sí mismos en identidad de pensamientos, escuchaban las voces que dentro de ellos hablaban, abandonándose a una difusa esperanza, fijos los ojos en la oscuridad como si de ella, rasgándola, hubiese de aparecer el algo que esperaban.

Frente a ellos un pájaro marino cruzó, raudo, el espacio, puro y sin esfuerzo como un pensamiento, y en audaz parábola se desvaneció en el cercano horizonte ensombrecido.

Entretanto, la música en el salón desgarraba sus notas y sus vibraciones prolongábanse como lamentos, dividíanse en los obstáculos y se desvanecían ondulando en el espacio.



VOCES DE MAESTROS

La cultura, cualquiera que sea la definición que la demos, es la más alta expresión del espíritu del hombre y subsistirá y crecerá con el desarrollo de la Humanidad, que está todavía en su adolescencia, y sus pecados son aún pecados de juventud. Los hombres de hoy, como los de todos los tiempos, padecemos del error que enfoque, de creernos el eje de la historia, y cuando vemos que declinan las ecas que nos rodean, creemos que es el mundo y no nosotros lo que va a desaparecer y a cambiar.

GREGORIO MARAÑÓN

cuando menos de la especie de materia de la que la vieja física elaborara su universo objetivo.

SIR JAMES JEANS

que Europa cuenta para durar. Cierta virtud ingénita de la raza noble, reflejada está hasta en sus labriegos, bellos ejemplares de humanidad incontaminada, tan naturalmente nobles como el mismo grande de España, de apellidos feudales que suenan dérramente a coraza y yelmo y cuya mano al tenderse parece tender en racimo sus armoriados blasones.

GONZALO ZALDUMBIDE

Uno de los signos más evidentes de una edad débil es la admiración por todo lo que sea fuerte. En épocas en que los pueblos eran muy fuertes, como en la Edad Media, la gente admiraba más bien la delicadeza, y aun pudiera decirse la debilidad. El hombre que se captó los corazones de la multitud lo fué San Francisco de Asís, quién en nuestro mundo moderno habría sido visto con velado ademán de desdén. El hombre moderno tiene menos virilidad que los héroes feroces del tipo de Simón de Montfort o Eduardo I; y en medida que la virilidad decrece más se le admira....

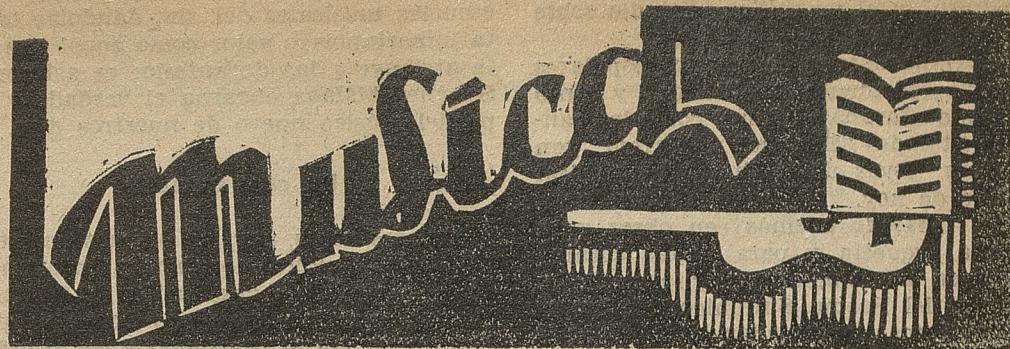
BERTRAND RUSSELL

La cultura se nos da, ante todo, como un fenómeno individual, una experiencia propia, que se presenta como una ascensión, aumentando año tras año las perspectivas intelectual y moral de nuestro ser hasta llegar a una vista, tan total como le es posible a cada uno de nosotros, del conjunto de la experiencia humana. Tener cultura es darse cuenta; es una tendencia, más bien que un estado. De modo que de nadie se puede decir que es un ser ni totalmente inculto ni totalmente culto.

SALVADOR DE MADARIAGA

La esencia de la presente situación en física no es que algo mental haya entrado al nuevo cuadro de la naturaleza, sino, más bien, que nada no-mental ha sobrevivido del cuadro antiguo. Al contemplar la metamorfosis gradual del antiguo en el nuevo, no hemos visto tanto la adición de mente a la materia cuanto la completa desaparición de esta última,

España es claro espejo de humanidad y fuerza en reserva con



Un Músico Peruano: Carlos Sánchez Málaga

SUS OBRAS Y ACTUACION. — EL CURIOSO INCIDENTE DE LA ACADEMIA
“ALZEDO” DE LIMA

Por PABLO GARRIDO

La personalidad del músico



E los músicos jóvenes de América que nos tocará conocer en nuestro viaje, la figura de Carlos Sánchez Málaga, pianista-compositor peruano, se observa con interés especial.

Nacido en Arequipa, el año 1904, sus primeros pasos musicales se desplegaron junto al fraile Francisco Palomino y Adolfo Duncker Lavalle, hermano este último del notable Luis, compositor justamente célebre.

Sus conocimientos le permitieron salir pronto de su tierra y vagar por diversas capitales americanas, cosechando sabias lecciones y bellas experiencias.

En Santiago de Chile le cupo actuar en el Teatro Municipal como pianista solista de la Compañía Luboska-Nemanoff. Más tarde le vemos en La Paz, donde ocupa una cátedra en el Conservatorio Nacional de Música, radicándose en dicha capital por espacio de siete años.

Poco después regresa al Perú, donde recibe el reconocimiento del Gobierno al

nombrársele profesor en la más alta escuela de música, la Academia “Alzedo”.

Desde su puesto oficial Sánchez Málaga desarrolla un plan de culturalización amplísimo, conquistándose las simpatías del alumnado y músicos serios. Así las cosas llega, como era de esperarlo, una lógica promoción: el puesto de Director de la Academia Nacional de Música Alzedo.

La obra musical de Sánchez Málaga

Cultiva preferentemente el “lied”, la canción pura, donde la psicología del texto poético se identifica, hermana, con el contenido sonoro. Sus canciones descansan sobre bellos poemas de Viscarra, Cerruto, Carlos Alberto González y de Bustamante y Balliván. Un fino impresionismo nativista, delicioso a la vez que sereno, baña sus cantares.

Sánchez Málaga ha descubierto la fórmula del “color nativo”, pero, artista consciente, no extrema la nota típica ni tampoco la evade.

Algunas de sus obras pianísticas han logrado señalarle como uno de los más sabios compositores americanos para este instrumento. Tales son: “Caima”, la profunda y sugestiva “Día de Difuntos de

"Yanahuru" y el magnífico "Estudio sobre un tema cholo".

Sus estilizaciones de motivos populares han sido felizmente realizadas, y tanto "Humos de Jarana" (piano) como las canciones tituladas "Huayno" y "Yaraví", son pequeñas joyas de la literatura musical peruana de hoy.

Ha trabajado además en obras para pequeña orquesta y para masas corales. Le atraen actualmente las "formas" del Ballet y del Poema Sinfónico, las cuales considera más apropiadas para plasmar la música americana.

Opina sobre el momento musical

"¿La música incaica? Bueno; nuestra música no es exclusivamente incaica. Nuestra música es toda la que está en el alma del pueblo, y con mayor razón la filiada con su psicología, la mestiza; mejor aún: Chola.

"Todos aquellos que aportan con su obra para crear una música nuestra, peruana, no pierdan su tiempo en excavaciones y luchas por encontrar la "verdadera" música de los Incas. Esa es obra arqueológica y no musical. Interesa trabajar los temas que están en el alma del pueblo, cualquiera que sea su identificación."

—Y, ¿qué opina usted sobre el Jazz?

—"El Jazz encierra muchas bellezas sui-generis y ha abierto indudablemente un amplio campo en el arte instrumental, cuyos mejores efectos nos brindan las orquestas de Paul Whiteman y Ted Lewis, los más originales cultores de la sincopa y las acideces del saxófono."

—¿Qué tendencia sigue usted?

—"La música clásica, la romántica o la moderna, así como la de los viejos clavicinistas, tienen, todas, un interés innegable, para el verdadero gustador de la belleza. Siempre he considerado una limitación pobrísima esa preferencia exclusivista por determinadas tendencias o escuelas."

Y es así como Sánchez Málaga concibe con criterio justo las más atrevidas

escuelas musicales del día, dándolas tanta importancia o valor como aquel que se le atribuye a las de antaño; es así como Sánchez Málaga encarna el verdadero tipo del músico nuevo de nuestros días.

Un caso inaudito

Así las cosas, por los últimos correos llegados del Perú nos hemos informado de la escandalosa destitución de Sánchez Málaga, ventilada en pleno Congreso, por atentar contra el prestigio de los grandes clásicos, Verdi, Rossini y Puccini. Allí como acá la política lo mueve todo, y en esto de músicos es fatal: panfletos, conciertos-revanchas, insultos y hasta bastonazos.

Habiéndose hecho cargo del puesto de Director don Federico Gerdes, antiguo director, cuya actuación siempre fué censurada, el alumnado le ha dirigido a éste una extensa carta, de la cual extractamos lo siguiente:

"Su capricho romántico de regresar a la Academia ha sido cumplido. Su obstinación de seguir en ella, significa su responsabilidad del fracaso de dos generaciones. Comprenda usted que son antojos de su antiguo secretario, para lograr hacer los mismos manejos que hizo antes del Presupuesto de la Academia.

"Por dignidad debe usted renunciar. Por esa dignidad que todo hombre debe tenerla y para no obligarnos a actitudes más violentas. Aún más, por respeto a la tierra donde usted por más de veinte años engañó."

En vista de semejante actitud, lo aconsejable hubiera sido renunciar, pero bajo el gobierno de Sánchez Cerro, parece que las cosas se estilan de otro modo.

Total, el señor Federico Gerdes, es el actual director de la Academia Nacional de Música "Alzedo", y Carlos Sánchez Málaga ha abierto una academia particular a la cual asiste casi la totalidad del alumnado de la Academia "Alzedo".

¿Cosas de músicos o política?

LA REVISTA

Lecturas

SEGUIRA APARECIENDO

QUINCENALMENTE

LOS DIAS 1.º Y 15 DE CADA MES

Lecturas

La imagen actual del universo, según la relatividad

POR BLAS CABRERA



OCOS descubrimientos científicos adquirieron desde el primer día la notoriedad de que gozó la teoría de la relatividad de Einstein, a pesar de su influencia nula en el progreso industrial. Fué en la teoría del conocimiento físico y en la cosmología donde las nuevas ideas provocaron una transformación más profunda. El brillante éxito del método experimental desde la época de Galileo, engendró en los físicos una tal confianza en la justezza de su representación de los fenómenos del mundo exterior, que nadie pensaba en la necesidad de un análisis filosófico de las nociones primeras que jugaban en aquella. Se olvidaba que los datos empíricos, aun libres de error, sirven únicamente de fundamento para la construcción racional de la ciencia.

Por exigencias de nuestra organización mental se describen los fenómenos en el espacio y el tiempo, nociones inconfundibles ante la conciencia que la física clásica proyectó sobre el universo sin examen atento. La oposición manifiesta de algunos de sus corolarios con los hechos observados, dió origen a la forma primitiva de la relatividad, llamada después especial, cuya esencia es reemplazar aquellas dos categorías independientes por un complejo del cual separa cada observador su espacio y su tiempo propios. Fijemos la atención en un fenómeno sencillo: el tránsito de una partícula material de un punto a otro. Su definición completa exige fijar las posiciones de éstos y el intervalo de tiempo invertido. Supuestos los instrumentos indispensables, nadie encontraría dificultad para estas operaciones, pero ya no es tan evidente que los resultados obtenidos sean independientes de quien los obtiene, como afirmaba la física anterior a Einstein. Sin duda, es la hipótesis más sencilla, pero ya he dicho que rectificada por la experiencia. Si la separación del espacio y el tiempo tuviese un

valor universal, sería posible establecer la simultaneidad, a menos que ocurra en puntos lejanos, en tanto la experiencia ha probado que el intento de realizarlo es vano, pues no otra cosa significan las contradicciones empíricas que llevaron a Einstein a descubrir el postulado de relatividad. De hecho la separación del espacio y el tiempo que un observador realiza, no tiene sentido sino para quienes se encuentran en sus mismas circunstancias.

En un primer análisis pareció que el elemento que determina el modo de desdoblarse el complejo espacio temporal es la velocidad de traslación del observador; de suerte que el Universo ofrece idéntico aspecto a cuantos físicos se hallen en reposo relativo sean cuales fueren sus distancias mutuas. Por el contrario, dos experimentadores en movimiento relativo interpretan de modo distinto un fenómeno único en que ambos fijan su atención. Imaginemos que se miden las acciones entre dos pendulillos electrizados. Para quien está en reposo respecto de ellos quedan satisfactoriamente explicadas mediante las leyes de Coulomb, en tanto para un físico en marcha que atravesie el laboratorio intervienen también las leyes de Ampère que rigen las fuerzas entre dos elementos de corriente eléctrica. Con esta intervención de la velocidad de transporte de quien analiza los fenómenos, logró Einstein deshacer las contradicciones en que cayó la física clásica; pero, además, la nueva concepción sugirió inmediatamente a su autor una generalización que ensanchó notablemente las posibilidades de la ciencia. Esta generalización estriba en reconocer que la disociación del complejo espacio-tiempo depende en segunda aproximación del lugar del Universo donde los fenómenos ocurren. La atracción universal primeramente interpretada por la clásica ley de Newton, resulta ser la manifestación ostensible de tal influencia. Si tuviese sentido hablar de dos observadores que se moviesen con la misma velocidad absoluta en la superficie de

nuestro planeta y en la del sol, respectivamente, no podemos afirmar que el Universo presentaría para ambos el mismo aspecto. Por ejemplo, los relojes en el Sol retrasarían sensiblemente con relación a los situados en la Tierra. Por esto vemos encorvarse los rayos de luz que vienen de las estrellas al rozar por la superficie solar, según quedó probado en el eclipse de 1919, y confirmado en todos los posteriores; por esto se produce el movimiento secular del perihelio de Mercurio, que resistió todo intento de explicación deducida de la teoría newtoniana, y también es éste el origen del corrimiento hacia el rojo de las rayas espectrales, cuando el foco luminoso se traslada desde una región donde el campo gravitatorio es débil a otro donde sea intenso. Estos tres fenómenos señalados por Einstein desde el primer momento como criterios para justificar su teoría, han recibido posteriormente plena confirmación empírica, y todos ellos derivan de la dependencia en que se halla la disolución del complejo espacio-temporal respecto del lugar del Universo donde se produce el fenómeno.

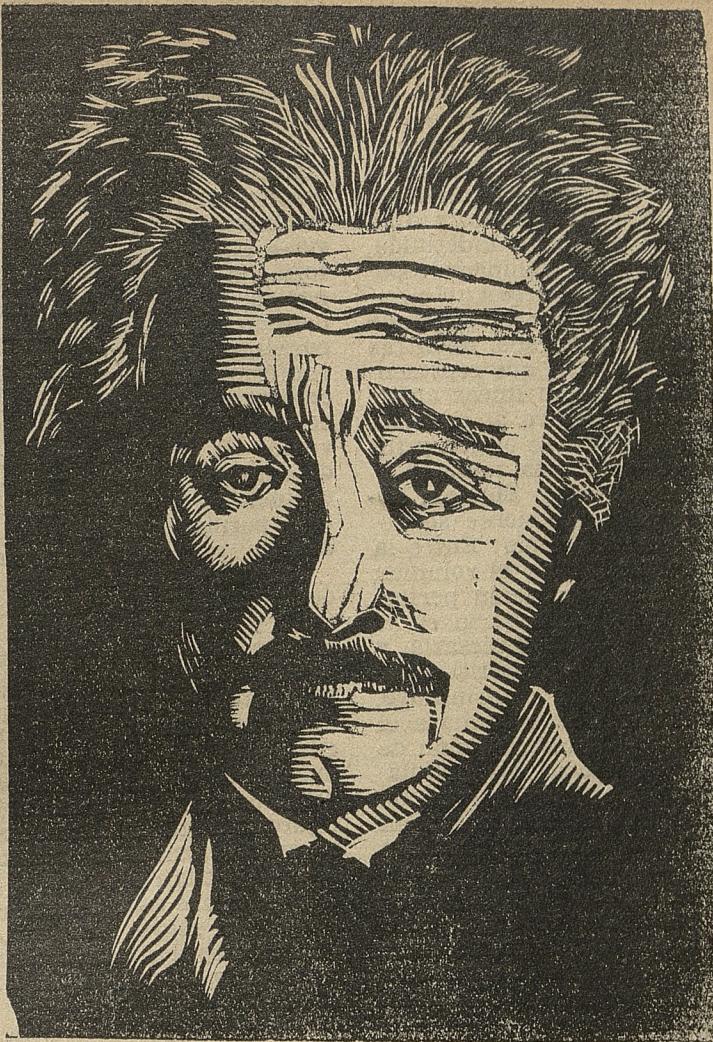
En geometría se utiliza un sistema de coordinación para fijar la posición de cada punto en el dominio siempre reducido que interesa en cada momento: por ejemplo, las tres rectas mutuamente perpendiculares introducidas por Descartes. La física exige agregar un reloj. Según lo dicho antes, este conjunto de coordenadas-reloj se modifica al pasar a otros lugares y tiempos, pero según leyes definidas por la propia estructura del Universo. En cierto modo puede decirse que la elección del sistema de referencia se hace de una vez para todo él, como suponía implicitamente la ciencia clásica. La diferencia estriba en que para ella ejes coordenados y reloj se conservan idénticos a sí mismos, mientras Einstein ha podido hablar de un molusco de referencia que se adapta a la naturaleza de cada lugar. Las ecuaciones que adaptan el sistema a cada lugar del Universo resuelven el magno problema de la gravedad, incluidos los fenómenos que escapan a la teoría de Newton. Ello significa mayor perfección del conocimiento.

Recordemos ante todo que las acciones a distancia que intervienen explícitamente en la ley de Newton merecieron siempre la repulsa de todo espíritu filosófico. Incluso por parte de su propio autor. Nuestra mente no concibe que la presencia de un cuerpo se denuncie sin retraso alguno en lugares alejados del que él ocupa. Y esta objeción fundamental, siempre en pie aunque desoída, no es aplicable a la nueva teoría, puesto que el cam-

po gravitatorio aparece en ella definido por un grupo de ecuaciones diferenciales; es decir, ecuaciones que ligan los cambios locales de las magnitudes características de la estructura del Universo.

Son ellas las únicas accesibles a la observación y la experiencia. Por tanto, constituyen el fundamento único de nuestro saber relativo al mundo exterior, cuya elaboración se realiza mediante la extensión progresiva, según las leyes de la lógica, de las relaciones obtenidas para nuestro pequeñísimo mundo. Por esto, la nueva teoría ha podido plantear en términos muy precisos problemas que antes parecían fuera de los dominios de la física. Así, el espacio y el tiempo forman el cuadro en que se encajan ante nuestra conciencia los fenómenos naturales, sin que sus características estén intervenidas por el mundo exterior. La finitud o infinitud del espacio y el origen o el fin de los tiempos eran problemas filosóficos que trascendían de la física. Por el contrario, la teoría relativista permite su planteamiento en forma que la observación y la experiencia sirvan como criterios de verdad.

Por lo que hace al espacio, Einstein halló el modo de concebirlo finito, aunque ilimitado. En la geometría de Euclides estos términos son contradictorios, pero ello significa pura y simplemente que es inadecuada para representar con todo rigor los hechos de un dominio un poco extenso de la Naturaleza, como no es siempre posible confundir con un plano la superficie de un lago. Nuestra inteligencia puede construir diversas geometrías igualmente perfectas desde el punto de vista lógico, pero la Naturaleza no se conforma a todas ellas y es tanto más exigente cuanto más amplia la porción que consideremos o más precisas las relaciones métricas cuya interpretación se busca. Por esto se explica que hubiese bastado la euclíadiana mientras nuestros medios de exploración de la naturaleza tuvieron corto alcance. Nuestro saber actual requiere para correlacionar las posiciones y distancias una geometría más cercana de la que sirve para el estudio de las figuras trazadas en la superficie de una esfera en vez de un plano. Precisamente el campo gravitatorio, tan claramente denunciado a nuestra experiencia, es una consecuencia de esta curvatura del espacio, y del mismo modo que se calcula el radio de una esfera midiendo los elementos geométricos de una figura que ocupa una porción de su superficie, también se deduce el radio del espacio por mediciones adecuadas dentro de nuestro entorno.



**EINSTEIN. Su situación científica y su actitud política
lo hacen aparecer como una de las más grandes figuras de hoy**

He aquí uno de los resultados admirables de la ciencia actual. Para lograr un error inferior a un límite prefijado en el radio de una esfera han de emplearse figuras de dimensiones tanto más grandes cuanto menos precisos los métodos e instrumentos usados para obtener las relaciones métricas de sus elementos. Conviene, por tanto, utilizar porciones del espacio lo más grandes posibles. Ciertamente, no se pensará que restrinjo las posibilidades de la observación si supongo que hemos de atenernos a nuestro propio Universo-isla: la Vía Láctea. Con esto doy por segura la medida de longitudes que alcanzan a ciento cincuenta mil años luz; pero como hoy se atribuye al radio del espacio mil cuatrocientos millones de estas unida-

des, el llegar a este número mediante observaciones localizadas dentro de tal sistema estelar es comparable a la investigación del radio de la Tierra estudiando una parte de su superficie algo menor que el área cubierta por el Madrid viejo.

Primeramente, es claro que no hemos de esperar un conocimiento detallado de la configuración del espacio. Cuando afirmamos que es esférico queremos decir que es esta su forma media, pero con mucha menor precisión que cuando se compara nuestro planeta a una naranja. Seguramente las rugosidades del espacio son mucho más notables que las deformidades de la faz de la Tierra.

Además, los datos de la observación son muy incompletos y dejan amplio

márgen a hipótesis cuya sugerión proviene de motivos de orden muy diferente que la pura imposición empírica. Por ello han podido considerarse equivalentes las soluciones dadas desde el primer momento a la teoría por Einstein y de Sitter. Para ambos el espacio es cerrado, pero el Universo no es solo espacio, sino también tiempo, y respecto a él son esencialmente distintas las concepciones de ambos. Einstein atribuye al tiempo una evolución indefinida, de modo que el Universo, complejo espacio-temporal, podría compararse a un cilindro. La sección por un plano corresponde al espacio y es como él cerrado, mientras las generatrices del cilindro, que representan el curso del tiempo, son líneas abiertas desde el infinito negativo al positivo. Es decir, que los problemas de origen y fin de las cosas responden a una realidad.

Este Universo cilíndrico de Einstein lleva una condición particularmente seductora para una primera visión: Entre la masa total que lo constituye y el volumen que ocupa, existe una adecuación perfecta, de modo que nada queda vacío en el espacio. Su capacidad es la necesaria y suficiente para contener la materia. Si la cantidad de ésta aumenta o disminuye, también se ensanchará o se estrechará el espacio. Cuando la ley de conservación de la materia constituía uno de los postulados de la ciencia física, un corolario de esta especie podía considerarse como un argumento favorable a la teoría; pero fué la propia relatividad quien probó la inexactitud de aquel postulado y la posibilidad de que la materia se engendre o destruya en un lugar del espacio, acarreará no sólo el cambio de volumen a que nos hemos referido, sino una reestructuración del mismo que parte de dicho lugar para extenderse a su totalidad, y ello ofrece ya dificultades hondas.

Veamos ahora el Universo de Sitter. Su diferencia esencial con el de Einstein, consiste en considerarle también cerrado en el sentido de la dimensión tiempo. Es decir, que avanzando a lo largo de ella volvemos al instante inicial, como alejándonos de un punto del espacio retornamos a él. En vez de considerar el Universo cilíndrico, hemos de atribuirle dimensiones finitas en todas las direcciones; debemos compararle a un elipsoide, no a un cilindro. Semejante concepción acerca más la dirección tiempo a las coordenadas ordinarias, con lo cual adquiere el Universo una isotropía de que carece el imaginado por Einstein; pero, en cambio, parece contradecir las nociones impuestas por la experiencia diaria, partiendo de la cual es imposible concebir el curso de los tiempos cerrado sobre sí mismo. No

obstante, la teoría da una solución satisfactoria a este problema epistemológico. Si desde un lugar y en un instante dados contemplamos un mismo fenómeno que se produce en puntos cada vez más lejanos, parece que la rapidez de su curso disminuye, hasta llegar a la quietud absoluta cuando alcanza el ecuador del Universo relativo al lugar de observación; o, como también se ha dicho, el horizonte del Universo para dicho punto. Por tanto, la historia de cualquier sistema, en cuanto conocida, aparecerá siempre con su origen perdido en la noche de los tiempos y un porvenir igualmente indefinido; todo ello conforme con nuestra experiencia. Sin embargo, no confundamos esta apariencia con la realidad exterior. El sistema que vemos en nuestro horizonte con quietud de muerte, si se contempla a sí mismo, evoluciona con igual celeridad que mientras permanece cerca de nosotros y, en cambio, nos creerá inmutables.

El relatió de los fenómenos que suceden a distancias crecientes, pueden someterse a la comprobación empírica estudiando los espectros de focos luminosos cada vez más lejanos. Sirven para tal fin los astros y nebulosas. La estructura general de sus espectros prueba que todos ellos están formados por átomos de los mismos elementos químicos, de donde los procesos que producen la luz han de ser rigurosamente idénticos. Así cada raya da en su frecuencia el medio de comparar cómo marchan los relojes situados en dichos sistemas estelares: si el tiempo transcurre con mayor lentitud, las líneas espectrales se deslizarán hacia el rojo en el espectro y si más aprisa se correrán al violeta.

Sin embargo, cabe otra interpretación de mayor abolengo científico para el mismo fenómeno. Es un hecho de observación vulgar que una nota producida por un aparato sonoro en movimiento respecto al observador parece más alta cuando se acerca y más baja si se aleja. El origen de este cambio de tono lo encontró Doppler en la superposición de la velocidad propia del aparato y la de propagación del sonido. Cuando ambas tienen la misma dirección, el número de ondas recibidas por segundo será mayor, puesto que avanzan más de prisa, y si dichas velocidades tienen sentido opuesto se restan, con lo cual disminuye el número de ondas en la unidad de tiempo. Así, en el primer caso, el sonido equivaldrá al de un aparato fijo que da una nota más aguda, y en el segundo, a otro que la da más grave.

Si tal explicación es aceptable, y la luz es también un fenómeno ondulatorio, le

Será aplicable el mismo razonamiento, substituyendo el tono del sonido por el matiz del color. Así, cuando el foco se acerca al observador, el color vira hacia el violeta, y hacia el rojo, si se aleja. De un modo más preciso: para una velocidad dirigida hacia el centro de observación la frecuencia de las líneas espectrales del foco, crece; y disminuye cuando la velocidad tiene dirección opuesta. Fizeau hizo esta aplicación del efecto de Doppler a la luz que hoy es un hecho probado por experiencias directas, y, por tanto, utilizable como método de investigación. Por ejemplo, aplicado a los espectros estelares denuncia el movimiento propio de cada astro y permite medir su componente según el radio visual. La estadística de estas velocidades no acusa ningún sentido privilegiado, y su magnitud es generalmente del orden de las decenas de kilómetros por segundo, o a lo más de las centenas.

Pero la Astronomía moderna ha descubierto más allá de las estrellas a nuestro alcance, cuyo conjunto forma el sistema definido que se llama Galáctico, otros objetos luminosos que aparecen como nebulosas, pero que son realmente otros tantos sistemas como la Vía Láctea. Las líneas de su espectro muestran un efecto Doppler anormal por doble motivo: primero, porque denuncia siempre un alejamiento, y segundo, porque su velocidad rebasa mucho el límite indicado, pues según los trabajos recientes del observatorio de Mont Wilson llega hasta 11,5 millares de kilómetros. Además, su valor parece crecer con la distancia del sistema o nebulosa considerada.

Es muy difícil no ver en este hecho la prueba de que la concepción de Sitter se ajusta a la realidad, y a ello aludía más arriba; pero sería demasiado inocente atribuirle un valor comparable al que es justo reconocer a la observación y la experiencia que se contrae a nuestro entorno. Volvamos a recordar que estos atisbos de la configuración del Universo son comparables a las deducciones que hiciéramos respecto de la forma de nuestro planeta sin más datos de observación que los obtenidos en una porción de su superficie no mayor que el área del Madrid viejo. Para desbordar de este modo nuestro conocimiento es indispensable que en los razonamientos intervengan hipótesis mucho menos atadas a la realidad observable de lo que es normal en la física. Por esto, pueden decirse equivalentes concepciones tan distintas como la de Einstein y de Sitter. La primera con espacio cerrado y de capacidad estrictamente ajustada a la cantidad de materia que contiene, pero de

tiempo abierto con un sentido único de evolución. La segunda de espacio también cerrado, pero con capacidad fija independiente de la materia que guarda, puede llegar a vaciarse totalmente, si aquello se aniquila. En cuanto al tiempo ya vimos que es cerrado como el espacio, dando al Universo una isotropía en que estriba su ventaja epistemológica.

Realmente, lo mismo Einstein que Sitter se refieren a un Universo simplificado, que para el primero se obtiene imaginando una distribución homogénea de la materia, de modo que su densidad sea constante, mientras el segundo asegura la misma uniformidad de condiciones considerando el espacio vacío. Gracias a esta hipótesis, el espacio tiene una curvatura constante en estrecha analogía con una superficie esférica. La realidad es mucho más compleja porque la materia está concentrada en puntos aislados, que son las estrellas; o mejor en dominios pequeños, comparados a las dimensiones totales del Universo, dentro de los cuales la densidad cambia siguiendo leyes diferentes. Así no es más exacto considerar el espacio como de curvatura constante que hablar de la Tierra como de una esfera.

No por pura casualidad se han propuesto estas dos imágenes del Universo y sólo ellas. Se pretendía ver en él un sistema en equilibrio, o todo lo más fluctuante alrededor de un estado medio permanente, garantía de su eternidad. En el caso de Sitter dicha condición quedaba asegurada, porque siendo un espacio vacío en él no tienen sentido los cambios. Para Einstein, dijimos ya que la capacidad del espacio es justamente la necesaria para alojar toda la materia. Si ésta se conserva, al imponer una distribución uniforme se elimina la posibilidad de toda variación. Sin embargo, hemos ya señalado, como una dificultad de esta concepción, el que toda creación o destrucción de materia exige un reajuste del espacio y entonces se plantea un problema de estabilidad. Si la densidad media de materia cambia, la variación producida en consecuencia, en la capacidad del espacio, es opuesta a lo que requeriría el retorno al estado de equilibrio. Es decir, cuando la densidad disminuye, el Universo se dilata, y si aumenta, se contrae.

Por consiguiente, nebulosas distribuidas en el espacio se alejarán o acercarán las unas de las otras, como puntos señalados sobre un globo elástico cuyo radio aumenta, utilizando una imagen varias veces usada. He aquí una nueva interpretación posible para el corrimiento hacia el rojo de las rayas de los espectros nebulares, en buen acuerdo con el pensamiento clásico. Según estas ideas, se trata de un

UN RETRATO

HENRI BERGSON O LA FILOSOFIA EN ACCION

TRADUCCIÓN ESPECIAL DE LOLA MAY



ILLIAM James, de quién Henri Bergson fué más o menos discípulo en los comienzos de su carrera, tenía la costumbre de decir a sus alumnos: ¡Qué hombre tan notable es M. Bergson! Pero no sé por qué se le llama un gran filósofo francés. Cuando oigo decir esta frase, pienso inmediatamente en lo que antaño se escribió del Santo Imperio Romano Germánico: "No es Santo, no es Romano, no es Germánico". Según mi parecer, M. Bergson no es grande, fíjense en su estatura;... No es filósofo, puesto que deja la filosofía a los alemanes y es mi mejor discípulo; no es francés... o por lo menos su nombre me ha hecho creer durante largo tiempo que no lo era.

Y el Papa del Pragmatismo añadía a continuación:

—Pero Uds. saben tan bien como yo,

efecto Doppler, como siempre se pensó, pero no producido por movimientos propios y desordenados, como en el caso de las estrellas, sino por un fenómeno de conjunto que obedece a una ley general.

Tal es la concepción formulada hace pocos años por G. Lemaitre con aceptación bien general. Teóricamente sería tan probable una contracción del Universo como la expansión, pero de hecho se produce esta última, sin que se haya dado una razón plausible para explicar la elección. El Universo de Einstein pudo ser la primitiva realidad, pero una acción interna desconocida ha provocado aquella expansión, que parece tener como fin el espacio vacío de Sitter. He aquí, pues, cómo ambas concepciones parecen algo análogo a los citados extremos de una evolución.

La observación da, además, la rapidez con que marcha en el momento actual este proceso de hinchamiento. Cada millón de años transcurrido, crece el radio del Universo en 1/2000, de suerte que dentro del período evolutivo de nuestro planeta

señores, que ese hombre pequeño honra a la humanidad entera!...

Es el mismo William James que después de leer "La evolución creadora", escribía a un amigo: "Todo parece palidecer ante esta aparición divina"...

Los filósofos son a veces el punto de partida de transformaciones intelectuales que vemos en camino sin conocer sus orígenes, y, muy a menudo, sólo mucho más tarde el investigador encuentra un pensamiento, un hombre de quien sus contemporáneos no se habían preocupado. No es este el caso de M. Henri Bergson. Su nombradía no tiene nada de póstuma. Joven aún, fué llamado a desempeñar la cátedra de Filosofía Moderna del Colegio de Francia, que estaba vacante por la muerte de de Tardé. Y en vida, como raras veces ocurre, ha visto que sus ideas se extendían por el mundo.

Así, pues, su historia es la de sus ideas.

M. Henri Bergson nació en París el 18

que la geología puede seguir, el Universo entero ha duplicado sus dimensiones lineales.

Pero nada puede asegurarnos de que la velocidad actual haya perdurado desde tiempos tan remotos. Es más lógico pensar en una ley de movimiento menos simple, so pena de plantear de nuevo el problema del origen y el fin de los tiempos. Es fantástica la amplitud del dominio de nuestro conocimiento logrado por la ciencia en el último cuarto de siglo, pero no se olvide que este alejamiento de sus fronteras no se logra sino perdiendo la precisión y exactitud que son sus características cuando se circunscribe a límites más modestos. La historia de la física no autoriza a pensar que muchas dudas de hoy encontrarán solución más o menos pronto, gracias a la labor de consolidación de las nuevas conquistas, pero acaso no va sin rectificación esencial de la visión que hoy imaginamos reflejo fiel de la realidad.

de Octubre de 1859. Perteneció al Instituto Springer y siguió los cursos de Condorcet. Obtuvo un éxito brillante en el concurso general: en 1877 ganó el primer premio de matemáticas y, cosa sin precedentes, su trabajo fué reproducido al año siguiente en los Anales de las Matemáticas de Vrissac y Genrono.

Notable tanto en las matemáticas como en las letras, vaciló largo tiempo antes de decidirse por las unas o las otras; por fin eligió las letras con gran escándalo de su profesor de matemáticas, Desboves. En 1878 tenemos a Bergson en la Escuela Normal, en la promoción cuyo "cacique" era Jaurés y en la cual estaban además: Diehl, Jeanroy, Pfisterm, Alfred Baudrillart, Monceaux, Paul Jesjardins. Clasificado en tercer lugar por sus composiciones, el alumno Bergson, "de origen polonés", fué admitido a título de extranjero e inscrito por este motivo al final de la lista... Después de llegar a su mayoría de edad, optó por la nacionalidad francesa y se convirtió entonces en alumno a "título definitivo". Bergson obtuvo el segundo puesto en el concurso de Filosofía, en 1881. El primero lo alcanzó Lesbazelles, el tercero Jaurés, el cuarto Belot.

Ya profesor, M. Henri Bergson fué destinado sucesivamente a los liceos d'Angers y de Clermont-Ferrand. En 1888 es llamado a París, al colegio Rollin y presenta su tesis para el doctorado en letras. El año siguiente es trasladado al liceo Enrique IV, donde permanecerá hasta 1889. Maestro de conferencias de filosofía en la Escuela Normal Superior, de 1897 a 1900, fué nombrado para el Colegio de Francia, a la muerte de Charles Leveque, en la Cátedra de Filosofía griega y latina. Cuatro años más tarde pasaba a desempeñar la cátedra que había honrado M. Gabriel de Tarde.

Los cursos de M. Henri Bergson estuvieron en voga y se vieron llenos de alumnos entusiastas: Bergson se expresaba en un lenguaje clarísimo, poniendo así la filosofía al alcance de la gente mundana y también de la gente de letras. Además poseía físicamente un encanto casi tóxico. Nunca M. Leroy-Beaulieu, cuyo curso de Economía Política, sala 8 del Colegio de Francia, comenzaba a las tres de la tarde, ni el buen M. Chuquet, cuyo curso de historia se iniciaba a las 4, tuvieron estas asistencias afiebradas, que invadían mucho antes de la hora, la sala donde el señor profesor Henri Bergson disertaba a las cinco... Fué a raíz de esto que M. Chuquet, gritó un día:

—Señoras, señores, antes de oír a M. Bergson, estáis obligados a soportarme en silencio...

Ah, cursos de la sala 8! Gozaron

de una popularidad que no alcanzaron jamás ni los de Michelet, ni los de Renan, ni los de Romain Rolland. Existía el partido de sus idólatras, desde la ingenua hasta la "institutriz holandesa" y la "húngara de gorro negro"... ¿Quién iba a olvidar la silueta de M. Bergson? Una levi-



BERSON.—Cuando un hombre no ha clasificado sus ideas, no puede tener orientación

ta negra, de cuyas mangas salían puños demasiado largos, unas manos delgaduchas, un cuello blanco, y como posada sobre el cuello, una pequeña cabeza casi calva, seca, rosada, de pómulos rojos y salientes, y que parecía girar como sobre un eje... La cabeza de frente testaruda, mostrando las órbitas hundidas, en las cuales viven intensamente dos ojos de porcelana. Misteriosas y alucinantes luciérnagas, que han sido puestas ahí para iluminar el interior de un ser... Luego, dulcemente, la menuda voz decía cosas, cosas, cosas, en medio de un religioso silencio.

"Cuando un pueblo no tiene ideas comunes — decía la voz — no puede alcanzar vuelo: cuando un hombre no ha clasificado sus ideas, no puede tener orientación..."

La voz vacilaba algo, febril, lejana, infatigable, temblando ligeramente en los pasajes demasiado sutiles, por temor de ser incomprendida. En el gesto, en la ac-

titud, como en la voz, se precisaba entonces la apariencia de un personaje Hoffmannesco. Luego el pensamiento entraba en el estertor, la palabra se hacia breve, la voz se quebraba sobre el auditorio estremecido... Una admiradora decía: "Se oyen vibrar las almas"...

Este tumulto mundano no emborralchaba al filósofo. Según él, el filósofo ¿no debe interesarse por todo, por todo lo que influencia a las masas y emociona a las élites? Pero él no se emociona. M. Henri Bergson encarnó esa fría razón, que sólo se entusiasma por los otros y no por sí mismo... Vida de trabajo y de oscuro sacrificio a ella está destinado Bergson: del "Ensayo sobre los dones inmediatos de la conciencia" — que contiene la idea fundamental de toda su obra — hasta "Las dos fuentes de la moral y de la religión", su último libro, una veintena de obras atestiguan el dominio de un pensamiento, el progreso de una doctrina, el desenvolvimiento de toda una filosofía...

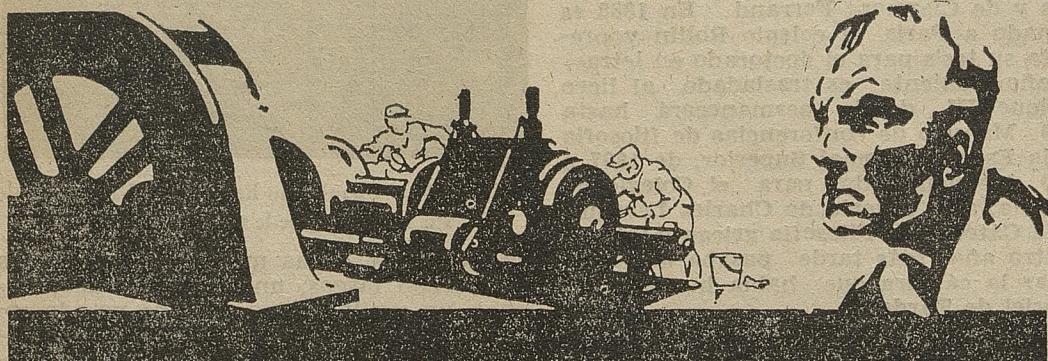
Uno a uno, los honores han venido a recompensar tal labor. Como no eran esperados, fueron acogidos con esa discre-

ción, esa modestia, esa timidez que el filósofo lleva en toda su persona: La Academia de Ciencias Morales y Políticas (1901); la Academia Francesa (1914); la Gran Cruz de la Legión de Honor y el acceso al Consejo del Orden (1923); y al fin, el gran Premio Nobel de literatura (1928)...

Desde hace algunos años aquel sigue siendo una de las luces del mundo, expía en su ser material el alto vuelo de su pensamiento. Se sabe que M. Henri Bergson no abandona su pieza, presa de terribles crisis de reumatismo. Cuidado por su admirable esposa y por su devotísima hija, el filósofo, al menos, continúa filosofando, pensando, escribiendo. La propia naturaleza parece respetar el poderoso cerebro que tanta sabiduría ha dado a luz, para los humanos...

Las escasas personas que pueden aproximarse a él, aseguran que su humor, a pesar de todas las desgracias físicas, ha permanecido igual, que no le falta aún la palabra que hace sonreír, y qué su seriedad perfecta es la de un "santo"...

Digamos aquí más sencillamente, la de un sabio.



Lo mismo que una máquina

necesita cuidados especiales y vigilancia, también la salud del hombre exige una constante vigilancia de las funciones del cuerpo. Sin embargo, ¡qué raramente ocurre esto!

La poca atención y cuidado del buen funcionamiento de los órganos interiores se paga más tarde con las enfermedades de la orina y vejiga.

La "higiene interna" por medio

de curas regulares con tabletas de Helmitol tiene por objeto conservar las vías urinarias en buen estado, prevenir enfermedades e impedir crueles padecimientos.

Haciendo regularmente todos los años tres o cuatro curas con Helmitol se consigue un buen funcionamiento de las vías urinarias, riñones, uréter, vejiga. ¡No esperad hasta que las molestias se presenten, sino prevenidlas! ¡De esto depende vuestra salud!

**Tabletas de
Helmitol**

(M.R.: a base de Anhidrometilencítrato de hexametilenotetramina)



Una Novela Tengo 14 — años.



POR A. ROUBE JANSKY

(Traductor: Luis Enrique Délano)



CURRUCADA sobre la maleta de mimbre, encogida tras el abrigo de piel, no atreviéndome ni a respirar, he venido aquí a espiar la conversación de mi madre y de Groucha.

Es mi sitio preferido. He encontrado, en la pieza de mi madre, un observatorio perfecto, ese rincón, entre dos puertas, donde se cuelga la ropa, tras una cortina de felpa verde. Cada día, a las cinco, mamá llama a su pieza a nuestra cocinera Groucha, para acordar el menú.

En seguida, ellas se cuentan sus sueños de la noche anterior, los interpretan, los comparan y recuerdan.

Es apasionante. Muy a menudo hablan de Domovoi, el fantasma misterioso que vaga por los graneros, en medio de la ropa que se seca, o bien de ese hombre que bajó del techo, una noche que Groucha estaba sola en su isba de Snamenskaya. ¿Por dónde había entrado, puesto que todo estaba cerrado con llave? Se había acercado lentamente a la cama, con un cuchillo en una mano y una lámpara en la otra.

Groucha, gritando como una loca, había saltado en camisa y despertado a los vecinos. Cuando todo el mundo penetró en su casa, armado de fusiles y de bastones, no había nadie, y sin embargo!...

Pero el vigilante, aquél que todas las noches daba la vuelta al pueblo con su bastón de palo, afirmaba que había visto desprenderse de la chimenea una cosa negra que no era humo.

Según mamá, era un angelito que había bajado del techo para prevenirla que yo acababa de caer enferma. Yo estaba en ese entonces en casa de mi abuela, muy lejos de ahí. Parece que el ángel era muy bonito y que se parecía a mí.

Yo me deshacía de placer sobre mi canasto, al oír que un ángel se parecía a mí.

Yo adoraba todas las historias de esa índole, pero, como cada vez que quería escucharlas me echaban de la pieza, estaba obligada a esconderme para gozar de ellas.

Conozco todos los secretos, los sueños y las aventuras de Groucha y de mamá.

La tapa del canasto está desfondada. Esta noche, escuché por última vez, pues mañana mamá parte para Europa. Además ya no me interesa escuchar los cuentos de nodrizas, que no tienen ningún interés para mí. Soy grande, tengo catorce años.

Estoy enamorada también. Estoy enamorada de Sacha Beloff, y él me quiere.

Ya este invierno nos hemos besado. Cierto, no es bello, pero qué importa, puesto que a mí me gusta! Es rubio sin brillo, con una cabeza grande, una cara

redonda como un panqueque y una nari-cita muy pequeña, respingada, como un botón; con grandes ojos de color de agua, tiene además una boca tan bonita! ¡Una amapola!

Yo no seré jamás como esas mujeres a quiénes sólo les gusta la belleza de pa-peles de pastillas. Necesito otra cosa.

Desde los once años, a menudo se ha sacrificado por mí.

Lo vi por primera vez en el árbol de Pascua de mi gimnasio. Todo el tiempo bailamos juntos, tomamos mucha limo-nada, y, en el corredor, besó apasionada-mente mis trenzas.

Me dijo:

—¡Qué bonito pelo! ¡Qué largo es!... Dírale dos serpientes negras!

Y, al día siguiente, robó a su madre una gran botella de agua de Colonia que me llevó al jardín público, a nuestra pri-mera cita.

Comprendí entonces que ese hombre era capaz de todo por mí y lo amé.

Hemos decidido casarnos lo antes po-sible. Ha salido mal en todos sus exá-me-nes para no tener que partir durante las vacaciones a la casa de sus padres, muy lejos. Estará obligado a quedarse en Ros-toff para trabajar, y nos veremos muy a menudo.

¡Ah, he aquí a mi madre! Va a mirar-se en el espejo de su tocador.

¡Vamos! ¡Vamos! encantadores ojos azules, ya sabéis muy bien que sois bellos y que os quiero. Mafiana os vais de viaje con vuestro marido. Dejáis aquí a vuestra hija Vassia. Yo también seré grande y también me iré a París. Mamá siempre será una niña, y sin embargo, ya tiene treinta años. Hace todo lo que yo quiero. Sin su marido, mi padrastro, con toda se-guridad me hubiera llevado a Europa.

¡Hé ahí uno que no me quiere! Yo lo detesto... si yo fuera zar, le haría cortar la cabeza.

Adoro a mi encantadora madrecita. Es alegre, caprichosa y buena. Siempre anda de seda y perfumada.

Cada día es nueva. Le gusta variar su vida. Cuando se le ocurre, transforma el salón en comedor, cambia de pieza, cam-bia de sitio los muebles y cree estar en un nuevo país.

Es su manera de viajar.

La veo a mi Poussin'ka (1). Empolva su naricita, se arregla un crespo, en se-guida salta golpeando las manos y da dos vueltas a la pieza, bailando. ¡Está feliz de ir a París por primera vez!

¡Dios mío! Con tal que mi canasto no cruja! ¡Con tal que yo no estornude! ¡Si

ella supiera que yo la he sorprendido bailando así, no me lo perdonaría jamás! Golpean. Groucha entra. Se detiene en su sitio habitual, cerca de la puerta. Di-riase que llora.

Mamá le dice con una voz muy dulce:

—No es nada, mi gorda. No sufras así. Ya te he dicho que yo lo tomaré cuando haya nacido. Yo lo educaré como a mi propio hijo, y tu marido no sabrá nada. Consuélate!

¿Qué niño? Con precaución separo los bordes del abrigo bajo el cual estoy es-condida y, en la pequeña rendija que me arreglo entre las cortinas, veo que en ver-dad Groucha llora. Sus gruesas lágrimas forman redondeladas sobre la alfombra.

Las manos caídas, no seca su cara y contesta, calma y resignada:

—Mi querida barinía (1), estoy perdi-da. Stepan lo sabrá todo. Recibí una car-ta. Ha terminado su tiempo de servicio y llegará aquí en algunos días más.

—¿No irá primero a hacer la cosecha en Snamenskaya, como se lo habíamos aconsejado

—No me harás creer eso. partió de soldado y escribe que tiene de-seos de verme.

¿Qué significa esto? ¿Tienen entonces secretos que yo no he sorprendido?

¿Estará enferma, esta Groucha? Tie-ne sin embargo muy buen semblante, es-tá más gorda que nunca. ¿De qué se que-já?

—Ya ni duermo, barinía, ya ni duermo ni como, y todo el tiempo pienso: "¿Qué hacer?" ¡Usted me había aconsejado tan bien! ¡Y todo nuestro plan está deshecho!

Mamá se sienta:

—Escúchame bien, Groucha. Las lá-gramas no han arreglado nunca nada. Si él quiere venir, no se le puede impedir. Vamos, ¿para cuándo lo esperas?

—Para fines de Julio. Una mujer me lo ha dicho.

—¡Ah! ¡En un mes! Qué desgracia que vuelva antes de la cosecha en casa de sus padres! En fin, yo estaré quizás de regreso antes de tu parte. Mientras tan-to, le dirás toda la verdad. Le dirás sim-plemente: "Me has dejado tres años; no es culpa tuya ni mía. Me ha sucedido una

(1) Señora

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO

(1) Gatita.

Lecturas.

Pág. 50

desgracia. Un hombre me ha tomado, a pesar mío, y estoy encinta. Siempre te quiero. Sólo te quiero a tí. Si quieres des trozar mi vida, abandóname, vuelve a nuestro pueblo y jamás volverás a saber de mí. Si quieres perdonarme, no verás jamás al niño y toda mi vida te demostraré mi gratitud". Dile que yo te he prometido tomarlo a mi servicio, como portero, y daros una habitación abajo. El reflexionará. Verá dónde está su interés y consentirá en quedarse contigo. ¡Estoy segura!

—Ah! mi pobre barinía! Cuando la escuchó, todo me parece posible. Pero

diewkis (2) van juntos al prado con el acordeón a la cabeza ¡qué alegría! ¡Se canta, se baila, se ríe! Cuando hay dos que se quieren, van a acostarse juntos en la granja; pero no se hace nada malo. Naturalmente se besan... se tocan un poco, pero no se va más allá. Si los dos están de acuerdo, lo repiten todas las noches hasta el otoño, y entonces, si se entienden bien, se casan.

Mi Stepan, desde la primera noche que dormimos juntos, se volvió loco por mí. Todo el tiempo me preguntaba si no había dormido ya en la paja con otro. Y yó, imbécil, le dije que sí. Que el verano



Un hombre me ha tomado, a pesar mío, y estoy encinta.

usted no conoce a Stepan. No me perdonará jamás!

¿Qué es lo que no le perdonará? Quién es ese niño del cual hablan? No comprendo.

Groucha continúa:

—Cuando nos casamos, él tenía veinte años y yo diez y siete. Hasta el casamiento, durante todo el verano, en la noche, nos acariciamos en la paja, pero sin hacer nada malo. Me tuvo nueva como la noche de bodas.

—No me harás creer eso.

—Pero sí, barinía. Es la costumbre entre nosotros. Durante la cosecha es el noviazgo. En la noche, cuando los viejos duermen, todos los parégnés (1) y las

anterior, Mitika me había manoseado un poco. Pero que a mí no me había gustado porque era demasiado flaco y porque me pellizcaba los pechos y las nalgas, como si hubiera sido migas de pan. ¡Ah! ¡Stépan es otro hombre! Es bello. ¿Ha visto su fotografía, barinía? Es bien educado, como una niña. Jamás pellizca.

Acostados el uno al lado del otro, me pasaba dulcemente su mano desde el cuello hasta el vientre, nos estrechábamos el uno contra el otro y no teníamos más que un alma. Mirábamos las estrellas y era muy dulce.

La noche que yo le conté que había conocido a Mitika, se levantó y se fué. Durante toda una semana, sólo lo vi de

(1) Muchachos.

(2) Muchachas.

lejos. Huía de mí y ni siquiera miraba hacia mi lado. El domingo siguiente, en el prado, lo encontré.

—¿Buscas a Mitika? me preguntó.

—Nó, te busco a tí.

—Mañana ¿a quién buscarás?

Yo me habría enojado con estas malas palabras pero lo vi tan amarillo, tan enraquecido, que le contesté:

—Jamás buscaré a otro que a tí.

Y yo fui quién le llevó a la paja.

Te haré caso, barinía. Haré todo lo que quieras, pero sabe solamente que Stépan no es un hombre que perdona. A pesar del empleo que le ofrece, se irá y todo habrá acabado.

—¡Eh; que se vaya! dijo mamá. Tú trabajas, no necesitas a nadie para ganarte la vida, le mandas siempre dinero a sus padres. El verá que en el pueblo no eres la única que ha faltado mientras los maridos hacían el servicio militar... y volverá.

—¡Ah! mi corazón presiente una desgracia, barinía! ¡Se acabó mi vida! ¡He vuelto a soñar anoche con una laucha!

—Pero si tienes veintiún años, tonta! ¡Tú vida recién empieza. Verás qué lindo niño vas a tener. Cuando esté aquí, ya no deseáras nada más! ¡Toma! ¡Dame tu mano izquierda... Tendrás un hermoso hombrecito!

—¿Cómo lo sabe, barinía?

—Me has tendido la mano izquierda, con la palma vuelta hacia abajo, eso quiere decir que tendrás un hombre. Si la hubieras ofrecido con la palma hacia el cielo, hubiera sido una niña.

—¡Qué sabia es usted!

Pero mamá decía eso llenando una maleta, y yo sentía que tenía prisa por terminar. Ordenó rápidamente la comida y, para el almuerzo de mañana, dijo a la cocinera que me preguntara lo que yo quería mientras llega mi abuela, que dirigirá la casa durante su ausencia.

Se van mañana en la mañana, a las nueve, y quedan todavía muchos bultos que cerrar.

Mamá estaba feliz! Ella quería que todo el mundo estuviera contento! ¡Qué no hubiera dado por ver a su Groucha sonriente, conversadora, indiferente como antes! Pero la pobre está tan abatida!

PISOS RELUCIENTES CERA "PRESERVOL" CIA. CONSUMIDORES DE GAS. STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

Hasta su cabellera colorina, ardiente sobre su cabeza como un rayo de sol, parece triste y apagada.

¡Ah! ¡que se vaya! Molesta, es inútil y desentonante en esta pieza llena de alegría, donde las maletas abiertas rebalsan de géneros claros y de encajes que exhalan el perfume y la felicidad de mamá.

La doncella, Verka, barre, después de la partida de mis padres.

No quisieron que yo los acompañara a la estación. Besé a mi mamá, que me prometió traerme un coche lleno de regalos y de vestidos de la rue de la Paix. Me ví obligada a besar también a mi padrastro

¡Durante un largo mes no los veré! Lo que me consuela un poco es que soy ahora la dueña de casa.

He ordenado, para el almuerzo, un helado de vainilla y fresa, y pirochkis (1) con confitura. La carne y lo demás me son profundamente indiferentes.

Mi abuela debe llegar esta noche antes de la comida, y mañana partiremos para nuestra propiedad, nuestra Loubouchka, a tres verstas de Rostoff.

Entretanto, me apremio a llevarme los perfumes, los polvos, los echarpes, las blusas que quedan. Diré que mamá me lo ha dado todo, porque a ella la babouchka (2), la conozco muy bien, no tiene el carácter de mamá. Va a encerrar todo con llave y será imposible sacarle nada.

Es coqueta, sin embargo, a pesar de su edad avanzada. Sólo se pone vestidos de color gris perla, con sombreros llenos de cintas. No quiere nada negro. No comprende que yo tengo ya catorce años, que quiero a un muchacho, y que necesito polvos y perfumes para gustarle.

¡No! ¡No es así como me imaginé esa partida!

Pensaba que me quedaría en la cama, llorando, incapaz de comer.

Pero nada: salto como una cabra de una pieza a otra. Guardo apresuradamente mis tesoros. Pasando por el salón, me acompañó en el piano y canto, imitando a mamá, una canción tzigana:

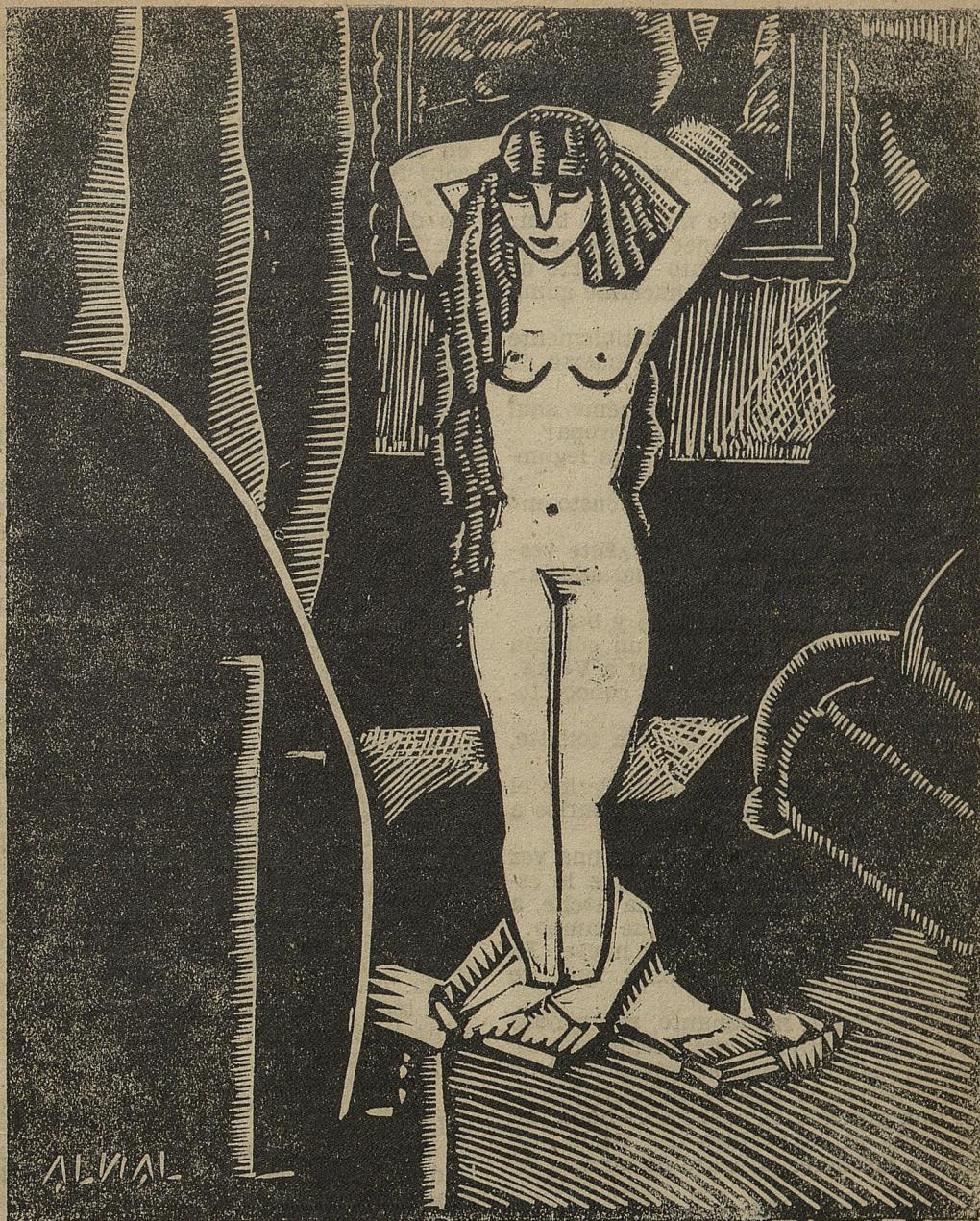
“Bésame. Bésame.”

Toma la felicidad que está bajo (tu mano.)

(1) Empanadas rellenas de carne, repollo, pescado o confituras.

(2) Abuela.





¡Qué divertido es un cuerpo de niña! Yo no soy como las demás.

Verka, de lejos, canta mi canción, y la
rima con la escoba:

"Bésame. Bésame.

¿De qué me sirve pensar en el
(mañana?)

¡Esta Verka! Ella también besa a un
amante, pero ella tiene suerte, tiene ya
dieciséis años... Sin embargo, yo soy tan
grande como ella. Un poco más delgada,
quizás.

Ahora, les toca el turno a los roperos.
No están cerrados. No es extraño, no hay
nada adentro.

¡Oh ahí! ¡En ese armario! Los vesti-
dos de invierno.

¡Están todos! Hasta el hermoso vesti-
do de seda roja escarlata, que me gustaba
tanto vérselo puesto.

Tengo que probármelo.
Me queda bien. Un poco largo quizás.

Es cierto que con todos esos vuelos, no se nota mucho.

¡Si encontrara el sombrero! Hé aquí las cajas.

¡Bravo! El gran sombrero rojo está aquí. Hasta están todavía, debajo, los riños postizos que permiten ponérselo sobre un lado de la cabeza.

En realidad la toilette me queda bien. Por lo menos parezco tener veinte años.

Con precaución levanto la parte de abajo de la pollera y voy a hacerme admirar por Groucha y Verka.

Me parece, que estoy irresistiblemente bonita, hago melindres, abro la puerta de la cocina.

—¡Buenos días, Groucha; héme aquí de regreso. Vístase, la llevo a Europa!

Groucha, sentada, pelaba las legumbres. Se sobresalta y me dice:

—¡Ah! barichnia (1). ¡Qué susto me ha dado!

—¿Acaso no estoy bien así? ¿Este vestido de poussin'ka no está demasiado largo para mí? ¡Mira!

—¡Oh! usted será arrogante y bella.

Aprovechó para comerme un corazón de repollo crudo y me voy a ver a Verka.

Somos grandes amigas. Ella conoce todos mis secretos con Sacha.

—¡Ah! si él me viera con esta toilette, me dice, perdería la cabeza.

Eso me da la idea de esconderme el vestido y el sombrero para llevarlos a nuestra datcha.

He convenido con Sacha, la última vez que lo vi en el jardín público, que le escribiría para darle una cita una noche, a las diez en nuestra propiedad de campo.

Babouchka se acuesta a las nueve. Es necesario dejarle tiempo para que se duerma.

Para recibir a mi amante, me pondré el bello vestido rojo, el gran sombrero, escogeré al más hermoso, al más grande de nuestros perros, lo tomaré de la cadena y, como una princesa de cuentos de hada, iré lentamente al encuentro de Sacha, en medio de las flores, al claro de luna.

poco, pero a pesar de todo, encuentro que la vida es encantadora.

Nuestra bonita datcha no se parece a ninguna otra en el mundo. Se llama "Loubouchka": "mi pequeña querida", y en ella todo vive, crece y florece en un caos feliz.

Por lo menos tenemos cinco mil rosales diferentes, de todos los colores. Yo prefiero a todas las rosas te. Tienen un perfume más fino, que me emborracha. Las mariposas también las prefieren. Las flores del tabaco, blancas, que parecen dormir como muertas al calor del día, se abren grandes a la puesta del sol y se muestran desnudas. Tenemos todas las flores y todas las legumbres del mundo, sandías, melones, uvas, frambuesas, espárragos, maíz, girasoles...

En la mañana, corro a comer las framboesas que han madurado durante la noche; son exquisitas, están hinchadas, húmedas aún, de rocío. Luego descubro una sandía que me parece madura. La recojo, la parto con una piedra, si, está muy roja. Como un poco, y la bato.

Tomo tres o cuatro semillas de girasol y me subo a un durazno, donde como frutas hasta que no puedo más.

Cuando vuelvo a la galería, donde canta el samovar, al lado de la crema fresca de nuestras vacas, de la miel de nuestras abejas, del queso, de la mantequilla, de la mermelada y de los pancitos de leche, bajo los ojos de babouchka vestida de gris perla, con su bonete de encajes, ya no tengo hambre.

Mi abuela me mira con aire malhumorado y sospechoso. ¿Por qué tiene un carácter tan desagradable? Nunca está contenta. Todo lo critica y de antemano acusa a todo el mundo de las peores acciones, sobre todo a nuestros criados. Yo los compadezco mucho y, cuando nadie me ve, corro a abrazarlos.

¡Pobre Verka! Con un plumero de papel, debe espantar las moscas. Está parada tras la silla de babouchka, que, sin piedad, no piensa en el cansancio de la desgraciada muchacha, como si ella fuera una máquina.

Mi abuela sólo tiene atenciones para su adorada Tamara, una horrible y vieja perrita blanca, de ojos siempre húmedos y lagrimosos.

Esa horrible perra me detesta, porque, cada vez que la encuentro sola en un rincón, la atormento y la exaspero hasta que ya no se aguanta más de rabia.

Me conoce. Cuando entro a la pieza y está sin su amada dueña, se refugia, con la cola entre las piernas, bajo la cama. ¡Hipócrita! Cuando está sobre las rodillas de babouchka, apenas me ve, gruñe, mostrándome los dientes. ¡Cochina! ¡Babosa!

Estamos en el campo, en nuestra propiedad. Desde hace una semana, babouchka está con nosotros. Nos molesta un

(1) Señorita.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

Le tengo asco porque come inmundicias, y cuando tiene lleno el hocico, Verka debe limpiarla, escobillarla, llenarle la cabeza de agua de Colonia, y una hora después está relamiéndose todas las porquerías que lleva aún en el hocico. Está sucia, hedionda; hay que empezar de nuevo su toilette.

Beso la mano reseca de mi abuela. Tamara casi me ha mordido la nariz. Babouchka dice:

—No comprendo por qué este encanto no puede verte.

Me siento a la mesa. Me sirvo cualquier cosa, le pongo mantequilla al pan, sin pensar en lo que hago; las ventanas están abiertas de par en par, mis ojos ven la Europa donde pasea mi madre. ¿Estará en París ahora? Algunos días antes de su partida, estando escondida en mi canasto, la oí que decía a Groucha que en París las mujeres se bañan en champaña. Si es verdad, estoy segura que mi coqueta mamacita se bañará también.

¡Qué agradable sensación debe ser! Todos esos gorgoritos chisporroteantes, esa espuma alrededor de uno. Luego puede una chuparse la piel y emborracharse. ¡Ah! ¿cuándo seré grande? ¿Cuántas botellas se necesitan para darse un baño? Le diré a Sacha que si me quiere, se sacriifique y me proporcione cien botellas.

¿Qué haré hoy?

Me levanto de la mesa, tengo ganas de irme a mi pieza y tenderme en la cama, a pesar de Sacha. Pero una voz aguda, que

desentona en esta encantadora mañana florecida y perfumada, me ordena:

—Vassilissa, te vas a sentar al piano, a tocar durante dos horas. En la mañana es cuando se trabaja mejor.

Inmediatamente se echa a perder mi buen humor. Siento un repentino dolor de cabeza. No me he trenzado el pelo desde anoche. ¡Es inútil! Puedo peinarme y descansar en la tarde, pero, por el momento... al piano!

A espaldas de mi tirano, cambio con Verka una mirada afligida y me dirijo hacia el piso fatal.

Mis dedos se agitan sin que yo me fije. Ya he tocado el primer ejercicio de Hanon, ta-ta-ta, y mi pensamiento vagabundeaba.

El mecanismo de mis manos funciona, mientras mi imaginación me lleva muy lejos. Viéndome trabajar, Babouchka lleva a Tamara a pasear en el jardín.

¡Ah, sí! Quiero una vida extraordinaria. Me vestiré con vestidos amarillos, verdes, colorados, todos esos colores que deben sentarle a mis cabellos negros, como plumas de cuervo. Mis ojos son azules, como los de mamá. Es raro en una morena. Seré bella. Verka me ha dicho que es la opinión general, pero que está prohibido decírmelo, para que no me vuelva vanidosa. Seré apasionada y asombraré a todo el mundo. ¿Cómo? No lo sé aún, pero asombraré.

¿Qué preparan para el almuerzo de esta mañana? Huele bien. Es quizás un pato. Ya he visto al niñito del jardinero traer grandes baldes. Hay pues, cangrejos pescados en el riachuelo que borda los prados.

¡Ah! ¡Maldita mosca! Me ha picado la pantorrilla hasta sacarme sangre! En la cocina, Groucha hace un ruido infernal batiendo huevos. Sin duda prepara alguna crema.

No se puede trabajar en estas condiciones. ¡Además hace mucho calor! Voy a ver lo que está haciendo.

Hemos comido cosas exquisitas, cangrejos grandes, muy rojos, con mucha pimienta, un pato relleno con manzanas verdes, espárragos con crema, helado de vainilla y frambuesa. ¡Me gusta tanto! Se vé que Groucha piensa en mí.

Babouchka se ha enojado. Sus viejos dientes no soportan el frío. ¡Que coma compotas entonces! He tomado tanto kwass (1) helado, que no puedo levantarme de la mesa. Mi vientre está tenso como un tambor. Sin embargo, hago un esfuerzo y voy al jardín a coger muchas rosas que subo a mi pieza.

(1) Bebida fermentada, parecida a la chicha.

Flores de Pravia

La pasta dentífrica

FLORES DE PRAVIA

limpa y embellece los dientes y perfuma el aliento.

Usar mañana y noche la pasta «FLORES DE PRAVIA», constituye un placer y una necesidad saludable.

Precio del tubo:

2 francs

Los postigos están cerrados. Está agradable, no hace calor a pesar del sol de julio que, afuera, quema.

Me siento en mi casa. Es mi rincón exclusivo. Mis viejas muñecas están sentadas ante su mesa, alrededor de su pequeño samovar. Mi gran gato con botas, que desde hace mucho tiempo ha perdido una de ellas, está plantificado sobre el diván. ¡Mi querido gato! ¡Mi mejor amigo! Sus ojos están algo sueltos, su piel café está pelada, pero tal como está, no lo cambiaría por todos los presentes del mundo. Tiene toda mi confianza. En su parte de atrás, descosida, deslizo las cartas que me escribe Sacha.

Siento pesada la cabeza, me despeino y admiro mi largo pelo ante el espejo. Me llega hasta la rodilla.

Lentamente me desvisto y me divierto en contemplar todos mis gestos.

Muy pronto estoy desnuda.

¡Qué divertido es un cuerpo de niña! Yo no soy como las demás.

El año pasado vi a mi amiga Raia. Vino a pasar algunos días en nuestra datcha, y dormimos juntas.

Al hacernos la toilette, vimos que nuestros pechos eran parejos con dos botoncitos no más grandes que los de mi chaqueta. Nos dolían mucho. Adentro nos tiraba como cuando tuve un dolor en el dedo.

Raia gemía todo el tiempo.

Durante el invierno, cada vez que nos visitábamos, nos comparábamos. Hasta nos medíamos con la huinchita de la costurera.

A mí me han crecido más rápidamente los senos.

Yo había recortado en el "Rostowskie Vedomosti" (1) y escondido bajo mi colchón, el aviso de Mme. Gisele, que garantizaba el desarrollo del busto a voluntad. Como prueba, estaba la fotografía de una

(1) Noticia de "Rostouwskie", periódico local.

bella dama cubierta con un género transparente, bajo el cual se veían unos senos gordos, redondos y muy parados.

Ante el espejo muy a menudo me he comparado a esa señora. Desgraciadamente los míos permanecían pequeñitos como manzanas del Paraíso y cabían en el hueco de mis manos.

Ahora han tomado más importancia y ya no me hacen sufrir. Bajo mi blusa aparecen, y mis manos los cubren justo. Si los toco, tengo una sensación muy agradable, sus puntas se endurecen tanto, que parecen aún más grandes.

Nadie me dice que en un año más no sean como los de la dama de Mme. Gisele. Y yo no he tomado ningún remedio.

Seré más bonita que Raia. Su piel es blanca, rosada, como un chanchito nuevo. La mía es dorada. ¡Mejor!

Mi vientre es parejo y sombreado de un mechón de pelo negro que Raia no tiene. Ella es rubia y su pelo es corto.

¡Qué largas son mis piernas! No estoy segura de que esto sea bonito. Me comparo a un potrillo. No hay nada que decir. Soy muy flexible. Alcanzo a tocar la alfombra con mis dedos, curvando el cuerpo hacia atrás.

¿Qué hacer? Me aburro y me tiendo desnuda sobre las sábanas frescas.

Hago trabajar la imaginación...

¿Quién será hoy día? ¿Cleopatra, o la zarina Alexandra?

Cleopatra es mejor, siempre estaba recostada y era morena como yo.

¡Eso es! Tomemos este largo mechón de mis cabellos y dejémoslo caer negligentemente sobre el tapiz, donde adquiere la ondulación de una serpiente temible.

Una esclava negra, desnuda y bella como una estatua, me echa viento con un enorme abanico de plumas de pavo real. Deshojo todas las rosas que he traído.

Necesito joyas de reina.

Los pétalos rojos serán rubíes, los amarillos topacios, los blancos y los rosados, diamantes y perlas.

Con los brazos levantados, esparzo esas plumas de flores sobre mí. Bajan como lluvia perfumada, caliente, y me cubren. Al posarse sobre mi piel me acarician ligeramente; sobre mi vientre, los pétalos resbalan y se amontonan entre mis piernas juntas, suaves, agradables, de terciopelo, de seda.

La puerta de mi palacio se abre, y un hombre aparece. Es de una belleza sobrenatural. Es el general romano, el general Sacha. Sólo por hoy, tiene una bella nariz recta, que le da un perfil de medalla. Sus ojos tienen el color del cielo. Me sonríe tiernamente.

Está desnudo. Se acerca a mi trono y se prosterna como ante una divinidad.

ECONOMICE DINERO

TOME UNA SUSCRIPCION A

Lecturas

y la recibirá oportunamente.

ANUAL — 24 números — 40.—

Dirigirse a "LECTURAS", Casilla 4042, Stgo.

Lecturas

Con negligencia hago un gesto a uno de mis esclavos etíopes para que lo levanten y lo invito a sentarse a mi lado. Hago salir a mis criados y quedamos solos.

Quiero que seamos una sola alma los dos, pero él me tiene miedo, porque soy Cleopatra.

Entonces, cojo su mano y ordeno:

—Acarícieme desde la garganta, hasta el vientre, como hacia Stepan a Groucha cuando se acostaban en la paja. ¡Verá cuán dulce es!

Entonces se acuesta a lo largo de mi cuerpo y pasa su manita caliente y suave sobre mi piel y yo me estremezco.

Me estrecha muy fuerte contra él, y voilá!... Voilá! ¡Qué agradable es!

Estrecho mi cabecera, me revuelco, me froto contra ella. Es Sacha. ¡Oh! ¡qué sensación aguda y sudorosa! Me invade una dulzura que me penetra hasta los riñones, hasta el corazón, hasta la garganta, y pierdo casi el sentido...

Cuando vuelvo en mí, la pieza me parece triste. Sobre mi cuerpo sudoroso las rosas se han pegado, y me parecen insosportables. Las sábanas calientes y húmedas me hieren con sus pequeños pliegues.

Los postigos cerrados, la obscuridad... me siento cansada y asqueada de mí misma.

¿Por qué he hecho eso otra vez?

Quiero levantarme y ducharme. Pero no tengo valor.

Después de todo, Sacha no es hermoso, con su naricita respingada. ¿Todos sus sacrificios? Me río de ellos! ¡Ah calor! ¡Qué calor hace! Tengo la boca seca, amarga, me duele el vientre. Toda esa fruta, el helado, el kwass... Estiro sobre mí la sábana y me quedo dormida sin alegría.

Sacha viene esta noche.

Con Verka, hemos decidido que lo recibiría en el kiosco, al fondo del jardín. Estaremos seguros, lejos de la casa.

Llevamos licores de cereza y de framboesa, frutas y muchas galletas. Decoramos el kiosco con ramas verdes, y no olvido los cojines que instalo sobre el banco. No se sabe nunca. Así podrá tenderme, como Mme. Recamier, mientras que él, arrodillado, me declara su amor.

Todavía tengo que elegir un perro decorativo.

Aquí tenemos tres perros: Serko, Belko y Venus.

Serko es grande, su pelaje es tieso, color acero. Es muy presentable, pero temo su carácter. No quiere a los desconocidos y sobre su conciencia tiene muchos pantalones rotos.

(Continuará)

CONSEJOS DE BELLEZA

UNA MANERA DE RENOVAR EL CUTIS

Con el muy justo propósito de embellecer su cutis, renovándolo, las mujeres no trepidan hoy en día a someterse a costosas y difíciles tratamientos, ignorando talvez que existen medios más fáciles y económicos. Los años vienen a dar, hoy día, la razón a los que aconsejan el uso de la cera mercolizada. La cera mercolizada logra con el uso diario hacer desprender la cutícula vieja y aparecer el nuevo cutis sonrojado y terso de la juventud.

EL ROSADO DE LAS MEJILLAS.

El descuido de la mujer en la elección de los elementos de su tocador trae como consecuencia experiencias dolorosas. Es cierto esto, sobre todo en lo que se refiere a los rouges ordinarios. Los polvos rubinol son hoy por hoy la garantía más sólida de pureza y los que logran dar un color natural a las mejillas de las damas.

LOS BARRILLOS DE LA CARA.

Los cutis grasos — especialmente bajo la acción del calor — son propensos al desarrollo de pecas y barrillos. Este, que es un problema para muchos hombres y mujeres, deja de serlo dándose摩擦es y baños faciales en una disolución en agua de stymol. Una tableta de stymol efervescente basta para lograr este cometido y refrescar el cutis.

HOMBRES Y MUJERES DEBEN PREOCUPARSE

No es patrimonio de la mujer el cuidado del cutis. ¡Es tan agradable sentir el cutis suave y limpio! En este cuidado quizás no haya factor más decisivo que el jabón que se emplea. No basta que un jabón cumpla con el cometido de desmanchar, no basta que dé espuma; es necesario además que un jabón sea suave y que en su composición no entren cáusticos, que los elementos que lo componen sean puros y, por fin, debe tener un aroma delicado y agradable. El «Astra» reune por cierto estas características.

AROMAS.

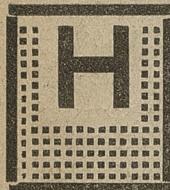
No hay mejor consejero que la experiencia. Ella da pruebas de la veracidad de los consejos. Por eso no titubeamos en aconsejarle que experimente una vez la colonia Flor de Espino. Bien sabemos que dejará satisfecho al más exigente. Es aromática sin exajerar, suave y delicada.

Rabindranat Tagore y su Escuela de Santi-Niketan

POR NICOLAS ROERICH

Conferencia publicada en, "Roeirch Museum Boletín"

(Versión del inglés de S. FIKH)



AY quienes creen que los propósitos de la Cultura, esa legítima preocupación desde los tiempos inmemoriales para la mente humana, están en la actualidad definitivamente conquistados.

Parecería que ciudades y países enteros fueran ya exponentes de Cultura y que nosotros podemos, satisfechos, mirar retrospectivamente sobre aquellas pobres gentes del pasado que no tenían teléfono ni radio y no conocían, siquiera, el cinematógrafo.

¡Cuán errónea presunción!

Pocos comprenden que la Cultura tiene su morada sólo en las cumbres y que difíciles son los caminos hacia esas fortalezas de la espiritual ascensión humana.

Siempre ha sido así y ahora, quizás, más aún que en las épocas anteriores.

Nuestros barcos modernos son muy rápidos. Hubo proyecto de construir uno de 100,000 toneladas. Queda por saber para qué clase de transporte se destinaba. ¿No sería para el del opio, a la espera de pingües ganancias?

Muy altas son nuestras casas. Muchas tienen un centenar de pisos y sobrepasan holgadamente la torre de Babel. Sin embargo, en las habitaciones, frecuentemente falta lugar para la mesa de trabajo o una pequeña biblioteca.

Son instalaciones muy amplias nuestros mataderos. Una técnica extraordinaria permite que cientos de miles de animales sean abatidos allí diariamente. En cambio, las investigaciones científicas acerca de las vitaminas alimenticias, adelantan sólo modestamente y permanecen apenas conocidas.

Con toda nuestra pretendida educación, pocos saben reemplazar el sangrante bife por un limón o una naranja.

Recientemente, algunos médicos, al pa-

recer instruidos, recomendaban a sus clientes el beber la sangre caliente, directamente de los mataderos. Según esos mismos médicos, uno de los mejores curativos sería el devorar la carne cruda... a semejanza de las fieras.

Deberían reconocer, sin embargo, que aún en las regiones de la Tierra donde las condiciones naturales habían inducido, desde lo antiguo, a los aborigenes al crudívoro, ni ellos consumen la carne sin preparación previa. Suelen juiciosamente secar la carne de sus comidas o, en último caso, ahumarla.

El mecanismo ha aumentado la capacidad de producción sin preocuparse humanamente de una mejor distribución. Han surgido ejércitos de desocupados. ¿Son estas, acaso, finalidades de cultura?

Hace poco se llevaban los cañones a la iglesia para que fueran allí bendecidos. Eso, no obstante, una conversación acerca de temas de religión, llegó a ser en la Sociedad Mundana algo inconveniente y casi vergonzoso.

Si en vez del feo y unilateral deporte o en vez de la charla malevolente, alguien se atreviera a hablar de los edificantes principios de la Cultura, se expondría a ver a los presentes encogerse de hombros y murmurar: "¡Qué fastidioso es éste!"

Las cuestiones de la religión y del espíritu, las cuestiones de la Cultura, han sido—para apaciguar a los ignorantes—relegadas entre las abstracciones. Si algo edificativo se declara ser una "abstracción", esto quiere decir que no la precisamos...

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.



RABINDRANAT TAGORE. Vive para la gloria de la cultura

En el mejor de los casos la gente se excusa, invocando sus ocupaciones y su trabajo diario como obstáculos que les impiden interesarse en las cosas espirituales. Lo que demuestra el olvido de que la diaria labor debe ser, fundamentalmente, una benéfica expansión vital. En esa labor se generan energías y, ella mediante, hemos de acercanos al ritmo cósmico.

Esa labor nos ayuda a encender el fuego interior: enlace íntimo con aquel Fuego que anima al mundo entero.

¡Estamos prontos para encontrar motivos que nos justifiquen! Tenemos la pro-

pensión de alejarnos para esquivar nuestras responsabilidades. Pero una vez alcanzada sobre el planeta la etapa humana, aquella responsabilidad se hace ineludible.

El logro de una conciencia humana es el de una dignidad. Esto exige que apliquemos todas nuestras facultades, empeñandonos en realizar el ritmo evolutivo que nos corresponde.

No se trata de abstracciones. Se trata de una realidad substancial y viviente, al igual de la existencia misma. Toda la historia humana, reconoce el valor bendito

del pensamiento creador. Este puede encontrar su expresión en formas variadísimas y manifestarse por doquier. La Historia nos trae el recuerdo de los grandes creadores, entre los cuales unos revestían su pensamiento de formas materiales y otros supieron darle una vasta expresión.

La Cultura exige imperativamente que todo lo bello que hemos desterrado entre las abstracciones, reciba, al contrario, su inmediata aplicación a la vida.

Llegó a ser una condición mundial el dilema: o hemos de efectuar el real acercamiento a la evolución, o nos exponemos al peligro de un salvajismo espiritual.

Si las moradas de la Cultura, coronando como siempre las cumbres, sólo son accesibles mediante un áspero y espinoso sendero, muy agradecidos debemos estar hacia los que asumieron la esforzada tarea del adelanto espiritual. ¡Con qué cuidado debemos salvaguardar aquellos muros erigidos tras una continua y perseverante labor! Nos incumbe bendecir a los que han encendido y sostienen nuestro entusiasmo.

Y cuando pienso en una energía indomable, en un fervoroso entusiasmo, en una cultura pura, ante mi mente se alza seguida la imagen de Rabindranath Tagore. Esta imagen es muy querida para mí.

Grande ha de ser la potencialidad del espíritu que lucha infatigable, para aplicar a la vida lo fundamental de la verdadera Cultura.

Los cantos de Tagore inspiran y llaman hacia la Cultura. Son sus plegarias por el advenimiento de la gran Cultura, sus bendiciones para los que prosiguen en el sendero de la ascensión. Puede decirse que las actividades de Tagore tanto penetran en los más estrechos callejones, como llevan a las cimas de la Bendición. Al conocerlas se experimenta el sentimiento

de una inspiradora alegría. Tan bella, tan plena de bendición, es la esencia de los himnos, de los llamados y de las obras de Tagore.

La escuela de Santi-Niketán, está creciente cual un árbol de Cultura.

No podemos juzgar sobre lo potente del crecimiento de un árbol por la soña disposición de sus ramas. La explicarían los vientos u otras condiciones naturales.

Lo que importa comprender es que el árbol está creciendo. Lo que importa vigilar es, hablando en otros términos, que los muros en construcción sean fuertes. Sabemos que esos muros se levantan en nombre de la Cultura y van a existir sólo para ella.

Ante nuestra mirada se alzan las eternas nieves del Himalaya y diríase que las envuelve una atmósfera maravillosa de mundos lejanos.

Al contemplarlas, un sentimiento de sagrada alegría nos inunda, cuando recordamos que Tagore vive entre nosotros. Durante siete décadas él ha glorificado la Belleza y acumulado las piedras eternas de la Cultura. Se empeñó, incansable, en levantar un baluarte de alegría para el espíritu humano. ¡La cosa es tan imprescindible, tan urgente!

Necesitamos fortalezas de Cultura. ¡Repitámoslo con insistencia en el nombre de la Nación y del mundo entero!

Las plazas-fuertes de la Cultura atraen, cual imanes, a los que pertenecen a ella.

Son cual anclas de apoyo para los navíos del espíritu, agitados por un mar embravecido.

Tagore vive para la gloria de la Cultura.

El establecimiento de Santi-Niketan está ahí, como una columna indicadora sobre la vía del crecimiento espiritual humano. Es una institución sumamente necesaria; es muy noble y muy bella.

¡Viva Tagore! ¡Viva Santi-Niketan!

THE PRINCE REGENT HATTERS

HUERFANOS 1166, esquina Galería Alessandri — CASILLA 3249 — SANTIAGO

VENDE LOS MEJORES EXTRACTOS FRANCESES A 0.90 EL GRAMO

Tipos: L'Origan; Secret d'Orient; Tabac Blond; Narciso Negro; Brisas de Abril;

Ciclamen; Jacinto; Azucena; Cachemire; Orquídea; Geraneum; Flor de Espino;

Violeta Natural; Mimosa; Petit Grain; Pavot; Heliotropo; Neroli; Etc.

AUTORES DE ESTE NUMERO

Nicolas Roerich

Pintor, naturalista, filósofo y escritor belga. A iniciativa suya se reunió en la ciudad de Brujas, del 13 al 16 de Setiembre dà 1931 un congreso pacifista que aclamó el Pacto Roerich por la Paz y la Bandera de Cultura. Roerich ha conseguido que se declare en todo tiempo bajo la protección de la bandera de la paz a todos los museos, universidades, bibliotecas, obras de arte, institutos de investigación, etc. etc., resguardando así la labor del presente y lo creado por los siglos de paciente trabajo y estudio. Ha conseguido también organizar la reconstrucción de lo mucho destruido en la última guerra, bajo la piadosa divisa "Destruido por errores humanos, rectificado por esperanzas humanas". Es importante dejar constancia que Roerich ha unido en la reconstrucción voluntades que ayer fueron enemigas y que hoy no han vacilado en sostener la bandera de la cultura internacional. Es un hermoso triunfo del idealismo elevado y práctico.

Joseph Conrad.

Véase Lecturas N.o 6

Corpus Barga

Corpus Barga, cuyo verdadero nombre es Andrés García de la Barga y Gómez de la Serna, es un genuino, castizo y modernísimo escritor español. Periodista y revolucionario, hubo de vivir lejos de su Madrid durante muchos años, todos los que duró la dictadura en España. Desde París las agencias periodísticas repartieron por el mundo sus artículos, sus impresiones sobre los sucesos del mundo.

Como novelista, ha depurado su prosa de todo lo superfluo, de todo lo pegajoso e innútil. Entra a la síntesis como a su propia casa: logra con escasas palabras transmitir sensaciones hondas y extensas. Sus novelas más conocidas entre los lectores chilenos son "Pasión y Muerte" y "Apocalipsis".

Reinaldo Lomboy

Véase Lecturas N.o 3

Pablo Garrido

Véase Lecturas N.o 11

Carlos Feuereisen

Joven constructor chileno, pertenece a aquella falange de los que estudian sin pretender títulos, porque creen que los fenómenos del mundo -de ayer y hoy- son lo bastante interesantes para que uno se preocupe de ellos. La política y la economía son las materias en las que este joven se desenvuelve con mayor soltura, aparte de la arquitectura, que constituye su profesión. Con placer "Lecturas" presenta hoy este artículo de Feuereisen sobre el maquinismo y ofrece para más adelante, otros de no menor interés.

Arturo Bravo Pinto

Pertenece al último equipo de los escritores peruanos. Es muy joven. Su primera producción está repartida en las revistas y diarios del Continente. Poeta y cuentista, Bravo afirma ya la situación de una recia personalidad.

La publicación de sus "Tres nombres de mujer", es, aparte de la entrega de tres simpáticos relatos, una invitación a todos los escritores jóvenes del Perú y de Sudamérica, para quienes las páginas de "Lecturas" están abiertas.

Ricardo Lewinsohn

Las crónicas y artículos económicos de este publicista son leídos con especial interés en España. El público de "Lecturas" podrá apreciar en el que se publica en este número, la cualidad de saber hallar un tema profundo a una redacción amable y cordial, muy lejos de la forma dura y pesada que generalmente reviste a los temas económicos.

Margarita G. Sarfatti

Esta joven escritora italiana, está dotada de nueva sensibilidad, que le permite hablar sobre los temas de hoy, con correcta comprensión. Sería inútil pedirles a escritores que tuvieron su desarrollo en el otro siglo que hablaran de fenómenos, descubrimientos e ideas de éste, como por ejemplo el cinematógrafo. El cinematógrafo, tema que con tanto acierto trata Margarita G. Sarfatti en su artículo "El Revolucionario 5.o poder".

Poesía

ESPADAS · COMO · LABIOS

POR VICENTE ALEXANDRE

libertad

ESA mano caída del occidente
de la última floración del verano
arriba lentamente a los corazones
sencillamente como la misma primavera.

Las mismas bocas más frutales
la tierna carne del melocotón
el color blanco o rosa
el murmullo de las flores tranquilas
todo presente la evaporación de la nube
el cielo raso como un diente duro
la firmeza sin talla brilladora y amante.

El aroma, el no esfuerzo para perdurar
para ascender
para perderse en el deseo alto pero lograda
[ble
todo esto está dichosamente presidido por
[el mediodía
por lo radioso sinfin que abarca al mundo
[como un amor.

Una inmensa mariposa de brillos,
un respirar paciente que pasa sin recelos
dadivoso de dichas perfectamente comparadas,
[tidas,
ya y viene en forma de belleza, en forma
[de transcurso
haciendo al tiempo justamente un instante
[te a vista de pájaro.

Ni palmas ni brillos, ni mucho menos ya
[primores
sino lo liso, lo raso, lo tenso y lo infatigado
[ble.

Esa senda hecha para la planta de oro
también para los labios
para recorrerla despacio
para ir diciendo los nombres o los horizontes
[tes
para que todo lo más en un momento de
[desfallecimiento se pueda uno convertir
[en río.

No pido despacio o de prisa,
no pido más que libertad.
Pido que todos vayan allá más lejos
Y allá me esperen mucho tiempo,
hasta que troncos lisos sin pavor den señas de existencia.

Porque yo soy escéptico.
La libertad en fin para mí acaso consiste
[en una gamuza
en esa facilidad de abrillantar los dientes
de responder con mi propio reflejo a las
• [ya luces extinguidas.

Pido señales o pido indiferencia.
Se me puede creer si digo que a veces un
[brazo pesa más que otro astro
que un párpado de espuma respira quietamente,
pero que nunca accederá a
[dormir en nuestro seno.

Pido sobre todo no lamentos, no salutaciones o visos
que todo pase como debe.
Fila infinita de tormento olvidando que
[duele,
preocupado únicamente de no ver mojado
[su zapato por esa espuma negra.



silencio

BAJO el sollozo un jardín no mojado.
¡Oh, pájaros, los cantos, los plumajes!
Esta lírica mano azul sin sueño
del tamaño de un ave unos labios. No es-
[cuchillo.
El paisaje es la risa. Dos cinturas amán-
[dose.
Los árboles en sombra segregan voz. Silen-
[cio.
Así repaso niebla o plata dura
beso en la frente lírica agua sola
agua de nieve, corazón o urna
vaticinio de besos, ¡oh, cabida!,
donde ya mis oídos no escucharon
los pasos en la arena o luz o sombra.

ya es tarde

VINIERA yo como el silencio cauto.
No sé quién era aquel que lo decía.
Bajo luna de nácares o fuego
bajo la inmensa llama o en el fondo del
[frío
en ese ojo profundo que vigila
para evitar los labios cuando queman.
Quiero acertar, quiero decir que siempre
que sobre el monte en cruz vendo la vida
vendo ese azar que suple las miradas,
ignorando que el rosa ha muerto siempre.

resaca

UN alma, un velo o un suspiro,
un rápido paso camino de la luz
un entrever difuso (luz espérame)
esa esperanza ahogada por la prisa.

Este ancho mar permite la clara voz na-
[cida,
la desplegada vela verde
ese batir de espumas a infinito
a la abierta envergadura de los dos brazos
[distantes.

¡Oh, horizonte de viento quieto, lejanía!
Sospechas de dos mariposas de virgen
aquí donde las ondas son kilómetros.

Una dulce cabeza, una flor de carbón na-
[vegan solas.
Sólo faltaria una pluma, una pluma cóm-
[puesta
hecha de dedos ciegos,
de abandonados ya propósitos de antayer
[distante.

Así, para tocarse, para comprobar la fren-
[te o el cuello
la carencia de sangre,
ese reflejo verde parado por las venas
mientras cercados por la densa ojera
están hundidos dos besos morados.

La flor en el agua no es un gemido.
No quemada, no ardida, boga callando
reservando su perfume implacable
para correr como loco por las arterias au-
[sentes.

La embriaguez de entonces, la belleza se-
[rena,
la voz naciente,
el mundo que adviene
abrázame mientras tanto
que al fin me entere yo cómo sabe una piel
[que sorprende.

Quién sabe si estas dos manos
dos montañas de pronto
podrán acariciar la minúscula pulpa
de ese dientecillo que sólo puede tocarse
[con la yema.

Si abandono mi mano sobre tu pecho,
oh, no mueras como un suspiro aplastado,
no disimules tu calidad de onda al fin
[opresa.

Pervive, oh, mía, aquí sobre la playa, aho-
[ra en fin que no vivo,
que puedo tenderme en forma de espuma
y bañar unos pies no presentes
para retirarme a mi seno donde extremos
[navegan

RADIO LETRAS

LA ESTACION QUE SE PERFECCIONA CADA DIA

Trasmisiones de 12 a 13.30 hrs. y de 20.45 a 23.30

Director Técnico: JUAN RAGGIO

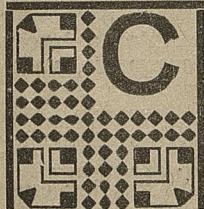
Speaker: LORENZO SOLIVELLES

Estudio: Edificio "La Nacion", 9.º Piso - Teléfono 65066 - Santiago



VIDA de Miguel Ángel

INICIAMOS HOY UNA SENCILLA VIDA DE MIGUEL ÁNGEL, EL ARTISTA DE OBRA IMPERECEDERA Y DE VIDA DESGARRADA, COMO CASI TODOS LOS GRANDES ARTISTAS. ESTA BIOGRAFIA ESTÁ SENCILLAMENTE ESCRITA, COMO TRAZADA PARA QUE LA LEAN LOS NIÑOS. EN POCAS, PERO BELLAS Y BIEN ARMONIZADAS PALABRAS, DEFINE LA VIDA DEL CLARO MIGUEL ÁNGEL.



CUANDO Leonardo de Vinci comenzaba a hacer luminosos los días del Renacimiento, el 6 de marzo de 1475 nacia Miguel Ángel Buonarotti. Tras él, cronológicamente, había de elevarse la figura

de Rafael.

En aquella primavera artística, estupenda, en aquel Risorgimento sin igual, parece que Italia, madre robusta, no se rendía de dar hijos perfectos. Leonardo de Vinci, Miguel Ángel y Rafael son tres soles que incendian una mañana de maravilla y de dicha que dura una centuria. El siglo XVI en pintura y escultura, el siglo XVIII en música, son dos arcos de triunfo bajo los cuales una legión de selectos y de fervorosos pasa aún, sobrecogida...

Difícil y aún pueril empeño fuera calificar con el justo encomio a estos hombres cuya pasmosa labor abrió, como un arado, un surco de asombro en la humanidad. La palabra, que tiene música noble y cordial, no sabe caer de rodillas. Todos los objetivos han caminado gozosos hacia tan sublimes artistas y mustios

regresaron todos... El arte contemporáneo no ha logrado superar al que estos hombres crearon.

Los artistas de antaño y los de hogañío siguen, con gallardía o con acierto, con reservas o exaltaciones, el claro, seguro camino que les dejaron trazado incommoviblemente...

"Miguel Ángel — ha escrito el ilustre historiador francés M. Paul Mantz — es el primero de los modernos. En su obra alternan dos sendas: la belleza de la forma y la emoción del corazón.

"Ciento es que tal emoción no es la de los grandes trágicos y los grandes elegíacos: es una especie de turbación solemne, un pensamiento severo, procedente del mundo que no se ve.

"De ahí que el espíritu tolere de mala gana que gloria tan pura haya sido celebrada fríamente. En este caso, la tibiaza equivale a la injuria. Un maestro como Miguel Ángel no debe ser amado a medias. Hay que adentrarse en su obra inmensa, con todo el afán de una inteligencia apasionada; es preciso, si puede ser, elevarse, llegar al nivel de este gigante.

"Sus creaciones, en las que todo se refleja y se ennoblecen, continúan siendo el

espectáculo austero que nos aupa de las realidades de la vida cotidiana. Nos dicen cuán grato es subir más alto de las cimas y aventurarse en el azul.

"Miguel Angel es un reconfortante, es el maestro de las lecciones viriles. Si alguna consideración nos inspirara la justicia, no tendríamos más que aclamaciones y gratitudes para el sublime obrero que, en la forma humana glorificada, ha hecho triunfar todas las grandes del espíritu..."

"Miguel Angel — dice Marcel Raymond — ha sido el cantor de la fuerza y del dolor. En la *Sixtina* ha expresado todo el ensueño de engrandecimiento del Papado, como en la tumba de los Médicis todas las desesperaciones de Italia.

"Su alma violenta y sensible era apta para ser el eco de los dramáticos acontecimientos de su época. Miguel Angel fue el Dante del siglo XVI."

Del nacimiento del genio tenemos, suscrita por su progenitor, Ludovico Leonardo, una curiosa referencia:

"Consigno que hoy, 6 de marzo de 1474, me ha nacido un hijo varón. Le he dado el nombre de Michelagnano. Ha nacido el lunes, entre cinco y seis, siendo yo Podestá de Caprese, y ha nacido en Caprese. Sus padrinos han sido los que abajo van nombrados, y le han bautizado el 8 en la iglesia de San Giovanni de Caprese."

Advirtamos que esta fecha del calendario florentino, corresponde con la del actual al citado 6 de marzo de 1475. Ludovico era entonces, como él menciona, Podestá de Caprese y de Chiusi, y contrajo matrimonio dos veces, la primera con Francesca di Neri di Miniato del Sera, madre que fué del escultor, y luego, una vez viudo, con Lucrecia Ubaldini.

Confío Ludovico la lactancia del peñuelo a una buena mujer, esposa de un trabajador de las canteras de Settignano, punto donde éstas, tan famosas como ricas, abundaban. Miguel Angel, al recordar, ya viejo, sus años de infancia, solía decir bromеando a Vasari, su discípulo, amigo y biógrafo:

— Jorge, si mi espíritu tiene algo de notable, a la virtud del aire de vuestro

país, Arezzo, lo debo, de la misma manera que a la leche que me amamantó debo los cinceles y útiles de que me valgo para ejecutar mis figuras.

Confiáronle más tarde a Francisco de Urbino para que le enseñase las primeras letras; pero el muchacho comenzó a mostrar tales inclinaciones por el dibujo, y tal desvío por la gramática, que, según se dice, el padre no sólo hubo de reprenderle con dureza, sino que hasta llegó a golpearle. Algo parecido de lo que acontecía a Beethoven — ese Miguel Angel de la música — cuando era niño...

A los trece años, y como el rapazuelo se obstinase en seguir dibujando — noble empeño en el que le auxilió su íntimo amigo de la infancia Francesco Cranacci, — el padre le llevó al estudio de los pintores Ghirlandajo. A la sazón, Domenico, uno de los hermanos, era el artista más prestigioso de la gran Florencia.

Según convenio suscrito entre el padre del escultor y los aludidos artistas, éstos debían abonar a Miguel Angel, durante los tres años estipulados para que el muchacho aprendiera a pintar y hacer lo que sus maestros le encargaran, veinticuatro florines de retribución, o sea, el primer año seis florines, el segundo ocho y el tercero diez, lo que en conjunto sumaba noventa y seis libras.

Miguel Angel no tardó en revelar cualidades excepcionales. Una vez, por aquella época, Domenico se hallaba encargado de pintar los frescos para la iglesia de Santa María la Nueva, de Florencia. Aprovechando la ausencia del maestro, cuenta Vasari — y lo confirman otros biógrafos — que pintó un grupo de discípulos, el andamiaje sobre el cual trabajaban y los utensilios de que se servían.

Cuando regresó Ghirlandajo, exclamó sin disimular su asombro:

— ¡Este chiquillo sabe más de estas cosas que su maestro!

Asegúrase que los triunfos del discípulo despertaron el ruin e insano sentimiento de la envidia en uno de sus condiscípulos, hijo de Domenico, y aún en éste mismo, lo que no parece comprobado.

Miguel Angel solía hacer blanco de sus burlas a otro camarada, violento y en-

PARA AFECIONES HEPÁTICAS
M. HE PARSALIN R.
A BASE DE SALES DE SODIO Y LITIO
LABORATORIO CHILE
SANTIAGO

PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

vidioso también, llamado Torrigiano. Un día sobrevino en el estudio una disputa entre ambos muchachos, más viva que las precedentes, y Torrigiano dió a Miguel Ángel un puñetazo o un martillazo en la nariz, dejándosela deformada para toda su brillante vida.

Del estudio del ilustre florentino, Miguel Ángel pasó al de Bertoldo, discípulo de Donatello, a cargo del cual corría la escuela de pintura y escultura establecida por Lorenzo de Médicis en los rientes y soleados jardines de San Marcos.

Miguel Ángel y su amigo y compañero Granacci tuvieron ocasión de encontrar en las alamedas de la familia de Torrigiano, que se dedicaba a hacer modelados en barro, varios pedazos de esculturas antiguas, y los muchachos se propusieron imitarlas.

Noticioso de tal cosa, Lorenzo de Médicis les alentó, satisfecho e ilusionado. Aquel monarca, que tantos y tan insignes pintores tenía en su patria, doliese de no contar con ningún escultor famoso.

Con pasmosa evidencia, pues, confió en el pequeñuelo Miguel Ángel, alentándole a que, entre sus charlas con Granacci, entre la rica y feraz vegetación del suelo toscano, a la sombra de los famosos jardines, prosiguiera sus trabajos escultóricos.

No tardó mucho tiempo el Médicis en encontrarse otra vez con el avispaido raptaz. Este, que hasta la fecha desconocía lo que era un cincel, le mostró una cabeza de fauno en mármol, que acababa de copiar, y a la que el tiempo, irrespetuoso y cruel, despojara de nariz y de boca. Pero Miguel Ángel, con su genial intuición, suplió la injuria del viejo Kronos, abriendo la boca del fauno y dotándola de su correspondiente dentadura.

Lorenzo el Magnífico contempló curiosa y detenidamente la obra torpe, ingenua, más en la que se advertía la huella, ese *quid divinum* del genio.

— Está muy bien, pequeño — comentó bondadosamente; — pero ¿no sabes que a los ancianos siempre suele faltarles algún diente?

Corrigió Miguel Ángel su descuido, rompiéndole uno y abriendo en la encia el agujero que le pareció correspondiente al alvéolo. El hecho le valió las simpatías del Médicis y su decidida y amistosa protección.

Por desgracia, cuatro años después fallecía el monarca, viéndose el artista en otras condiciones para triunfar. Durante aquel tiempo esculpió varios bajorrelieves y la máscara del Sátiro riendo en las que apunta su famosa terribilidad, su garra enorme y leonina.

Cuando la expulsión de los Médicis, se fugó a Bolonia (1494). Regresó a Florencia y dedicóse al estudio de la anatomía, deseoso de adquirir en la escultura la estupenda maestría que tanta fama había de darle.

Aquella fué una de las pasiones más arraigadas en hombre tan estudioso que, consagrado a su arte, hurao y misántropo, se enamoró castamente, ya en plena senectud. Pero Miguel Ángel, como todos los grandes ingenios, sabía dar fruto y flores a un tiempo.

Durante más de dos lustros se dedicó a estudiar anatomía, hasta que el hedor de los cadáveres puso en peligro su salud y estropeó su estómago. Luego buscó el modelo vivo, más indispensable, más atractivo, más "elecuente" que el músculo muerto.

En Roma compuso su famoso grupo *La Pietá*, empezado cuando Savonarola predicaba ardorosamente en Florencia; Miguel Ángel tardó dos años en ejecutar esta admirable obra.

Por cierto que *La Pietá* es, según Vasari, la única obra que firmó el gran artista.

Un día entró Miguel Ángel en la capilla de la Vergine-María-della-Fabre, donde habían colocado su admirable grupo, y vió que varios milaneses la examinaban con tanta atención como embeleso.

Habiendo preguntado uno de ellos quién era el autor de aquella obra genial, contestóle otro: — Gobbo de Milán, nuestro paisano.

Miguel Ángel guardó silencio, aunque le mortificó grandemente lo que acababa de oír, y por la noche se introdujo en la capilla y grabó en la escultura — para que ningún milanés ni ningún humano se equivocase — las siguientes palabras:

**Michael angelus Buonarotus
Floren faciebat**

En 1504 el genio sacó de un bloque de mármol su colossal David, colocado frente

**EXTENIMIENTO, FLATULENCIA
ACIDES EN EL ESTOMAGO
HIDROMAGNESIA
LA MEJOR DE LAS LECHES DE MAGNESIA
ES UN. OXIDO HIDRATADO DE MAGNESIA
LABORATORIO CHILE
SANTIAGO**

OFICINA TAK

MONEY EXCHANGE

Casilla 1295 — Teléfono 64372
Edif. Banco Anglo, 4.o Piso - Of. 10

al palacio de la Señoría, en la ciudad del Dante, y trasladado después a la Academia de Bellas Artes, donde se encuentra en la actualidad.

David consolidó el prestigio del escultor, arquitecto y poeta, proporcionándole infinidad de encargos. El gonfalonero Pier Soderini le encargó otro David en bronce, véase por qué pintorescas razones:

En cierta ocasión, contemplando en presencia del escultor la colossal estatua aludida, Soderini le indicó que, a su parecer, la nariz del héroe bíblico era excesivamente grande.

Tan necio como el gonfalonero era impulsivo y sagaz el florentino. Observando este que el crítico contemplaba su obra desde el pedestal hacia lo alto, lo cual daba la medida de su competencia, Miguel subió al andamio, cogió un cincel y arrojó a tierra un puñado de mármol pulverizado, sobre la cabeza del gonfalonero simulando que corrégia el defecto apuntado por éste. Con lo cual, Miguel Angel recibió sus felicitaciones, amén de cuatrocientos escudos...

De tal modo admiraba al escultor y pintor, que le encargó un gran tapiz para adornar la Sala del Consejo del Palacio de la Señoría. Leonardo de Vinci tenía que cumplir idéntica tarea, y ambos artistas, por disparidad de temperamento, anciano el uno y glorioso, joven y afamado el otro, se profesaban una antipatía mutua que se exteriorizó en varias ocasiones. Leonardo comenzó para el gonfalonero un cartón titulado **La batalla de Anghiari**; Miguel Angel pintó el suyo inspirado en **La batalla de Cascine**.

Desgraciadamente se han perdido dichas obras, que promovieron entonces acaloradas disputas entre los partidarios de ambos colosos.

De 1501 a 1505, Buonarotti pintó la Sagrada familia por encargo de Agnolo Doni, actualmente en la Galería de los oficios, la Virgen de Brujas y otras obras de gran interés.

El Papa Julio II, a cuyos oídos llegó la nombradía del escultor, llamóle a Roma, encargándole, meses después, la construcción de su tumba.

Julio II, de imaginación tan robusta como la de Miguel Angel, le habló con entusiasmo de aquel monumento, verdaderamente enorme, magnífico, colosal, lleno de estatuas, motivos decorativos y mil figuras de emblemas alegóricos.

Miguel Angel recibió a cuenta mil escudos y se marchó a las montañas de Carrara, donde pasó con 2 amigos 8 meses seleccionando bloques de mármol para la gigantesca construcción, que había de terminar, tras no pocos incidentes, cuarenta años después.

Los bloques transportados a la plaza de San Pedro, formaban una montaña imponente. El Papa y el escultor divagaron llenos de entusiasmo acerca de tal mausoleo, y hasta desde el Vaticano a las habitaciones de Miguel Angel se tendió una especie de puente o corredor secreto, para uso exclusivo de Julio II.

Pero el temperamento de éste era tan fogoso como el del artista, lo que dió origen a largos gustos innumeros que la brevedad del presente estudio no permite detallar.

El caso es que, conociendo la movilidad imaginativa del Papa, y envidioso del cariño y protección que éste dispensaba a Miguel Angel, Bramante (1444-1514), de acuerdo con Rafael, le convenció de que era de mal agüero construirse la tumba estando vivo. Julio II abandonó, pues, su primitivo proyecto y dispuso que se reedificara San Pedro, contrariando, aunque indirectamente, al escultor.

Entretanto los bloques de mármol continuaban llegando a Roma y amontonándose en la Plaza. Miguel Angel pidió dinero para abonar los gastos de porte, aunque sin lograrlo. El Papa hallábase ocupado siempre y no lo recibía.

En cierta ocasión, encontrándose sin fondos, Miguel Angel fué a ver a Julio II, pero un criado se lo impidió, alegando que tenía órdenes de su señor de no dejarle pasar. Entonces el escultor, siempre tan impulsivo como el mago de las Nueve Sinfonías, exclamó iracundo: — "Dí al Papa cuando me necesite, que me he marchado a otra parte."

(Continuará)

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

PENSION de VEJEZ

Muchos años pasaron antes que alguien se preocupara de un modo especial de la suerte que corren millares de seres que—precisamente cuando les corresponde un justo descanso, como fruto del esfuerzo y el trabajo de toda una vida—se debaten en la miseria y en la penumbra del olvido.

Hombres y mujeres derraman en la juventud sus energías y su dinero, olvidándose que la vejez ha de llegar con su cortejo de calamidades.

Pero una Sociedad de PREVISION—con legítimo orgullo exhibe sus 25 años de existencia.—Obtuvo entre otras enmiendas a sus Estatutos Sociales el AUMENTO DEL CINCUENTA POR CIENTO sobre la renta corriente a TODO pensionado que tenga 60 años o más de edad, beneficio del que están empezando a disfrutar más de 100 asociados de

La Cooperativa Vitalicia

Sociedad de Renta, fundada en Valparaíso en 1907.

52,000 suscriptores han ingresado en sus registros desde su fundación, entre los cuales más de 5,000 pensionados han recibido hasta la fecha alrededor de DIEZ MILLONES DE PESOS EN RENTAS.

Una pequeña cantidad mensual economizada, de acuerdo con sus medios y deseos, le dará derecho, después de 10 años de pago,

Y una renta para toda la vida

Consúltenos, pida folletos e instrucciones, sin compromiso, en nuestras oficinas, que tendrán sumo agrado en atenderlo.

VALPARAISO

O'Higgins 1281

Teléf. 2347. Casilla 1627

AGENCIAS

locales en todo

el país

SANTIAGO

Agustinas 1460

Teléf. 84748. Casilla 1703

EPIFANIO ARANCIBIA MOLINA, Agente General, Santiago.

Sintonice siempre nuestra

RADIO DIFUSORA COOP. VITALICIA

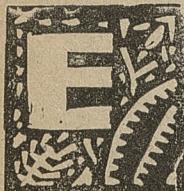
HORAS DE TRASMISION:

En la mañana de 10 a 12 - Tarde de 2 a 5 P. M. - Noche de 9.30 a 11.30

TELEFONO 63893

UNA CACERIA DE BUFALOS

(Traducción especial para "Lecturas", por Albert Bosmuth).



Llano salvaje se extiende bajo el sol pesado. Ningún movimiento recorre la superficie dorada de los pastales crecidos, nada se mueve. Una suave tranquilidad envuelve este rincón del mundo. Bajo la sombra de los árboles cuyas raíces ondulan y se entierran en un barro esponjoso, nosotros esperamos. A algunos pasos, las piraguas alargan sus extremidades obscuras, semejantes a hocicos de monstruos. Los costados brillan, húmedos. En la parte trasera de una de ellas, sobre los juncos que tapizan el fondo, una masa oscura se ha filtrado. Entre las cañas, rotas por los ramos y las picanas, el agua se adormece, pesada y sin reflejos.

Esta llanura es un rasgo. Después de la estación lluviosa, el sol desaparece. Durante varios meses, las "tifoceos", de un color verde pálido, segmentadas de anillos azulejos, están inundadas hasta la mitad, hasta más de un metro. En el horizonte rectilíneo dos pequeñas islas sobresalen.

Un sorprendente malestar nace en este país extraño. No solamente aparece la monotonía característica de los espacios uniformes. Una impresión de fuerza oscura se impone, sobrepasando el habitual exotismo, obtenido por la alianza clásica de los colores vivos. Las líneas son de una simplicidad violenta, el conjunto es brutal; de esta manera se podría imaginar un lugar de los tiempos pasados.

Al lado de las piraguas, algunos negros están sentados. Apenas hablan. Varios están mascando algunas plantas flexibles y viscosas cuya pulpa blanca se comen. Uno de ellos duerme, acostado; duerme a pesar de los rayos de sol que pasan a través de la arboleda y marcan su piel con líneas luminosas.

Buscamos búfalos. Esta noche se encontraban en la isla vecina. Al alba algunas embarcaciones partieron, dieron una vuelta habilosa, y en este momento

los cazadores deben prepararse para echar a correr los animales hacia nosotros. Hemos reconocido un canal accidentado y poco hondo, que viene a salir muy cerca, solamente a unos cien metros. A esta hora los búfalos están casi dormidos, echados bajo los matorrales. Alarmados de repente, tomarán sin duda por el canal que acostumbran a usar. Estaremos colocados aquí.

Bajo las ramas bajas e inmóviles, el calor es sofocante. Una evaporación húmeda cubre el pantano, los múltiples deshechos vegetales en descomposición emiten un olor rancio. Una pereza penosa me invade.

De repente, a lo lejos, sube un llamado de cuerno. Es un ruido apagado como una respiración contenida y vigorosa, sin embargo. Otros se hacen oír: la cacería ha principiado. En la inmensa llanura, hasta ahora silenciosa, los cuernos retumban de una manera extraña.

Los remeros, de pie, se preparan. Se inclinan y levantan lentamente la proa de las piraguas. Entonces las empujan y las lanzan sobre las aguas. Manejan sus picanas, las fijan, y los cuerpos se alargan; los músculos sobresalen sobre sus espaldas encorvadas. Bajo las proas oscuras, los cañaverales se inclinan y resuenan. De cada lado, otras pequeñas embarcaciones siguen. El apuro y el esfuerzo endurecen los rostros.

Hemos llegado al canal. Las voces de los cuernos se han acercado. Progresamos lentamente, llevados por el impulso. Las embarcaciones se ordenan y se alinean una al lado de la otra.

La reverberación cubre la superficie tranquila de las aguas, con numerosísimas manchas que chispean. En medio de

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.**

esta vegetación acuática reina una temperatura sofocante. Una transpiración tibia impregna la camisa caki. Los cuernos vibran aún y la intermitencia de sus quejidos amenazadores se agrega a la ansiedad del acecho. Los cazadores están a un cuarto de hora de camino. Cada uno escucha, atento.

Un chapoteo muy débil se distingue. El hombre, acurrucado en la embarcación, delante de mí, inclina su cráneo

gando. Van a surgir allí, donde el canal hace un recodo, a treinta metros de mí. No hay viento, la batida resulta. Con un gesto de preparación maquinal y perfectamente inútil, dirijo mi arma. Apunto hacia el estrecho corredor de juncos. El punto de mira hace línea con una flor de nenúfar. Este pequeño punto de plata, de una fría desnudez metálica, sugiere ideas de muerte. Bajo la carabina. Ahora el ruido que hacen en el fango los ani-



rosado. El ruido aumenta. Yo me doy vuelta. Con la mano los remeros indican el ángulo del canal y sus fisionomías expresivas acarician ya el éxito de la cacería. Con suma precaución abandonan las picanas y toman sus cuchillones. El chapoteo aumenta. Los animales están en el agua, pesados y numerosos. Vienen lle-

males se precisa. Los alientos se diferencian, aumentan, muy cercanos.

En el ángulo del canal se divisa ya el agua en movimiento. Yo apunto. Una cabeza se perfila. Dos cuernos negros coronan una frente horizontal. Un búfalo nada, el cuello tendido y el hocico a flor de agua. Sus orejas rayadas son enor-

mes y brillantes. Sus ancas sobresalen, salvajes y mojadas. Sorprendido, se detiene, y se asusta al ver este grupo de adversarios emboscados. Detrás de él se asoma otra cabeza. En seguida otra.

La detonación vibra. El animal se encabrita, sus patas delanteras baten el aire y se desploma. En una parte fangosa trata ahora de tomar pie. Durante un instante se para y sus ojos se enloquecen en una cara cubierta con un líquido viscoso y rojo. Entonces vuelve a caer. Sus movimientos convulsivos obstruyen el paso. La mancha de barro se obscurece con la sangre. Más allá, el tropel desesperado huye en el pantano. Mugidos asustados repercuten. Por todos lados, las cañas se doblan y se rompen secamente. Los remeros gritan. Un ruido espantoso reemplaza bruscamente al silencio de la espera.

El animal ha terminado de extremecerse y los demás se alejan. La bandada se ha dispersado. La caza ha terminado. Por otro lado, nuevas víctimas caerán en la masacre estúpida. El "boy" se mete al agua para ir a amarrar el animal muerto. Los demás lo imitan. Se sumergen hasta la cintura en el lecho brillante del canal cubierto de nenúfares y plantas raras. Dos embarcaciones van a seguirlos. De repente el "boy" lanza un grito.

Al lado del moribundo un búfalo se yergue. Ha salido de un macizo de juncos cuyas hojas delgadas aun tiemblan, y se ha detenido. Su lomo obscuro y macizo domina la superficie del canal. Es un macho incisimo. Con el cuello ligeramente doblado, tiende hacia nosotros su cabeza gruesa, cubierta de brillantes gotas de agua. Sus cuernos forman dos bandas anchas, cuyas puntas se encorvan temerarias. Sus ojos locos ven la presencia de sus enemigos. De sus narices dilatadas, en el fondo de las cuales se divisa su mucosa rosada, se escapa un gruñido sordo. No ha huído. Ha acudido al peligro. Pero ahora se mantiene aquí, rabioso e indeciso. Frente a estos cazadores numerosos, la prudencia es contraria a sus impulsos. Sacude su hocico, al raso del agua que se enturbia. Entonces, se lanza de repente hacia un lado.

Por segunda vez estalla una detonación. El golpe lo voltea. Lanza un rugido de dolor. Se revuelve cerca de los juncos, cuyas puntas saltan y se doblan. Entonces, mediante un esfuerzo, se endereza. Se muestra todo ensangrentado. Sobre su

faz manchada, los ojos arden de rabia y sufrimiento. Su terror ha desaparecido. Furioso se abalanza sobre la embarcación. Los negros aullan y blanden sus cuillones. La culata de la carabina juega, viene y se cierra de nuevo. En medio de un remolino, el animal se precipita. Su lomo herido deja una huella rojiza. Pero la profundidad del pantano dificulta sus impulsos. A diez metros, con un fuerte estallido, la bala le pega en el cuello. Salta, formidable, retrocede y cae. El fango salpica a su alrededor, una ola repentina ondula entre las cañas, y atraviesa la piñagua.

La masa desplomada apenas se mueve. Se oye un pequeño rugido, pero muere en el acto. El agua sucia vuelve a su tranquilidad. El cuerpo ya no se agita más. Los remeros gritan y se interpelan, libres ya de la emoción que han vivido.

Ha terminado esta corta tragedia y ya trato con el pensamiento de reconstruir las fases sucesivas de esos minutos.

Los búfalos son amarrados y volvemos hacia la isla. Los hombres van por el pantano, entre las cañas, y empujan las embarcaciones. Tropiezan continuamente y algunas veces se hunden de repente hasta los hombros. Detrás de este convoy extraño, algunos regularizan los movimientos de los cadáveres entre las cañas. Llegamos a la orilla del pantano. Parece que recién la habíamos dejado.

Los animales son colocados sobre el pasto verde de la orilla. La piel café del macho grande intensifica sus contornos musculosos y nerviosos. Es un "Bos Caffer". Los cuernos, muy lindos, gruesos en la base, manchados como cortezas antiguas, con sus puntas separadas, hacen que la cabeza muestre su potente brutalidad. Ya sus ojos están opacos. El hocico negro con reflejos de mármol descansa sobre el suelo. Las hojas acuáticas han lustrado su pelaje y sus miembros sobre salen, con una última agilidad. Ofrece un cuadro final de fuerza maravillosa ya extinguida.

PARTOUT.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO DOMINGO 1061 - SANTIAGO

LOS LIBROS

CIELOS DEL SUR. — Cuentos de Luis Durand. — Editorial Cultura.

Al escribir este comentario debo advertir, antes que nada, que estoy muy lejos de pretender sentar cátedra, o parecer siqueira, un crítico literario. Soy simplemente un admirador de Luis Durand que quiere fijar en estas líneas su admiración.

Hay quienes creen que el campo chileno, el ambiente del campo chileno y los personajes del campo chileno, no deben seguir siendo explotados, que cansan, que no poseen valor literario. Yo, por mi parte, prefiero los ambientes exóticos. Me gustan por el prestigio de su mismo exotismo, de su lejanía, de su calidad inalcanzable. Pero no reparo en ambientes ni en personajes, cuando se trata de juzgar una obra. Para mí, los "Cielos del Sur" de Durand son los auténticos cielos que he conocido. La mejor expresión sintética sobre la literatura de este escritor, me parece que es una frase que le he escuchado a Roberto Meza Fuentes: "Es el único novelista que transmite directamente la sensación del campo". Directamente, eso es. No necesitamos de una descripción horrorosa, insopportable, de aquellas que uno forzosamente se salta en la lectura, para reconocer en lo que pinta Luis Durand, nuestro campo, una pincelada y basta: "CAIA LA TARDE. EL VIENTO HELADO TRAJO DESDE LA MONTAÑA EL BRAMIDO DE UN VACUNO, ARRIBA SE HABIAN AMONTONADO ALGUNAS NUBES, BAJO LAS CUALES PASO UNA INTERMINABLE BANDADA DE CHORROYES CHILLANDO BULLICIOSAMENTE, LAS MONTANAS DE NIÉLOL ESTABAN ENVUELTAS EN UN CIENDAL CELESTE, QUE DESPUES COMENZO, DESDEABAJO, A TORNARSE INTENSAMENTE AZUL OSCURO." Ese, es indudablemente, el campo chileno, la montaña chilena, que Durand conoce demasiado bien y donde, por lo general, ubica sus relatos. Aquí no hay la descripción fatigosa; hay cuatro palabras que lo hacen a uno sentirse en pleno campo, hay unas nubes que le interrumpen la visión, hay un cielo que oscurece el paisaje en que el lec-

tor se encuentra REALMENTE.

Y luego los personajes de Durand, tan sin complicaciones, tan sencillos, como el propio autor! Sólo guardan en su interior, las pasiones primitivas, elementales, de todos los seres humanos! No hay tipos refinados, no hay tipos complicados. Son simplemente seres naturales, en cuyas almas cruce el drama, sin que siquiera se den cuenta. Hay una mujer, Otilia Steiner, que ya revienta de sexualidad, por cada uno de cuyos poros se arranca la llamada al macho, que no llega. Hay su corazón, que empieza a dejarse arrastrar por la pasión de un hombre tímido. Y hay esa misma timidez que aleja, contra su voluntad, el amor nacido en los primeros contactos.

Gente ruda, elemental, sencilla, como es el mismo autor, es-
te Luis Durand que todos cono-
cemos, a quien queremos con la
confianza que sólo puede entre-
garse a los seres puros y sim-
ples.

Aparte de la novela que le da nombre, "Cielos del Sur", con-

tiene algunos cuentos de extra-
ordinario interés. No es raro.
Todos sabemos que en el géne-
ro del cuento, Durand ha alcan-
zado maestría, que un cuento suyo es un CUENTO, en esta época en que cualquiera se siente apto para hilvanar un cuento. Un cuento, como quien dice una tontería sin importancia. Un cuento, algo mucho más difícil de hacer que una novela, como decía don Carlos Silva Vildósola, hace algún tiempo, en un artículo que el autor de estas líneas debe recordar con particular emoción. Desde luego, hay que mencionar "La última noche", en el que Durand ha abordado un tema poco ex-
plotado: la lucha de dos épocas: el "victoria" silencioso y humilde y el automóvil, henchido de satisfacción y de la insolencia de los recién venidos. Un relato emocionante, espléndidamente construido y con un final que, de trágico, resulta un poco tru-
culento.

Y más allá, en el libro, esos "Ojos azules", esa epopeya de la oscura vida humilde, esa "Tra-

Crisis económica Crisis de nervios

La segunda agrava la primera.
Pero contra la crisis de los nervios
hay, por fortuna, un remedio:
tabletas de Adalina.
El producto de actualidad de
la casa Bayer. Dan calma y
confianza, ayudando así a vencer
también la crisis económica.

Adalina: M. R. — Base: Bromodistilacetileurea.

guedia sentimental", esa "Noche campesina", ese "Amor desconocido". ¿Para qué seguir enumerando? Todos los cuentos son hermosos, emocionantes, humildotes, parecidos a su autor.

Después de todo lo que he dicho, no creo haber dicho nada que agregue algo al prestigio justamente ganado por Durand. Es un escritor. Es un escritor de raza, de sangre, que empezó a escribir a los 30 años, como otros empiezan a los 18. Pero que no tiene, como estos últimos, pecados de juventud de que arrepentirse. No tiene balbuceos, vacilaciones, caídas y recaidas. Empezó por un camino y si-

gue firmemente por ese camino, tranquilo, seguro, confiado, consciente. Y modesto, por otra parte. Creyendo que escribe insignificancias, escribe cuentos y novelas que no se apagaran, cuya calidad durará mucho más de lo que cualquiera se figura.

Lo único que desentonan en este bello libro, no se debe afortunadamente, a la pluma de Durand: es el prólogo, un prólogo combativo, insolente, con muchas alusiones personales, con muchas observaciones molestas, que ha escrito para "Cielos del Sur", el poeta Arturo Torres Rioseco.

L. E. D.

PUEBLO CHICO, — Por Manuel J. Ortiz. — Emp. Letras. Colecc. Autores Chilenos.

Ocurre una cosa bien curiosa, con este libro. Hay una serie de sucesos que pasan en él, que son ostensiblemente irreales, y no obstante esta impresión, interesan vivamente, y nos hacen sonreír dulcemente por el acierto picaresco con que están pintados algunos tipos aldeanos, así como también hace sufrir de veras la tragedia amorosa de ese joven cura de Villabaja. Y decimos esto porque cuesta creer que un cura sea muy amigo de un comunista, a menos que uno los imagine viviendo en una isla solitaria, donde forzosamente ambos se necesitarían. Mas, por las cosas que se ven en los tiempos que corremos, ésta sería una extraña excepción a la regla, que tal vez pudo ocurrir en Villabaja, porque el joven profesor no era comunista de veras, o porque el pobre curita ese, estaba por volverse loco. También le cuesta al lector convencarse del maquiavélico con que proceden los partidarios del señor Alcalde para vengarse de aquellos personajes que dentro del relato se llevan todas nuestras simpatías. Y, sin embargo, hay no sé qué escondido y sutil encanto entre las páginas de este libro, que nos hace leerlo con agrado y hasta con deleite.

El relato transcurre liviano, juguetón, puerilmente inocente a ratos. Podría servir como texto de lectura a los niños de un seminario. Son unas cartas muy bien hechas en las que un cura de aldea le cuenta a un amigo—otro cura,—su vida y los sentimientos que la agitan. Pero llega la quinta carta y el sacerdote de marras, después de un largo silencio, le escribe en forma bien distinta por cierto de las anteriores. En ella le cuenta a su amigo, en términos encrespados de pasión, los extremos a donde ha ido a parar su admiración respetuosa por una niña graciosa y buena, que pretende ingenuamente curar en su espíritu, aquello que se retuerce ardiente por todas las fibras de su ser.

El final es trágico, tal vez en forma desproporcionada para un pueblo tan chico... Empero hemos leído el libro de un tirón, y su lectura nos deja satisfechos. Se nos figura que el señor Ortiz debe ser muy bondadoso. Sus personajes que encarnan el mal, no convencen y los que representan,

A black and white advertisement for Astra oil. On the left, a man in a suit and a woman in a dress are shown in a romantic pose. In the center, there is a large box of Astra oil. The text reads:

Astra MR
de Aceites de
PALMA Y OLIVA Lejísimos
FABRICADO POR LA
CIA. INDUSTRIAL SANTIAGO
CARRASCAL 3353 TELEF 82379. CAS. 757.
VALDARAI SO CONCEPCION
FABRICANTES de ACEITES VEGETALES

**NO DARTE LA CARA
NI LAS MANOS.**

el bien; son demasiados buenos. Si los profesores comunistas tuvieran siempre un alma tan sensible, un concepto tan claro, tierno y respetuoso, de sus deberes ante el alma de un niño, como ese de Villabaja, ¡qué importaría que todos los maestros fueran comunistas en este país! — LUIS DURAND.

CIENCIA DE LA PALOMA Y TREBOL. — Poemas, por José Varallanos.

Paul Valery ha dicho que el problema de la libertad en el arte es problema de disciplina. En seguida exclama: "Paradoja dramática". ¿Paradoja? Creemos que no, pues nos parece imposible concebir la libertad sin disciplina (1), ya que ésta ha sido una consecuencia impresaria de aquélla, una consecuencia y ahora elemento paralelo y convergente.

Nadie desconoce que el concepto de libertad es anterior al de disciplina, que, sin aquél, no es posible éste, y que si la disciplina ha nacido de la libertad, es porque ésta necesita de aquélla como la rama necesita del árbol y como éste de la rama, para cumplir en totalidad su destino.

Paradoja, no; dramática, sí. Lucha dramática más bien, pero no por conciliar una antinomia aparente, sino por alcanzar dos

facultades necesarias para dirigir el temperamento, la sensibilidad, la potencia creadora: libertad y disciplina.

José Varallanos es poseedor de ambas facultades que, según Apollinaire, son también la característica del espíritu nuevo, como lo manifestaba en un ensayo sobre éste y los poetas, al decir que el espíritu nuevo reclamaba ante todo la disciplina y la libertad. Esta libertad y esta disciplina, que se confunden en el espíritu nuevo, constituyen su característica y su fuerza, terminaba.

En esta CIENCIA DE LA PALOMA Y TREBOL (2), existe, palpablemente, esa característica señalada por Apollinaire, apareciendo en ella, perfilada con firmeza y nitidez, una disciplina íntima y una tranquila libertad expresiva, dualidad difícil de encontrar en la lírica de estos años, tan desorientada como titubeante. Es por eso una alegría la constatación de la existencia de un hombre, de un poeta, para ser precisos, que posee esas cualidades esencialmente convergentes en la obra de arte: disciplina, libertad.

Para José Varallanos esto es una verdadera conquista, porque ambas cualidades estaban ausentes de su obra primigenia; conquista, desde luego, que lo ha significado, quitándole esa exuberancia dañina. Haciéndose muy persistente a través de EL HOMBRE

BRE QUE ASESINO SU ESPERANZA — y que le señalamos en su oportunidad como uno de sus grandes defectos; pero, confiando, al mismo tiempo, en el temperamento de Varallanos y sabiéndolo suficientemente poderoso y capacitado para desplazar de su órbita, al correr de los años, toda frondosidad, como lo ha conseguido en su CIENCIA DE LA PALOMA Y TREBOL.

Llama la atención en el último libro del poeta peruano — fuera de la diferencia ya apuntada — el contraste que presenta con su obra primeriza. Esta que, además de evidenciar el estado de formación de un poeta, acusaba la presencia de una personalidad en busca del cauce necesario para desenvolverse en totalidad, no hacía predecir que éste fuera el ahora encontrado por Varallanos, pues existe una desconexión manifiesta, demasiado fácil de advertir, entre CIENCIA DE LA PALOMA Y TREBOL y EL HOMBRE DEL ANDE QUE ASESINO SU ESPERANZA. Esta obra tenía un robusto sabor vernáculo y andino más bien, indigenista — modalidad muy explotada en el Perú y llegada a su resultado más artístico en Alejandro Peralta, — y estaba saturada de una fuerte emoción que, a menudo, desbordábaise en gemidos hondos, en gritos vigorosos, apareciendo también, de vez en cuando, un sentido popular de la poesía. En cuanto al vehículo expresivo, usaba entonces José Varallanos un lenguaje extenso, sonoro, en versos de fatigadora amplitud.

(1) La libertad como concepto social no nos interesa, porque es una falacia demagógica.

(2) Editorial. Hidalgo, Lima, Perú.

LOS MEJORES CAFÉES QUE SE IMPORTAN

AL PAÍS SE TRAEN PARA

"TRES MONTES"



CADA TAZA
UNA DELICIA

CLASIFICADOS, TOSTADOS Y DISTRIBUIDOS
DIRECTAMENTE AL CONSUMIDOR POR LOS

Depósitos "TRES MONTES"

En su último libro todo esto ha desaparecido. Hoy día Varallanos emplea un verso breve, pero intensamente cargado de emoción:

Doy sueño a los ojos.

Late el mar en mapas.

Luna, luna en tu ropero,
amanecer en tus manjares.

Bien crecido gozo.

Mi dedo manufactura
música para su oído.

Casi tamaño del silencio
alegría de mi pertenencia.

Verso breve, ascético, sin nin-

gún elemento accesorio, sin ningún nuevo recurso retórico para alcanzar su expresión poética, para concretar su sentido lírico, admirable de transparencia. Bien puede decirse de este verso, de esta poesía de José Varallanos, que es una poesía de sobriedades, de contención, pues en ella se usan las palabras matemáticamente exactas y necesarias, rehusando las que puedan transmutar el sentido auténtico, por no hacer concesiones a lo decorativo, a la riqueza exterior, al adorno. Ni siquiera encontramos novedad técnica, suponiendo la existencia de una técnica poética como un conjunto de reglas más o menos elásticas—ahí radicaría su novedad,—pero de uso colectivo. Varallanos ha sabido ir más

allá de esa novedad técnica, también de los artificios tipográficos que, al decir de Apollinaire, tienen la ventaja de hacer nacer un lirismo visual que era desconocido antes de nuestra época, pero que por la ausencia de raigambre vital, agregamos nosotros, nunca ha tenido importancia. Mas, si la técnica la formulamos como la manera personal de decir, José Varallanos la posee. Y ahí está, precisamente, el eje de su novedad.

Otro aspecto digno de hacer resaltar en CIENCIA DE LA PALOMA Y TREBOL es su coherencia, su unidad, resultado consecuente del dominio por Varallanos de las facultades apuntadas al principio de este comentario. Se ve la misma mano experta conduciendo los hilos interiores de esta fina red de poemas. Nada discordante, nada inarmónico se entrelaza en su tejido, ni ningún elemento extraño enturbia su ponderada claridad:

Soy el hombre claro
que canta en madrugada,

dice el mismo Varallanos, con mucha exactitud, pues su poesía tiene la diafanidad suave y la frescura de la amanecida. Sólo de vez en cuando, muy raramente, estos poemas se amenizan o devienen en "nueva vulgaridad". Pero esto es aislado y nada le restan a la inmejorable sensación de conjunto. Ahora, esa intimidad tan conseguida y depurada, esa emoción tan sabiamente contenida y dirigida para dar el efecto preciso:

Y quenas de niños dulces
apagan sollozos, olvidos.

Silba el viento colegial
y araví de los días queridos.

Y, además, esa interpretación tan viva y apartada de las cosas, esa mirada tan penetrante para explorar lo que éstas y el mundo ocultan, que bien podría repetir este poeta, haciéndolo suyo aquel verso de Arturo Rimbaud:

Et je vi quelque fois se que
(l'homme a cru voir

Para terminar, diremos que esta CIENCIA DE LA PALOMA Y TREBOL es uno de los mejores libros líricos publicados en los dos últimos años a lo largo del litoral sudamericano del Pacífico.

ARTURO TRONCOSO



Manos Blancas

DE FINISIMA TEZ DE ARIS,
TOCRATICA TERSURA, SE LO-
GRAN SOMETIENDOLAS A UN
BUEN MASAJE CON

Cera Mercolizada

DURANTE DIEZ MINUTOS,
ANTES DE ACOSTARSE,
RECUBRIENDOLAS DESPUES
CON UN PAR DE GUANTES
VIEJOS.

LA CERA SE RETIRA POR LA
MANANA, AL LEVANTARSE.



M. R.

En venta en todas las buenas
farmacias, en tres tamaños:

Grande... \$ 10.-
Medianas... 8.-
«Cartera»... 3.-

EL JARDIN DEL AMOR,
por Alberto M. Candiotti

Con una amable dedicatoria, el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Argentina en Yugoslavia, nos manda su último libro. Este es "El jardín del amor", vida de un joven emir damasceno del siglo VI de la égira, como reza el subtítulo.

Es una espléndida edición, un voluminoso libro impreso en Buenos Aires que, por su elegancia y corrección, por sus tintas y su calidad, parece más bien impreso en Berlín o París.

A juzgar por la introducción, no se trata aquí de una mera historia imaginativa. Aquí hay más. Hay la auténtica y extraordinaria historia (todas las historias orientales son hermosas), de un joven emir, relatada al autor —el diplomático argentino— por el anciano mufti de Beirut, Omar Caon Teirit Abd Ali, hombre de trato franco y amable, como dice Candiotti.

El libro en sí mismo no podemos comentarlo. Sería una mala acción, puesto que apenas hemos logrado hojearlo (su extensión es extrema). Lo que hemos visto, sin embargo, nos autoriza para asegurar que se trata de una historia de extraordinario interés, correctísimamente escrita.

P.

En torno al "BYRON", de Maurois.

Del romanticismo hay que decir lo que de la sabiduría dijo quien pudo decirlo como nadie: "Edificó su casa, mató sus víctimas, templó su vino y puso su mesa." Las víctimas no se sentaron, naturalmente, a la mesa, ni habitaron la casa; sólo sirvieron para calentar las manos de los elegidos. En España si existió romanticismo en el siglo XIX, tuvo únicamente víctimas. Apenas si alguno de nuestros hombres pudo acercar sus manos a la hoguera para calentarse.

Asaco la poesía, y concretamente la poesía romántica, sea una cuestión de desigualdad, de temperatura. De continua fiebre espiritual. Una temperatura fuera y otra dentro. Se impone la huída eterna. Si se va hacia dentro, pronto llega el instante de no encontrar puertas. No cabe imaginar lo que haya tras los aposentos cerrados, porque no existen ya aposentos. Ni siquiera podemos entretenér nuestro delirio en forjar llaves y probarlas. Ni siquiera en descarnarnos los nudillos llamando.

Si se rompe hacia afuera, queriendo vestir al paisaje con un traje hecho por nosotros, nos encontramos con que siempre le viene grande.

Tal vez los pinos ingleses no sean distintos de los italianos o los griegos. Pero hemos caminado unos días; hemos pensado después de caminar que ya no llorará continuamente ni será el aire gris y en efecto, no llueve,

y el aire es transparente, y se ve la distancia.

El verdadero romántico a lo Byron seguía viendo en Italia el mismo cielo de Londres. La tierra—toda la tierra, la que anduve vivo y la que había de andar muerto—iba a ser, de todos modos, medida irregularmente por sus pasos. Si pensamos su cuerpo como una copa, y líquida su alma, cada paso era un agitarse del agua contra las paredes, un soberbio encresparse continuo.

Seguramente, si las piernas de Byron son perfectas, el romanticismo, la poesía de Inglaterra pierden uno de sus hombres; nosotros, la justa ocasión de este espléndido libro. El mismo cuento de la nariz de la Reina, sólo que más dramatizado, más en carne viva. Entonces Goethe hubiera vanamente buscado su antípoda; hubiera tenido que descargar su preocupación sobre otra tierra.

En este caso la anécdota de la pierna es la gran razón de toda la anécdota de su vida. Pero precisamente es en la razón de cada anécdota y no en la anécdota Razones que nacen de él y razones que le vienen a él.

Maurois va a Byron, sabiendo que antes se pilla a un embustero que a un cojo; sabiendo que este cojo es de los más difíciles de pillar. Hay que estar siempre en la penumbra contemplándole para que él no se dé cuenta de la contemplación. Hay que tener la

COMPRE Ud. SUS LIBROS EN LOS ESTABLECIMIENTOS MAS SURTIDOS DE LA CAPITAL

LIBRERIAS "CULTURA"

1165 HUERTANOS 1165 - CASILLA 4130 - 461 DELICIAS 463

Entre Bandera y Morandé Teléfonos 81291 y 87497 Al pie del Sta. Lucía

En ellos encuentra Ud. todos los libros que se publican en Chile

**EL MAS COMPLETO Y ESCOGIDO SURTIDO DE OBRAS LITERARIAS Y
CIENTÍFICAS EN EDICIONES IMPORTADAS**

Remite a provincias contra reembolso de correo y ferrocarril cargando gastos cualquier libro que se le solicite

liberad y la prisión de su sombra: estar siempre suelto para seguirlo como ella, invisible, ágil, sutil como ella misma. Todo esto a través de dos tomos, a través del viaje inacabado que es la propia vida de Byron. Bajo cién cielos y respirando cién aires. Tener en las manos pulmón y ojos, aire y cielo, y adivinar dónde llegaban uno y otro.

Pero, sobre todo, hay en el "Byron" una manifiesta intención de romper con lo que hasta ahora ha sido idea dominante de la vida amorosa del poeta. Don Juan accede soíamente a las solicitudes. Está lejos y tal vez sueña otras bien distintas. Ejerce un monopolio feroz sobre los amigos. La interpretación quizás sea exacta; la deducción, acaso exagerada.

Este libro nos muestra que no se ha ausentado el romanticismo y que es difícil—imposible—vivir en su ausencia. Los valores románticos son simplemente valores humanos revalorizados y puestos al aire y al sol por el milagro de una palabra. En el mundo siempre ha habido románti-

VIDA LITERARIA

CERVANTES EN CHECOESLOVAQUIA

Como se ha visto en la Exposición de Recuerdos españoles conservados en Checoeslovaquia, organizada en Madrid, Checoeslovaquia posee nada menos que nueve traducciones de "Don Quijote" en lengua checa y una en lengua eslovaca. A pesar de ello, la popularidad de la obra maestra de Cervantes es tal en aquel país, que recientemente ha sido publicada una nueva traducción (por la casa Melantrich), ilustrada con antiguos grabados de Manes y Purkyne; pero precisamente por estos grabados ha surgido una controversia con otro

cos, aunque el mundo no haya vivido siempre en el siglo XIX.

El mismo hecho de que nos interese más perdernos en la vida que en los poemas de Byron es bien manifiesto.

José A. MUÑOZ ROJAS.

editor, y el pleito ha tenido como consecuencia que una casa editora se haya decidido a publicar la undécima edición checa ilustrada con grabados de Dore.

La edición de la casa Melantrich ha sido hecha por el señor Wenceslao Cerny, quien ha escrito una bella introducción sobre Don Quijote, explicando el alcance de la obra desde el punto de vista histórico y haciendo un análisis profundo de ella desde el punto de vista literario y artístico.

Buen conocedor de la literatura de Cervantes, el señor Cerny explica por qué "Don Quijote" es una novela típica de su época, cuál es su originalidad artística y cómo se refleja en ella el alma nacional española. Considera "Don Quijote" como obra maestra del Renacimiento español, y a este respecto dice: "Heredencia secular de los españoles es su individualismo y la fuerza del sentimiento, por los cuales se considera el español diferente de

**Si Ud. viaja frecuentemente en un mismo
recorrido obtendrá una ECONOMIA
CONSIDERABLE adquiriendo un
LIBRETO EXFOLIADOR
PARA 20 VIAJES**

EL PLAZO DE VALIDEZ ES DE SEIS MESES

Rebaja de 25 % sobre los Pasajes Corrientes

Estos boletos son al portador y se venden para los siguientes recorridos:

Santiago-Valparaíso y viceversa
" Los Andes "
" Llay Llay "
" San Felipe "
" Papudo "
" Quillota "
" San Francisco "
" Rosario "

Santiago-Rengo y viceversa
" San Fernanno "
" Curicó "
" Molina "
" Talca "

A todas las estaciones del Ramal de Cartagena y viceversa y a varios otros.

las demás naciones, y estas mismas cualidades se han manifestado claramente en su espíritu conquistador."

Las figuras de San Ignacio de Loyola y Hernán Cortés proceden de la misma fuente moral. Pero del individualismo español procede también el anhelo típicamente hispano de conseguir inmortalidad personal y conservar constantemente su individualismo, y finalmente, la sed de lo que se llama el culto de la muerte. Este culto de la muerte se encuentra ya en las antiguas poesías españolas de Jorge Manrique y fray Luis de León y en los escritos de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. El mismo culto ha sido predicado en la antigüedad por Séneca, nacido en España, y se manifiesta en la obra maestra de Cervantes, según el autor expresa más detalladamente en su introducción.—

X.

MEDITACIONES

Literatura • Pedagogía

Filosofía • Ciencia

La revista del y para el profesorado

Director: Norberto Pinilla

Precio: \$ 1.50

Suscripción anual \$ 12.-

Casilla 3375

Santiago de Chile

CIENCIA, ARTE, RELIGIÓN

Las tres conferencias que Chevalier ha entregado a la estampa en Grenoble, tratan de estos tres temas: Ciencia, Arte, Religión.

Se aparta el pensador francés del prejuicio laico que se empol-

va en la mente de tantos profesores. Para éstos un teólogo sigue siendo, como G. Truc advirtió, el más fabuloso de los seres.

La ciencia, se afirmaba ayer, aun incluye entre sus fines los religiosos. Eso ayer envejece aprisa y se cuartea de puro árido.

Ya Henri Poincaré declaró que la ciencia no nos da a conocer la "naturaleza de las cosas", ya que no ilumina más que "una parte del hombre". Rinde, sí, servicios inestimables al pensamiento.

Ha investigado escrupulosamente en lo infinitamente pequeño y en lo infinitamente grande. Ha sabido transformar, meditando sobre la energía, la concepción de la materia. Pesa, mide, establece fórmulas con rigor irreprochable. Se sitúa, empero, en la superficie de las cosas, de las que no descubre ni la esencia ni el sentido. Descubre la economía íntima de los objetos y los recomponen después por la síntesis. Nada averigua, en cambio, sobre la finalidad de las fuerzas que los ordenan. Estudia el ser, ignora la razón de ser. No sale de lo sensible, considere las estrellas o considere en los átomos los electrones.

Chevalier alega testimonios recientes de tanta calidad como los de Eddington o Luis de Broglie. Es éste quien asegura que la física no puede predecir más que "los acontecimientos posibles y sus posibilidades relativas". Así es; pero, además, como dice aquél quien más profundamente ha meditado estas cosas, la ciencia no nos consuela de haber nacido, ni nos da finalidades, o sea, misión que cumplir después de la muerte.

En suma: la ciencia no es trascendente. La religión, sí.—P.

ATENEO DE ILLAPEL.

Afortunadamente sobrevive en provincias, ese espíritu de camaradería entre la gente de cabro y sensibilidad despiertos, que en nosotros está totalmente extinguido. Por ejemplo: en Illapel, los jóvenes escritores se reúnen y fundan un Ateneo. Ateneo, palabra que a nosotros nos inspira desconfianza, por lo que ella significa de manada, de

adocenamiento. Pero en provincias, la cultura anda por las nubes y los jóvenes — dos jóvenes principalmente: Hugo Pozo y Rodríguez — se han encargado de bajarla a tierra, de difundirla, de distribuirla. A las reuniones, en que se leen trabajos que no caben en los diarios — por la índole y el espacio — se suceden veladas. Allí van los jóvenes poetas, meleña al viento, a decir sus versos. Allí se les enseña a las buenas gentes, a los buenos burgueses de Illapel, que hay algo que vive más allá del negocio, de la profesión, del escritorio: el espíritu. Se les enseña que el espíritu necesita también expandirse, volar, ir muy lejos, y que esta forma de hacerlo volar, es el arte, el arte en su sentido activo o en su sentido pasivo.

No importa que vuestra corporación se llame "Ateneo", poetas de Illapel. No importa. Lo grande es hacer esa labor, que vosotros podéis hacer, y para la cual nosotros, escritores de la ciudad, estamos imposibilitados, fatigados, vencidos...

PUBLICACIONES EN ESTADOS UNIDOS.

Se ha publicado una extensa biografía de Bernard Shaw, escrita por Frank Harris. El principal atractivo de la obra estriba en que se utiliza una documentación íntima y valiosa que revela muchos detalles desconocidos de la vida del famoso dramaturgo irlandés. Por otra parte, aunque el propio Bernard Shaw ha revisado esta biografía suya, añadiéndole un postscriptum, no es tratado en ella con muchos miramientos, ya que Frank Harris no recataba nunca su juicio adverso en muchos casos a la vida y la obra de Shaw.

—Alexander Kaun ha publicado una biografía de Máximo Gorki en la que estudia con gran detalle la vida del gran novelista ruso y el ambiente en que su genio fructificó.

—El escritor revolucionario Max Eastman publica un nuevo libro: "The literary mind" ("El espíritu literario"), en el que se hace una dura crítica de la literatura contemporánea.

**PISOS RELUCIENTES
CERA "PRESERVOL"**
CIA. CONSUMIDORES DE GAS.
STO. DOMINGO 1061 - SANTIAGO.

CARTAS LITERARIAS

"Arequipa, (Perú), a 15 de Junio de 1933.
Señor don Roberto Meza Fuentes.—Santiago.

Muy distinguido amigo y gran poeta:

Le agradezco mucho el obsequio de su bello libro de poemas "PALABRAS DE AMOR". Hacía mucho tiempo que no llegaban versos suyos a mis manos. Por eso me he regalado hondamente con este su libro de sutilezas líricas tan bien expresadas.

En la poesía chilena, americana mejor, usted ocupa un puesto importante entre esos grandes líricos que arrancan de Rubén Darío y concluyen en Gabriela Mis-

tral. Su pasión por la música a medio tono y por la forma del verso, son indicio seguro de que está usted entroncado con la verdadera tradición poética de nuestra raza. Siendo además de eso, un poeta de exquisita sensibilidad, que se traduce íntegro en las musitaciones otoñales de la BALADA DEL AMOR DOLIENTE.

El amor, tema primordial de sus poemas, — aunque viejo tema, — es en su verso como ese valo que se eleva de los manantiales con los primeros rayos del sol. No es la nota plañidera del que expresa deseos reprimidos ni

tampoco la soflama inverecunda de una sensualidad atormentada y repugnante; es sobre todo pudor emocional y un anhelo infinito de lo inexpresable. Por eso le sale ese gadeo de verso:

"Si yo dijera que te amo
so rompería mi vida."

Muchas cosas se me han ocurrido leyendo sus PALABRAS DE AMOR; pero, desgraciadamente, mis demasiadas ocupaciones no me permiten expresárselas. Si usted tuviera la amabilidad de remitirme su obra completa, me daría tiempo para dedicarle un estudio mucho más amplio.

Muy atentamente. — CESAR A. RODRIGUEZ".

Nuevos Textos de Estudio

CIENCIAS:

QUÍMICA GENERAL, por el profesor Horacio Riffó. Tomo I, Metaloides. Correspondiente al IV año de humanidades y parte del V. Tomo II, Metales, para cumplir con el programa de V y VI años. Obra en que se atiende tanto a la parte puramente científica como a la técnica del ramo.—TOMO I, \$ 6. TOMO II, \$ 4.50.

HISTORIA:

HISTORIA DE CHILE, por Domingo Arriagátegui Solar (2 tomos). El I abarca de la época pre-colombiana hasta la formación de la República, y corresponde a los estudios del V año de humanidades. El II ya presentando con más y más detalle los anales del país a medida que se acerca al presente, y contiene el primer relato inspirado en la equanimidad histórica de los sucesos que culminaron en la elección del Presidente Alessandri. Cada Tomo \$ 6.—

HISTORIA GENERAL, por Francisco Frías. Según el nuevo programa del IV año de humanidades. Estudia la prehistoria, la antigüedad, la Edad Media y la época precolombiana en América. Con mapas y grabados.—EL EJEMPLAR, \$ 8.50.

HISTORIA DE AMÉRICA (compendio escolar). Esta segunda edición de la obra de J. C. Zorrilla de San Martín está indicada para la enseñanza en las escuelas superiores y cursos de humanidades. Contiene abundantes láminas. Precio \$ 10.—

IMÁGENES DE CHILE, por Félix Cruz y Picón-Salas. Una valiosa ayuda en la enseñanza de la historia patria. El Chile viejo visto por ilustres viajeros. Costumbres desaparecidas, la vida religiosa, económica y política de antaño.—\$ 10.

LENGUA CASTELLANA:

LA PUNTUACIÓN EN DOCE LECCIONES, por Eliodoro Flores. Un tratado breve y comprensivo del arte de puntuar la frase, con ejemplos de buenos autores.—\$ 3.50.

FILOLOGÍA CASTELLANA, por Feo. J. Cavada. Contiene el estudio de los sonidos aislados del castellano y de la formación de las palabras independientemente de sus funciones gramaticales.—\$ 4.

TECNICA LITERARIA, por E. Solar Correa. El espíritu y el arte del escribir bien tal como se desprende de los buenos modelos literarios.—\$ 5.

LITERATURA:

LITERATURA CHILENA, por Samuel A. Lillo. Contiene un suplemento de trozos y versos de autores nacionales contemporáneos. Obra aprobada por la Facultad de Filosofía y Humanidades y adoptada para la enseñanza en los establecimientos secundarios.—\$ 10.

Oiga la Radio Nascimiento. Audición especial los jueves, de 10 a 10.30 P. M.

Librería y Editorial

AHUMADA 125—CASILLA 2298 — TELEFONO 83759—SANTIAGO

EN CONCEPCIÓN: BARROS ARANA 800

“NASCIMENTO”